

· CAPITÁN NEMO ·

LAS AVENTURAS DEL JOVEN JULES VERNE

EL RAYO VERDE



de

Lectulandia

Jules y sus amigos van a poder admirar un extraño fenómeno atmosférico llamado rayo verde, que aparecerá en el horizonte justo antes de la puesta de sol. Caroline y Marie están especialmente interesadas porque, según dicen, ¡provoca el enamoramiento de quien lo contemple!

Pero las cosas no salen como los aventureros del siglo XXI habían previsto y lo que al principio era una excursión inofensiva se convertirá en una auténtica pesadilla. ¿Conseguirán resolver con éxito todos y cada uno de los contratiempos?

Capitán Nemo

El rayo verde

Las aventuras del joven Jules Verne - 8

ePub r1.0

Titivillus 23.04.2021

Capitán Nemo, 2018
Ilustraciones: Paco Porres
Ilustración de cubierta: Eva Sánchez Gómez

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

PROYECTO SCRIPTORIUM



8º Aniversario



Los aventureros del siglo XXI

Jules Verne



Es un niño de doce años, muy inteligente y extraordinariamente imaginativo. ¡Su curiosidad no tiene límites! Se pasa el día ideando artilugios para el futuro, como un vehículo para ir por el fondo del mar o una máquina que detecta la presencia de fantasmas. ¡Sabe que algún día alguien hará realidad sus ideas!

Huan



De origen asiático, tiene doce años, es compañero de escuela de Jules y su amigo del alma. Tiene un gran sentido del humor ¡y siempre está metiendo la pata! Le encanta hacer gamberradas, en especial a sus profesores. Aunque intente mostrar lo contrario, es el más miedoso del grupo.

Caroline



Prima de Jules. Tiene trece años y es una niña encantadora. Proviene de una familia adinerada. Es inteligente y muy rápida a la hora de tomar decisiones. Estar con Jules y sus amigos es su válvula de escape para contrarrestar su rígida vida familiar.

Marie



Tiene once años, es de familia humilde y siempre se preocupa por los más necesitados. No oculta que le hubiera gustado ser un chico porque «pueden hacer lo que quieren». Es ágil, soñadora y muy imaginativa. Está convencida de que si los adultos también lo fueran, ¡el mundo funcionaría mejor!

PRÓLOGO DEL CAPITÁN NEMO



A las afueras de la ciudad francesa de Nantes, cuatro chicos de unos doce años de edad caminaban a paso ligero. El primero de ellos, un joven delgado y rubio, les sacaba ventaja a los demás. De vez en cuando se volvía y apremiaba al resto del grupo, que iba quedando cada vez más rezagado:

—¡Venga, vamos, o no llegaremos nunca!

Dos chicas, una muy menuda y con el pelo corto, vestida como si fuera un muchacho, y otra muy alta y con pinta de ser un poco mayor que los otros, seguían sin rechistar al que iba primero. Sin embargo, quien cerraba la comitiva, un joven oriental que iba comiendo galletas por el camino, no paraba de refunfuñar.

—No entiendo a qué vienen tantas prisas; que yo sepa, la fábrica no se va a mover de sitio...

Las dos chicas soltaron una risilla, pero el joven que iba en cabeza hizo caso omiso del comentario de su amigo. Siguieron andando a buen ritmo un

par de minutos más, hasta que el chico que llevaba la voz cantante paró en seco y se volvió hacia los demás con mirada triunfante.

—Es aquí —sentenció con un deje de satisfacción en la voz—. En este terreno va a erigirse la futura fábrica de aeronaves. Voy a poder presenciar cómo gran parte de mis sueños se hace realidad. —Esta última frase la dijo casi en un murmullo, pero las dos chicas, atentas al discurso de su avisado amigo, cazaron las palabras al vuelo y quedaron profundamente maravilladas. No habían conocido nunca a otro muchacho como aquel, con unas aspiraciones tan altas y una inteligencia tan completamente fuera de lo común.

La mayor de las muchachas, Caroline, se sintió un poco avergonzada: su principal sueño en esos momentos no era otro que poseer un vestido de seda de la India que había visto en un escaparate de una *boutique* de Nantes. Sus mejillas se enrojecieron al instante y se alegró de que nadie más pudiera conocer sus pensamientos. Si la otra chica, Marie, supiera lo que pasaba por la mente de su compañera, se estaría burlando de ella por lo menos una semana entera.

El terreno era enorme; se extendía hasta donde abarcaba la vista de los jóvenes. La fábrica, que ocupaba la parte central de la parcela, todavía estaba a medio construir; por el momento se había erigido solamente la estructura, que vaticinaba un edificio de dimensiones descomunales. Había dos decenas de operarios trabajando en su construcción, así que las obras debían de avanzar a buen ritmo. Pronto la nave industrial estaría lista.

El chico que les había mostrado el terreno a sus amigos los miró de nuevo para observar sus reacciones, pero los otros tres seguían pasmados.

—¿Qué es exactamente lo que dices que van a construir aquí, Jules? —inquirió el muchacho oriental rascándose la cabeza.

—¿Es que no leéis la prensa? ¿No sabéis la importancia que van a tener las aeronaves en el futuro?

Los otros negaron con la cabeza. Los ojos de Jules Verne brillaron como siempre que su mente volaba lejos, hacia el futuro, y se llenaba de ideas novedosas con las que mejorar la sociedad en la que ellos habían nacido, la del siglo XIX, que le parecía siempre anticuada, conservadora y extremadamente injusta.

—Aquí se van a construir los inventos más formidables del siglo. ¿Recordáis la aventura que vivimos en globo, cuando volamos por los aires hasta una isla desierta? —La mente de los cuatro chicos se desplazó durante unos instantes hacia aquella experiencia tan alucinante que habían vivido un

tiempo atrás—. Pues en el futuro no solo habrá globos aerostáticos, también se construirán aparatos que incorporarán motores o hélices para poder volar más alto y más rápido, y las naves tendrán mandos o volantes que servirán para dirigir las aeronaves al antojo de quien las pilote. ¡Todo el mundo podrá volar y cruzar océanos y continentes en cuestión de horas!

Sus amigos escuchaban el discurso del joven con los ojos abiertos como platos, soñando ellos también con el futuro lejano que su compañero les estaba narrando.

—Y lo mejor de todo —añadió él entonces—, es que ya lo tenemos aquí. El futuro ha llegado a Nantes en pleno siglo XIX, y nosotros vamos a ser partícipes de él.

Incluso Huan, que tanto había refunfuñado mientras caminaban hasta aquel recóndito terreno que tan lejos quedaba de su casa, se sentía ahora completamente ensimismado al observar la fábrica en la que iban a suceder tantas cosas. Se imaginaba a todo un grupo de científicos, parecidos a su amigo Jules pero un poco mayores, discutiendo sobre la mejor manera de construir una aeronave y haciendo probaturas de vuelo en el descampado que quedaba junto a la fábrica. Su talante para los negocios lo llevó rápidamente a imaginarse ganando una fácil suma de dinero gracias a esa fábrica; tendría que preguntarles a sus padres si le prestaban sus ahorros para invertirlos en la construcción de aeronaves.

Jules Verne ya se había acercado hasta el terreno en muchas ocasiones antes, pero esta era la primera vez que acudía en compañía. Lo cierto era que le gustaba ver cómo avanzaban las obras, pues con cada piedra que se añadía a la fábrica, su mayor sueño estaba un paso más cerca de hacerse realidad, y le apetecía compartir su aspiración con sus mejores amigos. Desde que se había enterado por la prensa de que unos inversores americanos, que deseaban desarrollar todo tipo de artilugios voladores, habían comprado el terreno para construir la fábrica, se había pasado noches enteras desvelado, pensando en los distintos aparatos que podrían fabricarse y dibujando todo posible objeto volador que le viniera en mente. Para él, aquel terreno se había convertido en un lugar muy especial, casi mágico, donde iba a ver materializados sus deseos. Se encaminaba hacia la fábrica por lo menos un par de veces por semana y observaba en silencio el avance de las obras. Con el tiempo, los operarios se habían ido acostumbrando a su presencia, e incluso había trabado amistad con uno de los vigilantes, Philippe, quien lo mantenía informado de los pormenores de la construcción del edificio. La semana anterior, mientras conversaba animadamente con él, Jules le había hablado de sus ambiciones

como inventor, y Philippe le había prometido que cuando las obras hubieran llegado a su fin y la fábrica estuviera ya en marcha, movería hilos para que el joven pudiera conocer a los científicos de renombre que iban a trabajar en ella.

En aquel preciso instante, y como si se hubiera materializado de entre sus pensamientos, Philippe se les acercó.

—Buenos días, Jules. Veo que hoy vienes bien acompañado.

—Philippe, te presento a mis amigos: este de aquí es Huan, ella es mi prima Caroline y la otra chica es Marie. —A medida que hacía las presentaciones, los jóvenes le iban estrechando la mano al hombre—. Chicos, Philippe es uno de los vigilantes del lugar.

Una vez hechas las presentaciones pertinentes, estuvieron un rato charlando animadamente con el vigilante, que preguntó a los demás si también tenían tanta pasión por los inventos como su amigo Jules.

—¡Ya nos gustaría! —exclamó Marie risueña—. La verdad es que Jules Verne es el cerebritito del grupo y el más listo del instituto. Gracias a él, hemos vivido un puñado de aventuras, y su ingenio nos ha salvado en innumerables ocasiones.

Huan frunció el ceño, celoso por los comentarios de Marie y por las miradas que ambas chicas lanzaban a su mejor amigo. Su malhumor se había ido incrementando notablemente durante la última semana: al día siguiente, Mathieu, el malvado director del instituto que les hacía la vida imposible, iba a regresar a La Bonne Tradition después de pasar tres meses apartado de la docencia.

Hacía tiempo que los chicos sabían que Mathieu pertenecía a la Orden Contra el Progreso, una temible organización criminal cuyo objetivo era impedir que la sociedad avanzara hacia el progreso y el futuro con el que Jules y sus amigos tanto soñaban. Los miembros de esta asociación consideraban que la ciencia y la tecnología ponían en peligro las tradiciones francesas, que querían preservar a toda costa; estaban en contra del trabajo de los científicos, a quienes veían como enemigos de la religión y de la fe.

Para esta secta, la etapa de oro de la civilización occidental había sido la Edad Media, cuando la sociedad estaba separada por estamentos y se tenía respeto por los cultos sagrados y por las tradiciones en vez de por los descubrimientos tecnológicos. Sus actos eran violentos, y no dudaban en usar todo tipo de artefactos explosivos para frenar los avances científicos del país.

No tenían ninguna clase de escrúpulos, lo que los convertía en extremadamente peligrosos; creían que el fin justificaba los medios, y no dudaban en torturar a sus víctimas hasta conseguir lo que ansiaban.

Los cuatro juntos habían luchado en diversas ocasiones contra la abominable secta, y tres meses atrás habían logrado salvar a todos los participantes de la Feria Internacional del Futuro de una muerte segura. La Orden Contra el Progreso había escondido una bomba de corbidio —su material favorito para causar daño— en la feria, con la pretensión de que tanto los inventores de todos los continentes como el público volaran por los aires. Sin embargo, Jules había podido avisar al primer ministro francés a tiempo, y con ello, habían logrado impedir que la bomba explotara. Una de las recompensas del político había sido apartar a Mathieu de su cargo durante un trimestre, con la excusa de que no había informado correctamente a sus alumnos sobre los beneficios del progreso y de la Feria Internacional del Futuro para Francia. Le habían contado al primer ministro todo lo que sabían sobre Mathieu y la Orden Contra el Progreso, y aunque este se había tomado muy en serio sus palabras, no había podido hacer más por ellos.

Al principio, todo había sido fantástico. El instituto sin Mathieu era un lugar mucho más relajado, los alumnos habían conseguido disfrutar como nunca de las asignaturas, e incluso habían podido expresar su opinión sin miedo a las reprimendas del director. Durante la ausencia de Mathieu, la señorita Pringuèle, que enseñaba matemáticas, había sido la encargada de llevar la dirección del centro. Aunque era una mujer bastante aburrida, seria, rígida y monótona, no habían tenido ningún problema con ella a lo largo de esos tres meses.

Sin embargo, todo eso estaba llegando a su fin: Mathieu regresaría al día siguiente, y Huan sospechaba que a partir de ese momento iba a ser más malvado y retorcido que nunca. Estos pensamientos lo llenaban de un profundo malestar y un mal humor que lo corroían por dentro; de los cuatro, Huan era probablemente quien lo había pasado peor por culpa del director del centro, y el regreso de Mathieu lo atemorizaba por completo.

Ajenos a su mal humor, los demás seguían hablando de los increíbles inventos que se iban a idear en la futura fábrica:

—Algún día trabajaré en un lugar como este y construiré aeronaves inmensas —afirmó Jules, convencido de sus palabras—. Serán vehículos tan grandes que podrán transportar de un lugar a otro a centenares de personas a la vez.

—Sí, claro —resopló Huan—. ¿Y cómo vas a evitar que unos aparatos voladores tan grandes y pesados, con cientos de personas en su interior, no caigan del cielo al suelo?

El chico, tras su pregunta de incrédulo, se agachó para coger una pequeña piedra ovalada que reposaba junto a sus pies y la lanzó al aire. Los jóvenes y el vigilante observaron su recorrido: el guijarro primero se elevó a gran velocidad, pero rápidamente descendió en picado y cayó al suelo unos metros más allá, produciendo un ruido seco.

Caroline, Marie y Philippe miraron a Jules, tratando de averiguar cuál sería su reacción ante el escepticismo de Huan. Incluso este observó de reojo a su amigo, aunque simulaba estar enfrascado en la contemplación de las piedras del terreno.

Sin embargo, Jules no estaba enfadado ni sorprendido. Al contrario, una sonrisa un tanto maligna iluminaba su rostro. Y es que Huan le había dado una idea. El joven inventor conocía a su amigo a la perfección y sabía que estaba irascible por la vuelta de Mathieu. Pues bien: si el director regresaba al día siguiente, no iban a desaprovechar la ocasión de recibirlo con una buena bienvenida...

Así comenzaba Caroline uno de los cuadernos que depositó en mis manos, con el deseo de que los guardara a buen recaudo hasta que pudieran publicarse dos siglos más tarde, en el futuro lejano con el que Los aventureros del siglo XXI tanto soñaban. La joven se dedicó a escribir una a una todas las hazañas que este grupo inseparable de amigos había vivido durante su juventud, para que ninguna de ellas quedara en el olvido, con la esperanza de que, algún día, jóvenes de todas partes pudieran conocer su lucha diaria por un mundo mejor.

La verdad es que la fábrica de aeronaves fue un punto de inflexión para Caroline, Huan, Jules y Marie, y al final también llegó a serlo para mí. Todos nosotros pusimos muchas expectativas en la construcción de esa nave industrial, especialmente Jules Verne, quien estaba viviendo uno de sus mayores sueños. No obstante, todo aquello en lo que Jules creía se tambaleó en apenas unas horas, y los deseos del joven inventor estuvieron a punto de perderse sin remedio.

Fue una etapa oscura para la ciudad de Nantes: la gente dejó de creer en el progreso, y Jules y compañía tuvieron que superar diversos obstáculos para intentar que los ciudadanos volvieran a apostar por el futuro.

En la vida no tenemos que dar nada por sentado, como me demostró esta aventura, que viví con extrema preocupación. Las cosas no suelen ser lo que

parecen, pero aunque la mayoría de la gente suele conformarse con la explicación más sencilla, Los aventureros del siglo XXI prefirieron ir, como siempre, al fondo de la cuestión.

En esta ocasión, no fueron los sueños de Jules Verne los únicos que peligraron; la salud de mucha gente también se vio gravemente amenazada. De hecho, se trata de la situación en la que más he sufrido por la integridad física de algunos de mis jóvenes amigos sin saber si iban a poder recuperarse. Por primera vez, temí de verdad que el daño causado fuera completamente irreversible. Por suerte, conté con su inestimable ayuda para revertir la situación.

CAPITÁN NEMO

Capítulo 1

OPERACIÓN RETORNO.

EL LANZAMIENTO DE LOS «OVONIS»



Jules y Huan se habían levantado a las cuatro de la madrugada para poder llevar a cabo lo que habían bautizado como «Operación Retorno». La luna menguante todavía brillaba en lo alto del cielo cuando se saludaron escuetamente en el cruce donde se habían citado. Aunque Huan tenía ojeras bajo los ojos y bostezaba ruidosamente, estaba convencido de que ese pequeño esfuerzo matutino iba a valerle la pena. No pensaba rendirse ante las garras de Mathieu sin presentar batalla primero.

Llegaron al mercado municipal de Nantes a la hora en la que comenzaba a entrar toda la mercancía fresca. Sin dejar de hablar entre ellas, algunas mujeres rollizas se anudaban el delantal y comenzaban a organizar los

puestos, mientras unos cuantos hombres barrigudos iban sacando cajas repletas de productos frescos de diversos carros y llevándolas a donde tocara.

Jules y Huan contemplaron durante un par de minutos el lugar en silencio, sintiéndose un tanto desorientados. El mercado, estando todavía cerrado al público, ya hervía de actividad, con tantos campesinos y comerciantes yendo de un lado a otro con frenesí. Entretanto, las tripas de Huan comenzaron a sonar ruidosamente, como quejándose por estar en un enclave en el que abundaba la comida y, sin embargo, no poder probar bocado alguno. Esperanzado, tanteó los bolsillos de su chaleco, pero no oyó el tintineo de las monedas: sin dinero, no iba a poder comprar ninguno de los exquisitos alimentos que veía a su alrededor.

En estas, una mujer de pelo canoso y larga trenza, que caminaba tambaleándose ligeramente por el peso del cesto repleto de manzanas que acarreaba consigo, se paró ante ellos y les preguntó qué hacían allí pasmados.

—Buscamos la pollería —respondió Jules cortésmente—. ¿Sabría indicarnos hacia qué parte del mercado debemos dirigirnos, por favor?

—Debéis seguir recto por donde el carnicero y luego girar a la derecha, donde la pescadería; la pollería de Madeleine está justo al lado de mi frutería. Podéis seguirme si queréis.

Como agradecimiento por sus indicaciones, los chicos decidieron cargar con la cesta de fruta mientras seguían a la amable mujer hasta la pollería. Fue coger la cesta y arrepentirse en el acto de su buena obra; ¡pesaba tanto que prácticamente no la podían levantar del suelo! Cada uno la cogió por un asa, y resoplando por el esfuerzo, siguieron a la señora por entre los distintos puestos del mercado.

—¡No hay nada como la juventud, tan fuerte y llena de vida! —iba gritando ella de vez en cuando, tras volverse brevemente para comprobar que seguían allí. Los chicos no sabían si clamaba esas consignas para animarlos en su ardua tarea o si, sencillamente, se estaba burlando de ellos.

Por fin, tras lo que les pareció una eternidad, llegaron al puesto de la fruta.

—Podéis dejar el cesto aquí, junto al de las peras —señaló la mujer sin inmutarse lo más mínimo al ver los rostros encendidos por el esfuerzo de Jules y de Huan, que se apresuraron a depositar las manzanas en el lugar indicado.

De repente, la señora pareció recordar el verdadero motivo por el que los muchachos la habían seguido hasta allí y vociferó:

—¡Madeleine! ¡Aquí hay unos niños que preguntan por la pollería!

No les gustó que la señora los tratara de niños, pero no dijeron nada. Debían seguir causando una buena impresión si querían alcanzar su propósito.

—¿Quién me llama?

Una mujer rubia salió de entre las cajas del puesto contiguo a la frutería. Jules y Huan trataron de poner su mejor cara de no haber roto nunca un plato y se acercaron a ella.

—Buenos días —dijeron al unísono esbozando una ensayada sonrisa.

—El mercado todavía no ha abierto al público —apuntó la mujer, mirándolos con suspicacia y poniendo los brazos en jarra de una manera muy similar a como lo hacía la madre de Jules cuando sospechaba que alguno de sus hijos tramaba algo—. ¿Qué queréis?

—Verá —comenzó Jules frotándose las manos con simulado nerviosismo —, no podíamos venir en horario de apertura porque tenemos clase en el instituto y luego ya sería demasiado tarde.

—Tenemos que presentar un proyecto de ciencias esta mañana, ¿sabe usted? —prosiguió Huan—. Puntúa para la nota final, y es muy importante que lo hagamos bien o no pasaremos de curso.

—Hasta ayer, todo iba a la perfección —continuó el otro—; estábamos construyendo una maqueta de un volcán, ¿se imagina? ¡Con lava y todo! Pero...

—Explotó —sentenció Huan dramáticamente—. El volcán hizo ¡pum!, y todo voló por los aires. Si llegamos al instituto con las manos vacías, vamos a repetir curso y nuestros padres nos van a echar de casa.

La mujer iba mirándolos alternativamente, con la boca ligeramente entreabierta por la sorpresa.

—¿Y qué tengo que ver yo con todo esto?

—Hemos tenido una idea para un nuevo proyecto. Queremos idear una máquina que sepa cuándo un alimento es óptimo para el consumo humano y cuándo, en cambio, está caducado y no debe comerse.

—Nos preguntábamos si no tendría usted unas cuantas docenas de huevos podridos. Es nuestra última oportunidad para aprobar la asignatura. —Huan se miró los pies procurando sentir mucha lástima de sí mismo.

La mujer los miró compadeciéndolos. No parecía que el proyecto de ciencias con huevos podridos fuera a tener mucho éxito, pero no quería descorazonar a aquellos apenados jóvenes:

—Normalmente retiramos toda la mercancía caducada de la vista para no confundirla con la buena. Veré qué me queda, no os prometo nada; puede que mi ayudante ya se haya deshecho de los huevos pasados.

Jules y Huan se miraron de reojo mientras la mujer desaparecía entre unas cajas que contenían pechugas de pollo. La actuación estaba saliendo a la perfección; ahora solo quedaba esperar.

—¡Aquí están! Os los meto todos en una caja, ¿de acuerdo?

—Perfecto, muchas gracias —exclamó Jules sonriente.

En aquel momento, la mujer de la frutería apareció con una cesta llena de verdura podrida que olía fatal:

—No he podido evitar oír lo que le contabais a Madeleine, y he pensado que mi verdura en mal estado también os servirá para probar el invento.

A Jules le flaqueó la sonrisa, pero trató de que no se le notara y agradeció a las dos mujeres su colaboración.

—¡Recuerden, si aprobamos será gracias a ustedes! —exclamó Huan a modo de despedida mientras se alejaban cargados con las dos cajas. Luego bromeó flojito para que solo lo oyera su amigo—: Parece mentira que hayamos ido al mercado, con la de alimentos succulentos que hay, y regresemos con huevos podridos. ¡No me reconozco!

Jules se rio silenciosamente. Sabía que aunque hiciera broma, para Huan había sido muy duro salir de allí sin ningún alimento exquisito que llevarse a la boca.

Cuando el mercado desapareció de su vista al doblar la esquina, se deshicieron de la caja de verdura maloliente, que no les servía para nada, y se quedaron solamente con la de huevos.

—Parte uno del plan completada con éxito, ya tenemos los huevos podridos —informó Jules—. Ahora vayamos a por la parte dos: la construcción de los «ovonis». ¡Tenemos que darnos prisa o comenzarán las clases y no los habremos hecho todos!

Las siguientes dos horas las habían pasado en la trastienda de los padres de Huan ideando la segunda parte del plan. Los chicos solían usar ese lugar como sede del club de Los aventureros del siglo XXI, un grupo que formaban junto a sus dos mejores amigas, Caroline y Marie, y con el que habían derrotado en distintas ocasiones a la Orden Contra el Progreso. Los aventureros del siglo XXI simbolizaban todo aquello que la Orden odiaba: el futuro, el progreso, el avance tecnológico y social... Aunque vivían en el siglo XIX, los cuatro compañeros se imaginaban cómo sería la vida en el siglo XXI, que se les antojaba lejano y maravilloso, y habían decidido intentar mejorar el presente para que ese futuro tan increíble con el que a menudo soñaban pudiera tener lugar.

Una vez en la sede del club, fueron recortando uno a uno decenas de cartones que Huan había pedido el día anterior a sus padres, a quienes les sobraban las cajas de cartón, puesto que cada mes les llegaba un barco procedente de China con diversos productos de importación, empaquetados en cajas, para la tienda. Jules le enseñó a su amigo cómo debía recortar cada cartón para que este tuviera forma de disco: tenían que ser ovalados, planos y con un agujero en medio. Era precisamente en ese agujero donde colocarían luego cada uno de los huevos podridos que les había dado Madeleine; solo sí seguían bien cada paso, iban a conseguir un «ovoni» perfecto.

Al principio, Huan tuvo ciertos problemas con los cartones y las tijeras: las manualidades no eran su punto fuerte y le costaba lograr que todos los «ovonis» tuvieran la misma forma. Mientras que los de Jules eran todos iguales y perfectos, cada «ovoni» de Huan era un poco distinto. Sin embargo, poco a poco fue cogiéndole el truco, y la última decena de «ovonis» que fabricó se parecían mucho a cualquiera de los de su amigo.

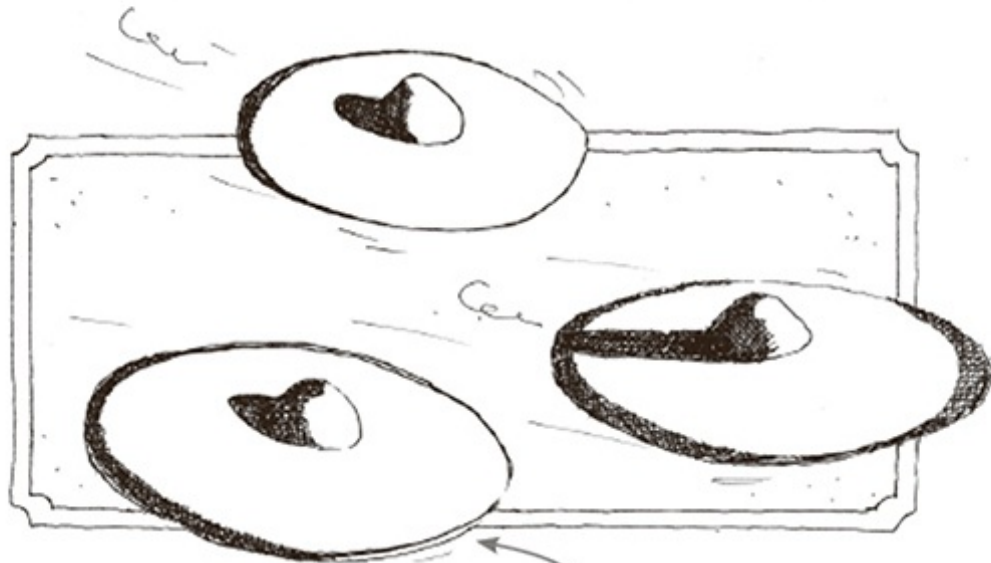
El término «ovoni» lo había inventado Huan tras escuchar atentamente la idea de Jules: idear un huevo podrido volador, como si se tratara de una pequeña aeronave dirigible. A Jules le había hecho mucha gracia el nombre, así que a partir de aquel momento se habían referido al artilugio de este modo.

Los chicos no se dieron por satisfechos hasta que hubieron compuesto más de cincuenta «ovonis» y vieron que se les estaba haciendo realmente tarde.

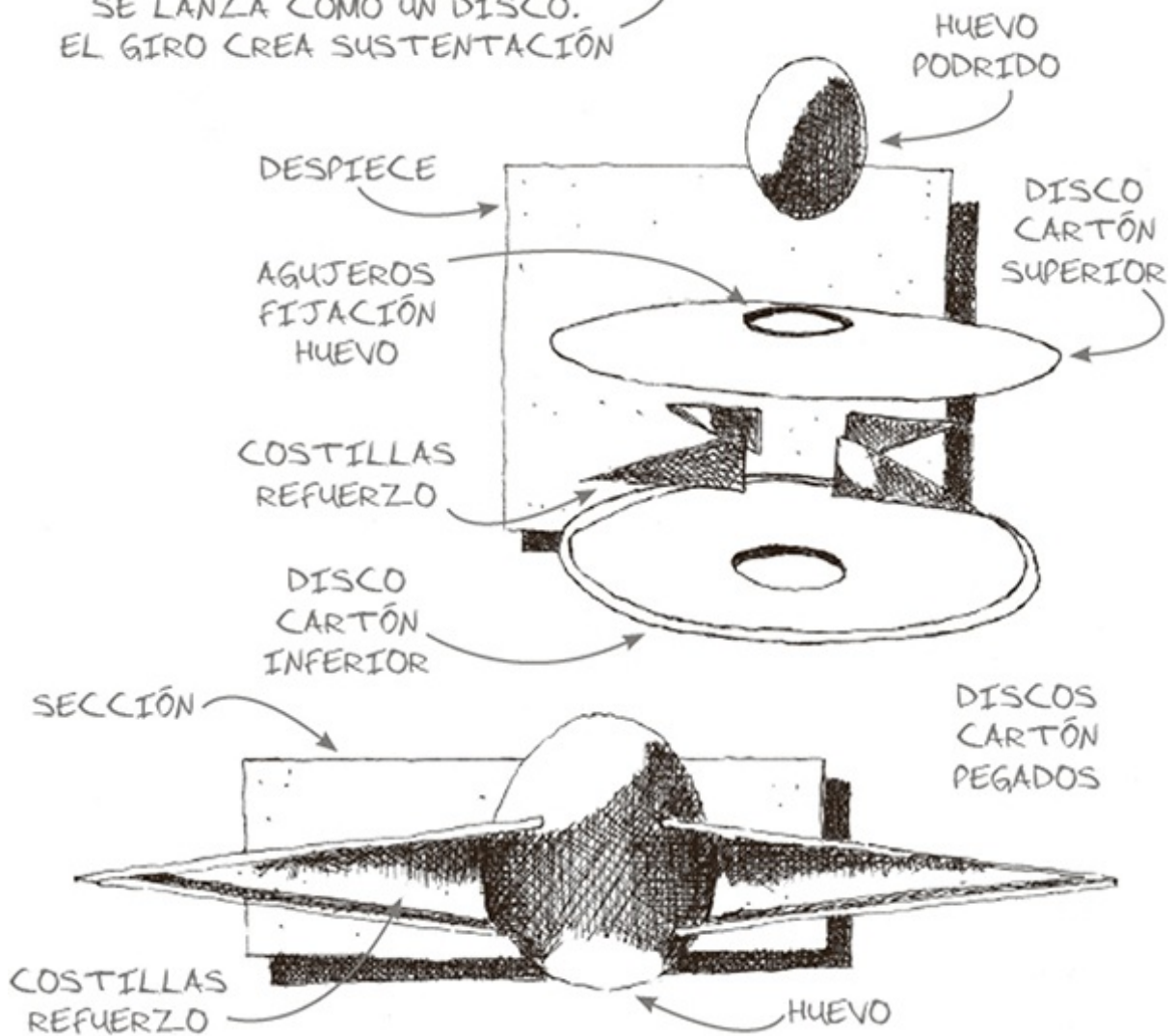
—¿Y si llegamos al instituto después de Mathieu? —inquirió Huan nervioso al ver la hora que era—. ¡Nuestro plan fracasará, no podremos llevarlo a cabo!

LOS OVONIS

NO SON HUEVOS FRITOS, PERO LO PARECEN



SE LANZA COMO UN DISCO.
EL GIRO CREA SUSTENTACIÓN



—¡No podemos permitirnoslo, después de tantas horas de trabajo, no! — exclamó Jules poniéndose en pie apresuradamente.

Así que con cuidado para que no se rompieran, colocaron los «ovonis» en sendas cajas, y, a paso ligero, se encaminaron hacia La Bonne Tradition.

Ya lo tenían todo preparado. En cualquier momento, el coche de caballos de Mathieu llegaría a las puertas del instituto y su propietario tendría el recibimiento que se merecía. Caroline y Marie no habían querido participar en esa misión; consideraban que lo único que iban a lograr era meterse en líos y les parecía que lo último que necesitaban en aquel momento era enfurecer a un miembro de la Orden Contra el Progreso. Así pues, Jules y Huan habían sido los encargados de orquestar la operación: en ese momento estaban distribuyendo el invento a todos los alumnos que quisieran colaborar, apostados en distintas ventanas del edificio, para tener todos los frentes cubiertos y que la lluvia de huevos abarcara todos los ángulos posibles.

Cada niño que cooperaba en la «Operación Retorno» disponía de un par de huevos podridos con los que llevar a cabo la misión. Lo más importante era que ningún chico o chica fuera descubierto durante el proceso.

En estas, apareció un coche de caballos que todos los estudiantes conocían muy bien.

—Todo el mundo a sus posiciones —murmuró Huan, apremiando a un par de niños pequeños que se habían despistado y se habían apartado de la ventana.

Jules, entretanto, empezaba la cuenta atrás:

—Preparados... —El portón del carromato se abrió ligeramente—, listos... —Un pie calzado con un mocasín marrón oscuro apareció ante la vista de los casi treinta niños que espiaban a través de las ventanas—. ¡Ya! — El director del instituto salió por completo del vehículo, dispuesto a entrar en la escuela.

Al son de las palabras de Jules, todos los alumnos implicados en la «Operación Retorno» lanzaron los «ovonis» al unísono para luego esconderse en el acto. Gracias a los cartones que los dos aventureros del siglo XXI habían colocado alrededor de los huevos, estos descendían a una velocidad mucho menor de lo habitual, con lo cual, todos los chicos y chicas tuvieron tiempo de sobra para esconderse, sin temor a que Mathieu los viera y los relacionara con el incidente.

Unos segundos más tarde, Mathieu alzó la vista sorprendido al ver aterrizar un alado huevo podrido en su mocasín. Fue entonces cuando se dio cuenta de la flatulenta lluvia que se le venía encima, y, en vano, trató de

cubrirse la cabeza con los brazos. Los «ovonis» impactaban en su cuerpo desde todas las direcciones posibles y estallaban en el acto, esparciendo el olor a putrefacción por todas partes.

Mathieu alzó un puño hacia el cielo y, aunque no vio a nadie a quien inculpar, clamó amenazadoramente:

—¡Me las pagaréis!

En aquel momento, un huevo podrido le impactó en medio de la coronilla, restando credibilidad a su amenaza.

Los alumnos, desde sus distintos escondites junto a la ventana, se desternillaban de risa, Huan el que más. El chico oriental se estaba revolcando en el suelo, junto a la ventana, y las lágrimas le corrían por las mejillas de lo mucho que se reía.

—Jules... —exclamó secándose una lágrima mientras soltaba otra gran carcajada—. ¡Esta es, sin duda, la mejor idea que has tenido nunca!

Capítulo 2

UNA NOTICIA EN EL PERIÓDICO. LA ADVERTENCIA DE MATHIEU



Ese mismo día, en el recreo, un grupo de chicas, entre las que se encontraban Caroline y Marie, estaba teniendo un comportamiento fuera de lo común. En vez de jugar al escondite o saltar a la comba, como solían hacer, habían formado un corro y se hallaban enfrascadas en la lectura de uno de los periódicos matutinos más célebres y con mayor reputación de Nantes: *Le Matin*.

En aquel momento, una de las chicas más mayores de la escuela estaba leyendo en voz alta a las demás el artículo que aparecía en portada. En vez de tratarse de una noticia escabrosa (Caroline y Marie estaban acostumbradas a leer primeras planas sobre extraños accidentes y explosiones, o sobre muertes), en esta ocasión se trataba de un incidente curioso y positivo:

—«El próximo domingo, los habitantes de Nantes que se desplacen unos cuantos kilómetros hasta la playa van a poder admirar un llamativo y mágico fenómeno que sin duda los dejará sin aliento: el famoso rayo verde —leyó la chica ante la atenta mirada de las demás—. Se trata de un extraño fenómeno

de la naturaleza que nos permite, en contadas ocasiones, contemplar el último rayo de luz justo antes del anochecer, que adquiere este color tan especial.

»Cuenta una creencia popular —prosiguió la muchacha con la lectura del artículo— que quien contemple dicho rayo encontrará el amor o conquistará al fin a la persona que durante tanto tiempo ha ocupado sus pensamientos. ¿Fenómeno científico o ineludible hechizo de amor? Juzguen ustedes mismos este domingo al atardecer en la playa de Nantes y contemplen el rayo verde en todo su esplendor».

Las demás chicas, que habían contenido el aliento durante toda la lectura del artículo, suspiraron al unísono ensimismadas, cada una sumida en sus propios pensamientos. Alguna había incluso enrojecido al imaginarse que, por fin, aquel muchacho de la otra clase que tan poco caso le hacía se fijaría de una vez por todas en ella.

Ni Marie ni Caroline lo hubieran dicho jamás en voz alta, pero ambas tenían un objetivo común: ver el rayo verde junto a Jules Verne y que el muchacho quedara inevitablemente prendado de una de ellas para siempre.

Justo entonces, un grupo de chicos, entre los cuales estaban el propio Jules y su amigo Huan, se acercaron al corro de muchachas para ver qué tramaban cuchicheando alrededor de un periódico. Leyeron la noticia rápidamente y algunos de ellos soltaron risillas nerviosas, visiblemente impresionados, pero ninguno parecía dispuesto a mostrar ante las chicas que se había tomado en serio la leyenda del rayo verde.

—Se trata de un fenómeno científico, Jules —comentó Caroline esbozando su sonrisa más encantadora y mirando a su primo con dulzura—; deberíamos ir para poder documentarlo en nuestro diario del club.

—¿Desde cuándo te interesa tanto la ciencia? —inquirió Marie, un tanto irritada ante la desfachatez de su amiga—. Pero, sí, yo también pienso que deberíamos ir, Jules, puesto que seguro que será un espectáculo precioso.

Las mejillas de la joven enrojecieron en el acto, imaginándose junto a Jules en la playa de Nantes. Incluso si la leyenda estaba equivocada, sería sin duda una puesta de sol preciosa que bien valía la pena contemplar con su apuesto amigo.

Huan le arrebató el periódico a la chica mayor que lo sostenía y prorrumpió en una carcajada incrédula al fijarse mejor en el artículo:

—Esta noticia no tiene ningún fundamento —sentenció—. Mirad la imagen que la ilustra, ¡si ni siquiera se ve nada! Está todo borroso, podría ser un rayo verde o el plato de espinacas que cocina mi madre. Esta creencia popular es solo una cursilería; se trata de la típica imbecilidad que se inventan

las mujeres y que solo Caroline le quitó el diario *Le Matin* a su amigo y lo miró tremendamente ofendida:

—No es ninguna imbecilidad ni ninguna invención nuestra.

—¡Y no somos cursis! —exclamó Marie apretando los puños.

—Ya te gustaría a ti encontrar a alguien como nosotras —afirmó la chica a la que Huan había arrebatado el periódico.

—Eso, eso —secundaron las demás, así como también algunos de los muchachos.

—¿Es que nadie me va a apoyar? —Huan miró a los chicos, apabullado ante la reprimenda que estaba sufriendo a manos de sus amigas e intentando que le echaran un cable.

—La verdad es que te has pasado, Huan —lo recriminó Jules—. No puedes tratar a las chicas de tontas, porque de tontas no tienen ni un pelo. Además, lo cierto es que me gustaría saber más de este fenómeno, científicamente hablando, por supuesto.

Los ojos de Jules Verne brillaban, pero no por el hecho de imaginarse emparejado con alguna de aquellas muchachas, sino porque nunca había oído hablar del rayo verde, y ahora que sabía de su existencia, deseaba llegar hasta el final de la cuestión.

—Lo siento, chicas —se disculpó Huan entretanto, mordiéndose un poco el labio inferior para intentar dar más lástima y conseguir el perdón de sus amigas.

Caroline iba a abrir la boca de nuevo, tal vez para perdonar a Huan, pero nunca llegaron a saber lo que estaba a punto de decir, ya que en aquel momento, Claude Mathieu se plantó delante de ellos y le quitó el periódico de las manos a la joven.

—Vaya, vaya, ¿os he pillado in fraganti planeando alguna otra maldad? —escrutó con mirada fría e inquisidora a cada uno de los chicos y chicas del corro, que iban desviando la mirada hacia el suelo. Luego bajó la vista hacia la primera página del periódico—. ¿Por qué os habría de interesar de repente tanto la prensa escrita?

Mathieu se había duchado y cambiado de ropa, pero todavía desprendía un ligero hedor a podrido, que se le debía de haber metido por los poros de la piel. Sus labios se torcieron en una desagradable mueca al leer por encima el artículo del rayo verde, tras lo cual procedió a romper el periódico en mil pedazos ante la mirada atónita de los alumnos.

—Muchachos —suspiró aparentando preocupación—. Lamento deciros que el rayo verde no es más que una fiera advertencia de la Naturaleza hacia

la humanidad para hacernos reflexionar y que por fin nos demos cuenta de nuestros errores. Como sabéis —prosiguió como si se tratara de una de sus lecciones de la asignatura de Moral—, la Naturaleza es el orden supremo de este mundo, y está tremendamente enojada porque el progreso está destruyendo el planeta por culpa de la contaminación y de los destrozos científicos. Es por este motivo por lo que envía este rayo a modo de mensaje apocalíptico: para desatar toda su ira hacia la humanidad.

»Si vais a ver ese rayo —profetizó aumentando el dramatismo de su discurso—, más tarde recordaréis mis palabras y os arrepentiréis profundamente. Mi recomendación más encarecida es que no acudáis el domingo a la playa de Nantes, niños, puesto que puede ser muy pero que muy peligroso.

Los aventureros del siglo XXI se miraron enarcando las cejas y supieron en el acto que todos estaban pensando lo mismo. ¿Desde cuándo Mathieu se preocupaba por la seguridad de sus alumnos? ¡Si no quería que fueran a contemplar el rayo verde, quería decir precisamente que deberían ir a verlo!

—Ya es hora de que volváis a vuestras respectivas aulas —sugirió el director antes de que nadie pudiera comentar nada sobre su discurso—. Por cierto, casi me olvidaba. —Su mirada calculadora y casi inhumana se posó entonces sobre Huan y Jules—: Cuando descubra a los culpables de la tan poco refinada broma de los huevos podridos, estos recibirán un castigo ejemplar.

Claude Mathieu crujió los dedos amenazadoramente, y ambos tragaron saliva asustados.

Capítulo 3

UN FENÓMENO ATMOSFÉRICO, NADA MÁS



Los cuatro amigos se encontraron a la salida del instituto cuando acabaron las clases. El día se les había hecho larguísimo; les parecía mentira que hubiera sido esa misma mañana cuando Jules y Huan habían ido al mercado a por los huevos podridos para fabricar «ovonis».

Las dos chicas, tras la lectura del periódico *Le Matin* a la hora del patio, solo podían pensar en una cosa que no tenía nada que ver con huevos podridos, y así se lo hicieron saber a los otros aventureros del siglo XXI:

—Nos gustaría ir a la playa el domingo para ver el rayo verde.

Huan resopló, aunque se abstuvo de hacer comentarios (con la reprimenda del corro de chicas aquella mañana ya había tenido más que suficiente).

—No las tengo todas conmigo —razonó Jules pensativo—; me preocupa lo que ha dicho Mathieu antes... ¿Y si el rayo verde fuera realmente peligroso?

—¿Desde cuándo hacemos caso de lo que dice Mathieu? —se quejó Caroline—. ¡Si ya sabemos que siempre se lo está inventando todo!

—Esta vez parecía convencido de lo que decía —comentó Huan estremeciéndose—. A mí me ha dado miedo.

—A ti te da miedo cualquier cosa —se burló Caroline.

—¿Sabéis quién puede hacernos salir de dudas? —intervino Marie sonriente, haciendo caso omiso de la discusión entre los otros dos.

El semblante de Jules Verne se iluminó en el acto:

—¡Pues claro: el capitán Nemo! Si no lo sabe él, que ha viajado por todo el mundo y ha visto tantas cosas, ¿quién lo sabrá?

Así pues, se dirigieron a paso veloz y con el corazón alegre hacia el puerto. Siempre era bueno encontrar una excusa para visitar al capitán Nemo y pasar una agradable velada escuchando sus historias sobre lugares exóticos. Además, Nemo era, sin ningún tipo de duda, la persona adulta favorita de Los aventureros del siglo XXI. El capitán no actuaba como un padre, pero tampoco era exactamente un amigo: lo consideraban como una especie de tío bondadoso que se preocupaba por los chicos, pero a la vez los dejaba bastante a su aire para que aprendieran de sus propios errores.

Olieron el puerto de Nantes antes de verlo: la brisa les traía el aroma del agua, del pescado y, sobre todo, de la libertad. Los chicos doblaron un recodo y los barcos amarrados aparecieron entonces ante su vista; de entre todos los buques, sin embargo, había uno en especial que les llamó la atención al momento, puesto que era totalmente distinto a los demás. Ancorado en la orilla del río, el *Nautilus*, la embarcación que capitaneaba Nemo, se erguía imponente entre los barcos pesqueros comunes, ajena al vaivén de las olas que chocaban contra el muelle. Su estructura era totalmente de hierro, y por si fuera poco, se trataba de una nave mucho más larga que las demás. Los aventureros del siglo XXI sabían desde hacía un tiempo los secretos que albergaba; se trataba de la única embarcación del mundo capaz de navegar por debajo del agua, como si se tratara de un enorme pez.

Como de costumbre, fue el capitán Nemo quien reparó en ellos primero. Aunque no esperara visita, siempre estaba alerta por lo que pudiera ocurrir y se entretenía contemplando el muelle del puerto con sus prismáticos. Salió en su busca agitando una mano brevemente para hacer saber a los cuatro amigos que los había visto y les indicó que entraran en el *Nautilus*. Los chicos siguieron a Nemo hacia el interior del navío. Era un hombre imponente, de frondosa barba, ojos verdes, la tez tostada por el sol y con la inconfundible gorra de capitán calada a la cabeza.

Caroline, Huan, Jules y Marie fueron saludando a los miembros de la tripulación que encontraban a su paso. Como siempre, los marinos del *Nautilus* iban uniformados con una especie de monos elásticos negros que los chicos no habían visto vestir a nadie más. Descendieron el tramo de escaleras que los alejaba de la cubierta y llegaron a una sala metálica, muy parecida al frío exterior del barco. Sin embargo, como los cuatro sabían bien, al traspasar otra puerta metálica, el navío se convertía en lo que, según Caroline, era un fantástico palacio bajo el mar; por dentro era cuando realmente podía uno darse cuenta de lo enorme que era el *Nautilus*. Fueron pasando por innumerables salas decoradas con un gusto excelente, hasta que llegaron al salón, la habitación favorita de los niños. En la estancia había objetos de todos los lugares del mundo, desde estatuas griegas y romanas en los rincones hasta alfombras persas en el suelo, e incluso un órgano en un rincón cerca de la puerta. De todas las paredes colgaban cuadros de temática marina, menos de una, que era simplemente un cristal curvo y abovedado. Cuando el buque estaba sumergido en el mar, ese ventanal mostraba las profundidades del océano.

En aquella ocasión, sobre la mesa que había junto al ventanal no vieron ningún manjar, algo a lo que no estaban nada acostumbrados.

—Disculpadme; no sabía que ibais a venir y no he dispuesto merienda alguna —se excusó el capitán, ante la mirada atónita del pobre Huan, cuyas tripas rugían como de costumbre—, pero puedo ofreceros una taza de té picante de la India.

Los chicos aceptaron el té con mucho gusto, aunque el picante era muy potente y les irritó la garganta.

—Capitán Nemo —comenzó Caroline tras apurar su taza y carraspear un poco por culpa de las especias que llevaba el té— nos gustaría que nos hablara del rayo verde.

El capitán los miró con ojos sonrientes:

—Veo que ya habéis leído el periódico, ¿eh? Las noticias vuelan.

—¿Es cierto que existe, capitán? —inquirió Jules.

—¡Claro que existe! Yo lo vi con mis propios ojos una vez en uno de mis viajes por Japón. Fue una de las experiencias más hermosas e impactantes de mi vida, una imagen que llevaré en el corazón hasta que muera. —Caroline y Marie suspiraron ensimismadas, y el capitán Nemo enarcó las cejas adivinando sus pensamientos—. Pero no creáis que caí en un profundo enamoramiento por alguna damisela o algo parecido. —Soltó una sonora carcajada—. Yo también he oído hablar de la leyenda que dice que el rayo

verde provoca enamoramiento, pero, de ser cierta, que lo dudo enormemente, conmigo no funcionó.

Caroline y Marie se miraron con desolación, pero antes de que pudieran abrir la boca, Jules preguntó:

—¿Por qué aparece este rayo en el cielo? —A él no le interesaba hablar sobre el amor; solo deseaba llegar a la parte científica del asunto.

—Se trata de un fenómeno óptico que puede ocurrir o poco después de la puesta del sol, o justo antes de que este salga por el cielo. Durante solamente uno o dos segundos se puede observar un destello verde justo en el punto donde se ha puesto el sol, o justo en el lugar donde va a salir. Es muy difícil de ver; tienen que producirse las condiciones óptimas, y siempre y cuando el horizonte marino esté en calma y haya sido un día soleado, sin nubes, lluvias o fuertes vientos. El mejor lugar para verlo es, desde luego, la playa. Si el domingo, como describen en el periódico, va a ser posible vislumbrar este fenómeno, os animo encarecidamente a que lo hagáis. Os merecéis de vez en cuando una apacible distracción; ¡no tenéis por qué estar siempre salvando al mundo!

—Pero ¿no será peligroso? —Jules estaba un poco preocupado.

—¿Peligroso? ¡Si el rayo verde es totalmente inofensivo! ¿Quién os ha metido esa idea en la cabeza?

—Claude Mathieu —respondieron todos a una.

—Pues yo os aseguro que Claude Mathieu se equivoca —sentenció Nemo con firmeza—. No me cabe ninguna duda de que si el director de La Bonne Tradition no quiere que contempléis el rayo verde es para que os perdáis una experiencia totalmente enriquecedora y agradable. Que os quede bien claro: ni vais a sufrir una angustiosa muerte por contemplar el rayo, ni vais a enamoraros perdidamente de alguien por haberlo vislumbrado. Es un fenómeno atmosférico, nada más.

Capítulo 4

DECISIONES.

DE VUELTA A CASA



—Bueno, ya habéis oído a Nemo, ¿no? —La voz de Marie sonaba triunfal.

Estaban enfilando el camino hacia el barrio residencial de Nantes, de vuelta a sus casas después de una jornada que había tenido de todo. Caroline y Marie estaban felices, pero Huan fruncía el ceño:

—¿Seguís empeñadas en ver esa ridiculez de rayo?

—¡No es ridículo! —se quejó Marie.

—El capitán Nemo ha dicho que el espectáculo valía mucho la pena —razonó Caroline—, y no solo por los efectos mágicos que conlleva.

—Sabes perfectamente que Nemo ha dicho que no es un rayo mágico, Caroline —se rio Jules—; no tergiverses las palabras del capitán. Sin embargo, siento cierta curiosidad por ver este fenómeno. —Se lo veía pensativo—. Tal vez luego podré dibujarlo.

Las dos chicas menearon la cabeza resignadas. Ellas pretendían que su amigo Jules Verne tuviera ganas de ir a ver el rayo verde por motivos muy distintos, aunque, bien pensado, ¿qué más daba que acudiera a la cita con un cuaderno y un lápiz para dibujar el destello verde? Lo importante era que estuviera allí para poder enamorarse perdidamente de una de ellas.

—Pues yo no quiero ir. —Huan se cruzó de brazos.

—¿A ti qué te pasa, a ver? ¿Por qué eres siempre tan aguafiestas? —inquirió una irritada Caroline.

—¡Porque es una auténtica estupidez! Ya habéis oído al capitán Nemo: no existe fundamento en la leyenda del enamoramiento: ¡se trata de una simple luz de color verde que va a durar tan solo unos segundos! ¿Vale la pena molestarse en caminar tantos kilómetros hasta la playa de Nantes solo para ver el último rayo de la puesta de sol? Yo creo que no.

—¡Así que se trata de eso! —exclamó Marie—. ¡No quieres ir porque te da pereza llegar hasta allí!

—Pues entre otras cosas, así es; no creo que valga la pena el esfuerzo.

—¿Cómo puedes ser tan vago?

—En la vida he conocido a nadie tan perezoso como tú.

Se estuvieron metiendo con Huan un buen rato, pero el chico aguantó estoicamente las críticas de sus amigos. Él reconocía que era un vago y no le afectaba oírsele decir a los demás.

Cuando alcanzaron el cruce donde sus caminos se separaban, todavía no habían llegado a ninguna conclusión. ¿Iban a ir el domingo a la playa de Nantes o, por el contrario, iban a quedarse en casa o en la sede del club? Marie y Caroline se colocaron a un lado de la calle mirando desafiantes a sus dos compañeros. No pensaban dar su brazo a torcer; iban a ir a contemplar el rayo verde costara lo que costase.

Huan, todavía con los brazos cruzados en señal de desaprobación, se colocó enfrente de ellas mostrando su rechazo a la idea, que le parecía tonta e inútil. Solo faltaba Jules para inclinar la balanza hacia un lado o hacia el otro. Este, situado en medio del grupo, miraba alternativamente a uno y a las otras. Por un lado, creía, como su amigo Huan, que toda esa leyenda del rayo verde era una tontería, pero, por el otro, sentía cierta curiosidad por ver con sus propios ojos un fenómeno que, hasta ese día, le resultaba totalmente desconocido. Se volvió hacia Caroline y Marie, que le devolvieron la mirada esperanzadas, y supo que debía hacerlas felices; se lo merecían por ser ambas tan buenas amigas.

Sin embargo, había un asunto que lo tenía preocupado. Había algo en las palabras de Mathieu de aquella mañana, cuando les desaconsejaba ir a ver el rayo verde, que lo había sumido en un estado de intranquilidad. «Si vais a ver ese rayo, más tarde recordaréis mis palabras y os arrepentiréis profundamente». ¿Por qué le atormentaba tanto esa advertencia, cuando estaba claro que carecía de fundamento? El propio capitán Nemo les había asegurado que no correrían ningún peligro si iban a ver el rayo. ¿Desde cuándo se tomaba más en serio las aseveraciones del director del instituto, que creía que el progreso era lo peor que le había pasado a la humanidad, que las de su mentor, la persona más sabia y noble que conocía, que compartía con él su criterio y su interés por la ciencia?

Una cosa estaba clara: no se sentiría tranquilo si después de la advertencia de Mathieu dejaba que las dos chicas fueran hasta allí solas. La playa de Nantes, como había dicho Huan, estaba bastante lejos de la ciudad, y de vuelta a casa, ya de noche, el camino sería oscuro y solitario. La Orden Contra el Progreso seguía en activo, y este simple motivo ya hacía que fuera peligroso recorrer caminos solitarios tras el anochecer.

Las chicas iban a ir a la playa tanto si a Jules y a Huan les parecía bien como si no, lo leía en sus ojos, y eso solo le dejaba una opción al joven inventor:

—Iremos a ver el rayo verde. ¡Huan, no me mires así! Será divertido y estaremos todos juntos.

—¡Bien! —exclamaron las chicas chocando las palmas de las manos. Les daba igual que el capitán Nemo no creyera en la leyenda popular del enamoramiento; ellas se sentían cada vez más cerca de que Jules les hiciera caso por fin.

Jules sonrió intentando no mostrar a los demás su preocupación. Se sentía un poco paranoico; la Orden Contra el Progreso había intentado acabar con sus vidas en tantas ocasiones que una vaga amenaza de uno de sus miembros había hecho que saltaran todas las alarmas en su cabeza. Pero a Marie y Caroline se las veía relajadas y felices, y no quería preocuparlas en vano.

—Tres contra uno, vosotros ganáis... Iremos a la playa a ver el dichoso rayo —se resignó Huan.

No pensaba decírselo a nadie, pero el chico oriental, en aquellos momentos, se estaba consolando con un pensamiento repentino: en el remoto supuesto de que la leyenda del enamoramiento fuera real, pediría al rayo verde que la guapa de Caroline, que parecía mostrar un total desinterés por él, se enamorara perdidamente.

Capítulo 5

UN INVENTO PARA LOS MÁS PEREZOSOS. PEGADOS AL SUELO



Se habían citado aquella luminosa tarde de domingo frente al parque de la Concordia para acudir al encuentro que Caroline y Marie tanto anhelaban. La playa quedaba a las afueras de Nantes y les esperaba un largo camino, así que se iban a reunir con tiempo de sobra.

—Sobre todo, sed puntuales —los había avisado Marie el día anterior, cuando se despidieron.

—No queremos perdernos el rayo verde por vuestra culpa; recordad que solo dura unos segundos —advirtió su compañera.

Sin embargo, todavía quedaban un par de horas para emprender el trayecto; Jules tenía tiempo de sobra para llegar puntual al lugar donde había quedado con sus amigas y le apetecía un poco de acción. Se moría de ganas

de enseñarle a Huan un nuevo invento que estaba acabando de pulir y que, consideraba, iba a ser muy útil especialmente para su amigo, que últimamente estaba volviéndose extremadamente perezoso. ¡Incluso podrían servirse del artilugio para llegar con más facilidad hasta la playa!

Así pues, metió el invento en una caja y se encaminó hacia la trastienda de los padres de Huan. No había avisado a su amigo, pero dudaba que le molestara la repentina visita; a su compañero le encantaban los aparatos que fabricaba Jules, quien sospechaba que este concretamente iba a hacerle especial ilusión. ¡Estaba pensado específicamente para gente como él!

Huan vivía con sus padres encima de la tienda; por este motivo, casi siempre estaba abajo, ayudándolos a despachar pedidos y a ordenar estanterías. Sin embargo, cuando llegaban sus amigos se encerraba con ellos en la trastienda, que servía de sede del club de Los aventureros del siglo XXL. En ese lugar era donde salían casi todas las buenas ideas de Jules; era el sitio que más le inspiraba para inventar, el muchacho se sentía más confiado allí que incluso en la intimidad de su dormitorio.

La trastienda era, además, donde los cuatro chicos cotilleaban sobre la gente de clase, hacían los deberes y merendaban las delicias que les traía la madre de Huan. Y, además, donde planificaban maneras de acabar con la Orden Contra el Progreso o, lo que era prácticamente lo mismo, tratar de que la Orden Contra el Progreso no acabara con ellos.

También era allí donde hablaban del futuro que querían y donde se imaginaban cómo sería la vida en el siglo XXL. ¿El mundo estaría plagado de fábricas de aeronaves? ¿Las mujeres tendrían las mismas oportunidades que los hombres? ¿Se podrían curar enfermedades como la tuberculosis, que en pleno siglo XIX resultaba mortal para quienes la padecían?

A los chicos no les cabía ninguna duda de que el futuro albergaría mejoras sociales, tecnológicas, científicas y sanitarias; se animaban mutuamente pensando en cómo querían que fuera la vida al cabo de dos siglos y qué podían hacer ellos que mejorara la sociedad actual y repercutiera en la posteridad. ¿Cuál podía ser su granito de arena? Jules quería idear cuantos inventos pudiera para mejorar las vidas presentes y futuras; Marie abogaba por acabar con las desigualdades económicas y atenuar las diferencias entre la clase obrera y la burguesía; Caroline soñaba con un futuro en el que la mujer poseyera voz y voto y no tuviera que limitarse a quedarse en casa cuidando de los hijos, y Huan, el más práctico, deseaba que el futuro fuera un lugar más divertido, con muchas más ofertas de ocio y entretenimiento, ya que, en ocasiones, el siglo XIX le parecía un tanto aburrido y anodino.

Efectivamente, a este último le alegró la visita inesperada de Jules, aunque le sorprendió verlo tan temprano:

—¡Ey, Jules! ¿Qué haces aquí? ¿No habíamos quedado dentro de un rato? ¿O me he despistado y ya es la hora?

—No, no, aún queda tiempo; solo quería aprovechar para enseñarte un nuevo invento que he ideado.

Jules siguió a su amigo hasta la trastienda, donde podrían charlar en paz y revelarle el descubrimiento. Le mostró la caja, sin abrirla todavía, y carraspeó:

—La verdad es que quiero que lo consideres como una especie de regalo —le confesó—. Hay dos pares, uno es para ti y el otro para mí. ¡Me parece que nos va a hacer la vida mucho más fácil, ya verás! Si te gusta, y vemos que van bien, fabricaré más para las chicas.

—Pero ¿qué es? —Huan se estaba muriendo de curiosidad y de impaciencia.

—¡Ábrelo! —lo animó Jules sonriendo.

El chico oriental destapó la caja, y su contenido le sorprendió de una manera a la que Jules no lo tenía acostumbrado. Los inventos de su amigo solían caracterizarse por su sofisticación e ingenio; en cambio, el regalo que Huan sostenía entre las manos era aburrido y poco original.

—¿Me regalas un simple par de botas? —se extrañó—. ¿Es que no te gustan las que llevo puestas? La verdad, Jules —comentó rascándose la cabeza—, no me imaginaba esto; sin ánimo de ofender, parece un regalo más propio de Caroline.

Efectivamente, ante sus ojos había dos botas altas de cuero viejo, con cordones un tanto raídos por el uso. Ni siquiera eran muy bonitas; Caroline habría acertado más con su refinado buen gusto.

—¡No seas bobo! —comenzó a reír Jules—. No son unas botas normales; fíjate en la suela.

Huan volvió las botas del revés para poder analizar la suela, que era más gruesa de lo habitual y emitía un extraño brillo.

—Jules... —comenzó titubeando el chico—, ¿este material de la suela no será...?

—Corbidio, efectivamente —afirmó el joven inventor.

—Pero ¿por qué?

—He creado unas botas magnéticas, o magnetobotas, que servirán para que podamos desplazarnos de un punto a otro sin ningún esfuerzo, como si

estuviéramos levitando. Gracias al corbidio, he podido crear unos imanes de igual polaridad que al repelerse crean un campo de levitación.

Huan observaba las botas con la boca abierta.

—No he entendido nada de lo que acabas de decir —confesó—. Pero, Jules, ¿no te resulta un poco siniestro usar el mineral con el que la Orden Contra el Progreso ha causado tanto daño? ¡Con el corbidio se han hecho bombas!

—Lo sé, pero se me ocurrió que con el corbidio también se podrían hacer cosas buenas, que podría servir para ayudar a la gente. Pensé que si dejábamos de tenerle miedo, lograríamos revertir la situación. Creo que seremos capaces de convertir cualquier mineral en nuestro aliado si lo usamos con precaución, cautela y ética.

Huan no las tenía todas consigo; sabía que se trataba de un mineral extremadamente peligroso y le daba miedo ponerse las magnetobotas. Sin embargo, Jules tenía muy buen olfato de inventor, y si hubiera creído que suponían un peligro, no habría fabricado dos pares... Además, en el caso de que funcionaran, ¿qué más daría de qué material estuvieran hechas? ¡Lo importante sería que podría ir hasta cualquier lugar sin cansarse en absoluto! ¡Sería un sueño hecho realidad!

Jules vio, por la cara que Huan ponía, que lo había convencido. Entonces, sacó dos pares de guantes del bolsillo de su abrigo y le tendió uno de ellos a su amigo:

—Estos guantes magnéticos, o magnetoguantes, nos ayudarán a mantener el equilibrio una vez que nos hayamos calzado las botas. Las magnetobotas son muy pesadas, como puedes comprobar al sostenerlas, pero una vez puestas, nos sentiremos tan livianos que nos puede resultar difícil mantener el equilibrio y no caernos. Con los guantes puestos, contrarrestaremos la inestabilidad de las magnetobotas.

Ambos chicos se sentaron en sendas sillas para calzarse las botas. Huan tuvo que anudárselas con fuerza; le iban grandes, puesto que eran un par de números mayores que el suyo, y le daba miedo perder el equilibrio nada más ponerse de pie.

A continuación, se pusieron los magnetoguantes. Aunque también eran muy pesados, se adaptaron perfectamente a su piel. Ya estaban listos. Ahora solo quedaba levantarse y empezar a caminar por la trastienda para probar su efectividad antes de salir a la calle con ellas puestas.

—A la de tres nos ponemos en pie, ¿de acuerdo? Uno, dos... ¡tres!

Huan y Jules se levantaron al unísono y probaron de dar un paso y después otro. Se sentían como si estuvieran aprendiendo a andar de nuevo: tenían que mantener los brazos separados del cuerpo y avanzar despacio mientras trataban de encontrar el punto de equilibrio justo.

—¡Mira, Jules, estoy caminando! —exclamó Huan dando un pequeño paso tras otro, fijándose con mucha atención en dónde ponía el pie y conservando los brazos en cruz como si fuera un malabarista andando por la cuerda floja.

Rápidamente se fueron acostumbrando. ¡Caminar con las magnetobotas era casi como estar flotando!

LAS MAGNETOBOTAS



Se sentían mucho más livianos y no les costaba ningún esfuerzo desplazarse.

—Creo que el día en el que el ser humano llegue a la Luna tendrá una sensación muy parecida a la que estamos experimentando nosotros ahora mismo —comentó Jules sintiéndose muy satisfecho de su invento.

Fueron de un lado a otro de la trastienda caminando juntos y sin parar de reír.

—¿Sabes qué, Jules? ¡Pienso ir a la playa con las botas y los guantes puestos!

—Yo también —se apuntó el otro—. ¡Qué bien nos lo vamos a pasar!

—Les vamos a dar mucha envidia a Caroline y Marie —añadió el primero maliciosamente.

—Seremos la envidia de todo aquel que nos vea caminar sin realizar ningún esfuerzo —opinó Jules—, ¡sobre todo, de los más perezosos!

Pero, de repente, sucedió algo que ninguno de los dos había previsto.

Fue tan repentino que no tuvieron tiempo de nada, ni siquiera de prevenirse el uno al otro. Caminaban por la trastienda con tanta confianza y charlando tan animadamente que no se dieron cuenta de lo que iba a pasar hasta que ya fue demasiado tarde: sin percatarse, se habían situado encima de una placa metálica, que actuó como un potentísimo imán al entrar en contacto con la suela de las magnetobotas. Sintieron como si la tierra quisiera tragárselos de la fuerza con la que el imán los clavó en la superficie metálica.

Pero lo peor fue lo que ocurrió tan solo una centésima de segundo después. Fue inevitable, no hubo ninguna forma de impedirlo: las manos de ambos chicos, enfundadas en los magnetogantes, se vieron automáticamente atraídas por la placa metálica. Con estupor, Huan y Jules contemplaron cómo sus manos se dirigían al suelo, como si una fuerza sobrenatural las estuviera moviendo hacia allí, e irremediabilmente quedaron pegados al suelo tanto de manos como de pies.

Intentaron desasirse de la fuerza del imán al instante, pero sus esfuerzos fueron completamente en vano: no había manera de apartar las manos ni los pies de la placa metálica. Aunque hicieran toda la fuerza del mundo, no lograban moverse ni un ápice. Era imposible liberarse; estaban atrapados.

—Dime que esto también forma parte de tu invento y que tienes un as en la manga para sacarnos de esta engorrosa situación —le pidió Huan a su amigo mientras trataba en vano de separarse del campo magnético.

—Me temo que esto no lo tengo controlado —confesó Jules enrojando visiblemente.

Al principio, sin embargo, no se preocuparon demasiado. La situación, como había recalcado Huan, resultaba bastante cómica se mirase por donde se mirase: estaban a cuatro patas, el uno junto al otro, con las botas y los guantes puestos, sin poder cambiar de posición.

—Creo que tardaré años en volver a probar uno de tus inventos, Jules —bromeó su amigo.

Fueron pasando los minutos, y, con el paso del tiempo, la situación les fue pareciendo cada vez menos cómica y más preocupante. La verdad era que estaban en una postura muy incómoda; la sangre se les estaba subiendo a la cabeza, y los músculos de los brazos y las piernas comenzaban a dolerles y a agarrotárseles.

—Si seguimos así, mañana tendremos agujetas —se lamentó Huan. Se suponía que este artilugio debía servir para caminar de forma liviana y sin cansarse, no para estar completamente molidos al día siguiente.

Intentaron de nuevo levantar las manos y los pies de la placa metálica, pero tuvieron el mismo éxito que la vez anterior. En realidad, Jules Verne sabía que era imposible: la fuerza magnética era demasiado potente. Además, se habían anudado los cordones de las botas con tanta fuerza que no podían deslizar el pie para sacarlo del calzado; del mismo modo, los guantes se ajustaban a la perfección a los dedos de la mano, con lo cual era imposible desenfundárselos.

—Creo que esta es la situación más incómoda que he vivido nunca —se quejó Huan—. Al menos, me consuela ver que tú estás en la misma ridícula posición que yo...

—Suerte que Caroline y Marie no nos están viendo ahora mismo —masculló Jules, enrojeciendo de nuevo al imaginarse lo que dirían sus amigas, que nunca los habían visto en una postura tan grotesca.

Estaban cada vez más inquietos. No sabían qué hora era, pero estaba claro que no podía faltar mucho para su cita con las chicas frente al parque de la Concordia.

—¿No podemos llamar a tus padres, Huan? Ya sé que la situación es embarazosa y que no nos gustará que nos vean así, pero no veo cómo vamos a poder salir de esta placa metálica sin su ayuda. Necesitamos que alguien nos desabroche las botas para poder sacar los pies de este suelo traicionero.

—Es domingo —le recordó Huan—, no están en la tienda. Me han dicho que saldrían a dar un paseo y que regresarían tarde. ¡Somos las personas más desafortunadas del mundo! —se lamentó.

Jules no podía creerse su mala suerte. ¿Qué iban a pensar las chicas cuando vieran que no aparecían? ¿Se preocuparían por ellos, por si les había pasado algo, o pensarían que les había dado pereza ir a ver el rayo verde y se enfadarían?

Por otro lado, ¿cuánto tiempo iban a poder aguantar en esa posición tan incómoda? ¿Y si los padres de Huan tardaban horas en regresar del paseo? ¿Y si nadie se daba cuenta de que estaban allí? Ninguno de los dos le había dicho a nadie dónde estaría.

Huan pareció leerle la mente.

—¿Vamos a morir? —preguntó con su dramatismo habitual.

—¡Claro que no vamos a morir! Hemos estado en circunstancias mucho peores, ¿no crees?

—Sí —coincidió su amigo—, pero en situaciones más ridículas que esta, lo dudo mucho.

Jules sonrió amargamente a sabiendas de que su amigo tenía razón.

Estuvieron un rato en silencio, preguntándose qué estarían haciendo Caroline y Marie en ese momento. Sin duda, ya se habrían dado cuenta de que no iban a acudir a la cita.

—Mira que me daba pereza ir a ver el maldito rayo verde, pero ahora lo preferiría mil veces más que estar aquí, enganchado a este metal —se quejó Huan.

Jules suspiró. Se sentía tremendamente en falta por no haber pensado que las magnetobotas y los magnetogantes podían causar problemas al encontrarse con otros metales. ¿Cómo podía haber cometido un fallo semejante? Si hubiera tenido las manos libres, se habría pegado en la frente, pero se tuvo que contentar con emitir otro desolado suspiro.

Su amigo no paraba de quejarse y de tratar de desengancharse del suelo. Aunque Jules le dijera que no servía de nada, él lo seguía probando por si lograba conseguirlo usando un poco más de fuerza que en el intento anterior. Sin embargo, cada vez estaba más cansado, e iba alternando sus quejas con gemidos y gruñidos mientras hacía fuerza para tratar de desprenderse de la placa metálica.

—Perdóname, Huan; este es, sin duda alguna, el peor regalo que te he hecho nunca —se sinceró el joven inventor, tras observar en silencio durante un buen rato a su amigo haciendo toda clase de muecas y reniegos sin lograr moverse ni un milímetro del suelo.

—Coincido contigo: este es, desde luego, el peor invento que se te ha ocurrido, ¡el único que no querré comercializar jamás! ¡Un invento para los

más perezosos, que con las magnetobotas y los magnetogantes puestos ya no tendrán que volver a moverse nunca más! —exclamó imitando la voz de un comerciante ambulante.

Jules, a pesar de todo, sonrió. Incluso en las peores situaciones, el talante de su amigo para los negocios no disminuía ni un ápice.

Permanecieron unos minutos en un silencio solo roto por los gruñidos y las quejas de Huan, cuyo malhumor no hacía más que aumentar a medida que transcurría el tiempo.

—Prométeme una cosa —le pidió este al cabo de un rato, durante una pausa de su intento de despegarse del suelo.

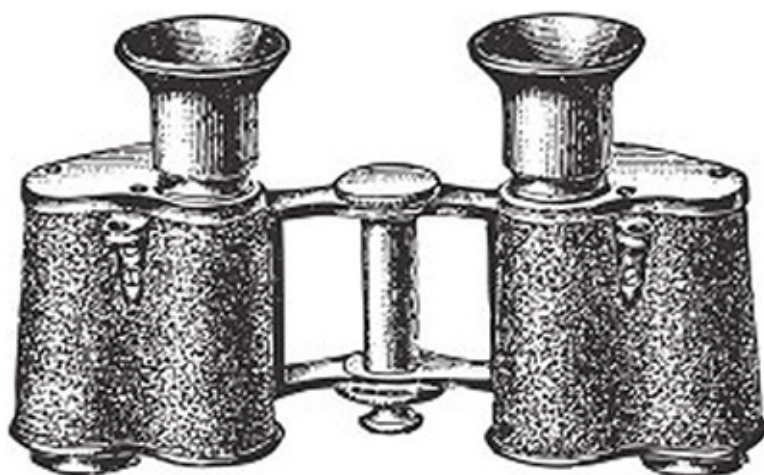
—¿De qué se trata?

El chico oriental tomó aire antes de sentenciar:

—Que nunca jamás vas a volver a utilizar corbidio para uno de tus inventos.

Capítulo 6

UNA LARGA CAMINATA. EL RAYO VERDE



—¿Dónde se habrán metido esos dos?

Las chicas comenzaban a estar cada vez más inquietas e impacientes. Pasaban veinte minutos de la hora a la que habían quedado y no se los veía por ninguna parte. Las sombras de los árboles del parque de la Concordia se iban alargando cada vez más, indicándoles que la tarde pasaba veloz y que cada vez faltaba menos para el anochecer.

—Está claro lo que ha ocurrido, ¿no? —Marie estaba fuera de sus casillas—. No les apetecía nada ir a ver el rayo verde, y son tan cobardes que no se atrevían a decírnoslo: ¡han preferido darnos plantón!

—De Huan podía esperarme algo así —opinó la otra—, pero de Jules... no parece nada propio de él.

A Caroline se la veía dubitativa. ¿Y si les había pasado algo?

—Huan habrá convencido a Jules para que no venga con nosotras. ¡Seguro que están jugando a algún juego y pasándoselo la mar de bien! Y,

mientras tanto, nosotras aquí aguardándolos como unas tontas. Como esperemos más rato, vamos a perdernos el rayo verde.

Marie tenía razón, sin lugar a dudas; los chicos debían de encontrarse perfectamente bien, y seguro que estaban divirtiéndose con cualquier juego estúpido mientras ellas dos estaban ahí plantadas. Caroline chasqueó la lengua, molesta con ellos, y tomó una resolución:

—Pues si ellos se están divirtiendo, nosotras nos lo pasaremos aún mejor. ¡No los necesitamos para nada! Vayámonos ya hacia la playa o no llegaremos a tiempo.

—¡En marcha!

Tenían que andar a paso ligero, puesto que la playa estaba a una hora de la ciudad andando, y por culpa del plantón de los chicos, iban con el tiempo justo. Durante todo el camino estuvieron criticándolos mosqueadas.

—¿Por qué Huan tiene que ser tan vago? —se quejó Marie—. ¡Nunca quiere hacer nada que le suponga un mínimo esfuerzo!

—Y no me explico cómo Jules le hace tanto caso; parece como si su opinión fuera la única a tener en cuenta.

—Se piensan que son más inteligentes que nosotras, pero no es así.

—¡Claro que no! ¡Nosotras estamos muy por encima! —afirmó Caroline—. Ellos en lo único que piensan es en manchar a Mathieu con huevos podridos, mientras que tú y yo tenemos cosas mejores que hacer.

Las dos amigas estaban muy resentidas por el plantón que les habían dado.

—¡Con la ilusión que sabían que nos hacía!

—Lo de hoy no lo perdonaremos fácilmente.

—Creen que somos tontas y cursis, pero se equivocan. Se van a perder un espectáculo maravilloso.

A ratos iban en silencio, cabizbajas y pensativas. Si Jules no estaba allí para presenciar el rayo verde pero ellas sí que lo veían, ¿podría tener el efecto deseado de todos modos?

El sol estaba cada vez más bajo en el cielo y comenzaba a refrescar. Caroline se alegró de haber traído consigo un chal y se lo colocó por encima de los hombros conteniendo un escalofrío. A su lado, Marie seguía andando ligera de ropa; era mucho más calurosa que su compañera. El camino estaba solitario, y solo de vez en cuando divisaban a alguien a lo lejos. Caroline contuvo otro escalofrío. Le habría gustado que Huan y Jules estuvieran con ellas en aquel momento; estarían hablando de cualquier tontería o jugando a algún juego para amenizar la caminata, y, probablemente, no sentiría miedo.

Le alegró que Marie, ajena a sus preocupaciones y sus miedos, rompiera el silencio:

—Cuando veas el rayo verde, ¿pensarás en alguien especial? —Su tono de voz parecía desinteresado, como si estuviera hablando del tiempo, pero observaba a su amiga de reojo, atenta a su reacción.

Las mejillas de Caroline enrojecieron, pero trató de aparentar normalidad:

—No, en nadie —mintió descaradamente—. ¿Y tú?

—Tampoco —se apresuró a contestar la otra, con el rostro encendido por la vergüenza.

Prosiguieron un rato en silencio, sin atreverse a comentar nada más, y se alegraron enormemente cuando de repente, ante sus ojos, vislumbraron la playa. El solitario camino se ensanchaba y la tierra se convertía en arena suave y dorada. El mar estaba en calma, y su tonalidad, un azulón oscuro, transmitía tranquilidad.

Las chicas aceleraron el paso y quedaron gratamente sorprendidas al comprobar que no eran las únicas que habían seguido el consejo del periódico *Le Matin* y se habían acercado hasta el lugar: el fenómeno del rayo verde había congregado por lo menos a un centenar de personas, quienes, sentadas en grupitos o en parejas en la arena, contemplaban embelesadas la puesta de sol.

Descendieron unas escalinatas de piedra y, por fin, sus pies tocaron la arena. Marie se descalzó para disfrutar mejor de la experiencia.

—¡Es la sensación más agradable que he tenido en mucho tiempo! —exclamó corriendo descalza por la orilla y permitiendo que el agua del mar le lamiera los pies.

Caroline, tras un largo titubeo, la imitó, y se sorprendió gratamente al sentir la suavidad de la arena que pisaba. Entonces tuvieron el difícil reto de buscar el sitio perfecto para la contemplación del rayo verde; no querían estar demasiado cerca de los grupos grandes, que eran los más ruidosos, pero si se apartaban mucho del gentío, perdían la buena visibilidad del horizonte. Aunque al principio les pareció que los mejores emplazamientos estaban todos cogidos, acabaron encontrando un espacio en medio de la playa que les pareció perfecto. Caroline se quitó el chal y lo extendió en la arena para que ambas pudieran recostarse encima.

—Realmente no saben lo que se pierden —murmuró mientras se acomodaba en el suelo.

—¡Ya se arrepentirán mañana cuando les contemos lo que hemos vivido! —exclamó su compañera.

Aún faltaban unos minutos para la puesta de sol, con lo cual, Marie y Caroline se entretuvieron observando a su alrededor. La mayor parte del público era femenino, aunque también había algún hombre con pinta de estar aburrido, así como algunos jóvenes desperdigados por la playa. Tal vez, alguno de ellos se enamoraría esa noche de una de las dos.

Marie se dio cuenta de que algunas personas llevaban prismáticos, lo que la hizo pensar en Jules: seguro que, de estar allí, en aquel mismo instante habría estado barriendo el cielo con los suyos propios, tratando de atisbar el rayo verde antes que los demás.

—¡Qué lástima que no hayamos pensado en traer un par de prismáticos con nosotras! —se lamentó sintiéndose un poco tonta.

Lo que les llamó más la atención, sin embargo, fue un imponente globo aerostático que se elevaba en aquellos momentos a unos diez metros de la costa. Sin duda alguna, sus ocupantes iban a disfrutar de una vista privilegiada del fenómeno atmosférico.

—¡Qué suerte tienen! —exclamaron observándolo elevarse con envidia. Volar en globo había sido una de las experiencias que más habían disfrutado en toda su vida.

Los pensamientos de ambas chicas volvieron a retroceder hacia esa aventura en globo, que tan lejana les parecía ahora y que había servido para acabar de forjar la amistad entre los cuatro. Aquel había sido su primer encuentro con la Orden Contra el Progreso, la primera de muchas aventuras de las que, por suerte, Huan, Marie, Jules y Caroline siempre habían salido victoriosos.

El cielo estaba adquiriendo tonalidades rosadas y violáceas, y los rayos de sol eran cada vez más escasos. Las chicas coincidieron en que aquella puesta de sol era tan hermosa que, si finalmente no lograban vislumbrar el famoso destello verde, habría valido la pena de todos modos desplazarse hasta la playa para contemplar la puesta de sol.

—Casi se ha puesto ya del todo —susurró Caroline—. No puede faltar mucho.

—Siento que va a ocurrir algo mágico —murmuró a su lado Marie mordiéndose las uñas por los nervios.

Aguardaron un par de minutos más, conteniendo la respiración, conscientes de que estaban a punto de experimentar algo extraordinario. En el ambiente reinaba una calma casi mágica; todo el mundo miraba al horizonte con el corazón bombeando con fuerza en el pecho y un deseo en la punta de la lengua.

Y entonces ocurrió. Fue una luz mucho más intensa de lo que las chicas se habían imaginado: un potente destello verde iluminó al centenar de espectadores durante unos pocos segundos, en los que tanto Caroline como Marie sintieron que el tiempo se detenía. En silencio, sin decirse nada, tanto la una como la otra pidieron, con las mejillas encendidas y una sonrisa en el rostro, el mismo deseo: que Jules les hiciera un poco más de caso.

El destello verde se apagó repentinamente, y con ello, el último rayo de luz solar dio paso a una noche estrellada y apacible. En la arena, unas cien personas prorrumpieron en un prolongado aplauso. Caroline y Marie se pusieron en pie, se expulsaron los restos de arena de la ropa y se calzaron los zapatos, dispuestas a emprender el trayecto de vuelta.

En ese momento, el sendero que las llevaba a casa estaba mucho más transitado que a la ida. Decenas de personas regresaban a pie hacia la ciudad de Nantes charlando distendidamente, alegres. Marie y Caroline, por el contrario, caminaban en silencio arrastrando los pies, algo alicaídas. Había sido un espectáculo de enorme belleza, eso era indiscutible, pero ninguna de las dos había sentido nada especial; no les pareció que el hechizo hubiera surtido efecto. Comenzaban a creer que el capitán Nemo tenía razón y la leyenda del enamoramiento era solo eso: una simple leyenda sin fundamento alguno.

—¿Crees que el hechizo ha funcionado? —inquirió Caroline. Se notaba decepción en su voz—. ¿Has notado algo?

—Decías que no habías pensado en nadie... —repuso Marie con una entonación maliciosa al darse cuenta de que su amiga se acababa de delatar—. Pero no, yo tampoco he sentido nada mágico —añadió, sin concretar en quién había pensado ella al ver el destello verde, y sintiéndose un poco aliviada al saber que su amiga tampoco parecía haber quedado hechizada por el rayo.

El hecho de que los demás transeúntes estuvieran tan animados y no pararan de hablar del fenómeno que acababan de contemplar incrementaba todavía más el desánimo de Marie y Caroline. Si Huan y Jules hubieran estado allí con ellas, todo habría sido distinto, se dijeron. Probablemente, el hechizo mágico habría tenido un mayor efecto con ellos presentes; lo que había ocurrido era que se encontraban demasiado lejos, y el encantamiento no era lo suficientemente potente. Pero no podían olvidar que los chicos les habían dado plantón: seguían tremendamente enojadas por ello.

—Les diremos que se han perdido el espectáculo más maravilloso, extraordinario, fantástico... —Marie se estaba quedando sin adjetivos.

—¡... magnífico, excelente y fascinante del mundo! —acabó Caroline por ella.

—Que se sientan las personas más desafortunadas de la Tierra por no haber venido —prosiguió la primera.

—¡Y que nos pidan perdón cientos de veces por habernos dado plantón sin avisar! —exclamó la otra.

Ambas amigas se despidieron frente al parque de la Concordia, en el mismo punto donde habían quedado tres horas atrás, coincidiendo en que iban a hacer sufrir un poco a los chicos antes de perdonarlos para que recibieran su merecido.

Tal vez, si las chicas hubieran sabido que tanto Jules como Huan se habían pasado todo aquel tiempo pegados al suelo metálico de la trastienda con las magnetobotas calzadas y los magnetogantes puestos, se habrían desenfadado de inmediato (o, por lo menos, habrían pensado que los chicos habían recibido su justo castigo).

Lo cierto era que nadie se dio cuenta de su delicada situación hasta pasadas las ocho de la noche, cuando la madre de Huan fue a avisar a su hijo de que la cena estaba lista. La buena mujer se llevó un susto tremendo al ver a ambos chicos en esa extraña postura: por un momento, pensó que habían sido poseídos por un extraño demonio que los había dejado paralizados, y más cuando se dio cuenta de que lo único que hacía su hijo era gruñir y lamentarse sin decir nada que tuviera sentido alguno.

Mientras Huan seguía gimoteando, Jules le hizo un breve resumen a la mujer de lo que había ocurrido y la apremió para que los rescatara. Sin embargo, la madre de Huan no tenía fuerza suficiente para desengancharlos del suelo, y tuvo que correr en busca de su marido.

—Dese prisa —le instó Jules—, no creo que Huan aguante mucho más tiempo en esta posición.

Efectivamente, Huan parecía ido después de pasar tantas horas en la misma postura; tenía todos los músculos agarrotados, la cara roja como un tomate porque le había bajado toda la sangre a la cabeza y los ojos hinchados de tanto gimotear.

La madre regresó al cabo de unos minutos con el padre de Huan, quien, al verlos en esa postura tan extraña, comenzó a reír a carcajadas:

—¿Me podéis explicar cómo ha ocurrido esto?

Huan gruñó a modo de respuesta, lo que divirtió todavía más al hombre.

—Por favor, rescátenos primero y luego se lo contaremos todo —le suplicó Jules.

Una vez repuesto de la sorpresa y de la gracia que le había producido ver a su hijo y a su amigo en esa situación tan rocambolesca, se apresuró a desanudar las botas a los chicos, para que pudieran liberar los pies del potente imán de corbido, y a quitarles luego los guantes, para que consiguieran sacar las manos del suelo metálico.

Ambos adultos los ayudaron a mantener el equilibrio mientras se ponían en pie.

—¡Creo que ya no sé ni cómo se hace para caminar! —se lamentó Huan, mientras su madre lo sostenía. Trató de dar un paso sin ayuda, pero las piernas le flojearon y estuvo a punto de caer de nuevo al suelo.

Pasadas tantas horas con la cabeza mirando hacia los pies, se sentían enormemente mareados; del mismo modo, les parecía como si ningún músculo del cuerpo les funcionara correctamente, y tenían las extremidades adormecidas.

La espalda de Huan crujió de manera espantosa al estirarse, y el chico soltó un amargo quejido.

—No sé si tendremos agujetas mañana, pero lo que es seguro es que este dolor de espalda va a acompañarme durante un par de días —se lamentó.

—A ver si así aprendéis a pensar con la cabeza antes de hacer tantas tonterías —les riñó la madre de Huan con seriedad—; por suerte no ha pasado nada grave, pero espero que esto os sirva de aviso para situaciones futuras.

Jules, que también se acababa de incorporar, se llevó las manos a la espalda, ahogó otro quejido, y no pudo menos que darle la razón a la madre de su amigo.

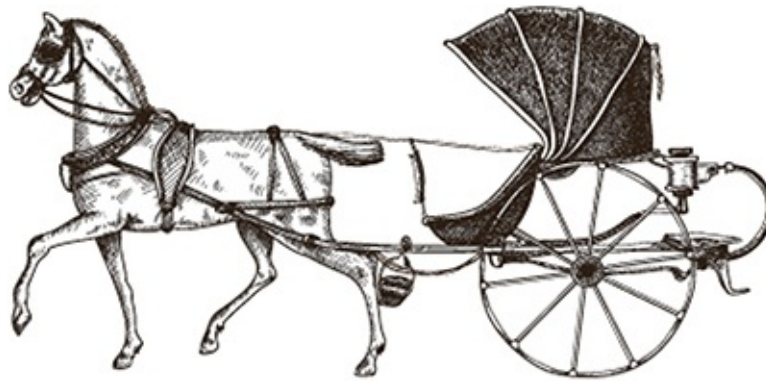
—Perdóname —le pidió a Huan, por segunda vez en la misma tarde—. Tu madre tiene toda la razón al echarnos la bronca, pero esta vez ha sido solo culpa mía; tú solo has aceptado el regalo confiando plenamente en mí.

En aquel momento se sentía el científico más inepto del mundo entero; estaba profundamente avergonzado de sí mismo.

Cuando fue capaz de sostenerse en pie él solo y de caminar sin perder el equilibrio (lo que le llevó por lo menos unos diez minutos), se despidió escuetamente de Huan y de sus padres, a quienes les agradeció el particular rescate que habían tenido que realizar, y se escabulló de la trastienda del club de Los aventureros del siglo XXL Solo tenía ganas de llegar a casa, meterse en la cama y hacer como si ese día no hubiera existido nunca.

Capítulo 7

SUMIDAS EN LA OSCURIDAD



Se removió inquieta en la cama, temblando. No sabía de qué se trataba, pero algo la había despertado. Contuvo otro escalofrío y abrió los ojos. Se apartó un mechón de la frente, pero aun así no veía nada. Su dormitorio estaba demasiado oscuro, la negrura era total.

Caroline se sentía algo mareada y enormemente soñolienta. Deseaba volver a conciliar el sueño, pero le parecía que había algo que estaba mal, que no debía ser así. ¿Esa oscuridad absoluta era normal? En aquellos momentos, la habitación se asemejaba a un pozo profundo y vacío, pensó angustiada. Ni siquiera la luna dejaba pasar sus haces de luz por entre las cortinas.

A ella nunca la había asustado la oscuridad. Solía reírse de Marie y de Huan porque albergaban miedos infantiles de aquel tipo; ella, en cambio, se sentía mayor y más madura, como un adulto, y los adultos que ella conocía no temían a la oscuridad. Así pues, se subió la manta hasta la barbilla y cerró fuertemente los ojos, intentando tranquilizarse y respirar con normalidad.

No había prácticamente diferencia entre tener los ojos cerrados o abiertos; la oscuridad era la misma.

Cambió de postura y volvió a inspirar y a exhalar profundamente. Al día siguiente, cuando el sol brillara en lo alto del cielo, sentiría vergüenza por

aquel repentino temor infantil; le parecería ridículo tener miedo de la oscuridad. Se durmió con aquel convencimiento en la cabeza.

Por la mañana, Caroline abrió los ojos de nuevo, tras un profundo sueño reparador. Seguía sumida en la casi más absoluta oscuridad. Poco a poco trató de ir descifrando los elementos del dormitorio: ahí debía de estar el escritorio, aquel bulto oscuro de más allá seguramente era el armario, y tal vez en ese punto que parecía un tanto más luminoso que el resto de sombras, se ubicaba la ventana. Se frotó los ojos por si todavía estaba medio dormida. No ocurrió nada. Apenas conseguía ver, enfrente de ella solo había oscuridades de distintas texturas y tamaños. Sentía como si una especie de velo de color verde oscuro cubriese su retina. Se pasó los dedos por delante de los ojos como para intentar apartar dicho velo, pero no había nada en su cara, ningún objeto que la impidiera ver. En cambio, ni siquiera fue capaz de atisbar sus dedos frente a su rostro.

Comenzó a temblar de manera convulsa. ¿Quién decía que los adultos no temían a la oscuridad? Nunca había estado tan asustada como en aquel momento.

—M... mamá —tartamudeó—. ¡Mamá! —gritó más fuerte al no obtener respuesta.

La madre de Caroline debió de notar el miedo en la voz de su hija, porque acudió rápidamente al dormitorio.

—¿Qué pasa? ¿Qué haces todavía en la cama, hija? Tienes que ir al institut...

—No veo, mami —la cortó Caroline comenzando a sollozar—. Me he quedado ciega.

La madre palideció en el acto y se inclinó hacia su hija para examinarle los ojos. Se dio cuenta de que las pupilas de Caroline no se fijaban en ella, como si no estuviera allí, y palideció todavía más.

—Hay que llevarte al hospital inmediatamente —exclamó la mujer tomando una resolución con voz firme y tratando de que su hija no notara el miedo en su propia voz—. Venga, te ayudaré a vestirte.

Caroline se sentía desvalida. Se vestía sola desde hacía años, pero, de repente, volvía a depender de su madre. Se apoyó en ella para salir de la cama, y la mujer la ayudó a vestirse con lo primero que encontraron: la camisa y la falda del día anterior, que estaban encima de la cómoda.

La madre le calzó los zapatos y preparó una pequeña bolsita con cuatro cosas por si, como se temía, la estancia en la Casa de la Salud se alargaba más de la cuenta.

—Ahora vamos a bajar la escalera; agárrate a mí —le iba contando la madre—. ¿Ves algo?

—Tan solo sombras verdosas. Veo algunos puntos más claros y... —La voz de Caroline se rompió por el llanto— otros más oscuros.

Terminaron de bajar la escalera de casa y se abrazó a su madre muerta de miedo. Jamás ninguna tarea le había parecido tan ardua y difícil como descender esos doce escalones que separaban el piso de arriba del de abajo; ni siquiera las mil peripecias que había vivido con Los aventureros del siglo XXI en los últimos tiempos.

«Ahora ya no habrá más aventuras para mí», pensó. Al fin y al cabo, si no era capaz ni de vestirse sin ayuda, ¿cómo iba a poder salvar al mundo de la Orden Contra el Progreso?

Se estremeció de nuevo sin dejar de sollozar, y su madre la abrazó más fuerte.

—¿Y papá? —preguntó Caroline en aquel momento. No sabía por qué no había bajado a ayudarlas; sin duda, los llantos de su hija debían de haberlo alarmado.

—Papá está de viaje por trabajo —respondió su madre frunciendo los labios en una fina mueca que Caroline no pudo vislumbrar pero que dedujo.

La chica suspiró. Nunca podía contar con su padre para nada; ni siquiera en aquel momento, cuando más lo necesitaba.

Salieron de casa cogidas del brazo, caminando muy despacio. La madre de Caroline hizo una señal al cochero para que preparara el coche de caballos de la familia. Ya estaban listas para partir.

Cuando estaba ayudando a su hija a subir al carruaje, la mujer se dio cuenta de algo:

—¡Mira quién viene hacia aquí!

Se arrepintió en el acto de su comentario, porque, por más que mirara, su hija no podía verlo.

—¿Quién? —inquirió Caroline tratando de forzar la vista. Solo consiguió que las sombras verdosas se hicieran más potentes. Se llevó la mano a la cabeza sintiéndose agotada.

—Se trata de tu amiga Marie, acompañada de sus padres. Ellos la sostienen cada uno de un brazo, como si...

La mujer enmudeció. Como si ella tampoco pudiera ver nada.

La madre de Caroline ayudó a su hija a sentarse en el coche de caballos y luego salió en busca de Marie y su familia.

—¿Están ustedes bien? —preguntó a modo de saludo. No había tiempo para formalismos.

—Nuestra hija Marie se ha despertado completamente ciega, no sabemos qué le ocurre —contestó el padre de la chica con un ligero temblor en la voz.

La madre de Caroline miró a Marie quien, como su hija, lloraba en silencio sin fijar la mirada en ningún sitio.

—Caroline está igual —les comunicó la mujer, tratando de que su voz sonara algo más firme—. Ahora vamos al hospital, tenemos el coche de caballos preparado. Vengan, suban conmigo; no pueden ir caminando hasta allí, está demasiado lejos, y más en las condiciones en las que se encuentra su hija.

—Me temo que no podemos costearnos la Casa de la Salud —contestó la madre de Marie. Ambos progenitores habían enrojecido por la vergüenza que les causaba confesarlo—. Tendremos que contentarnos con dejar pasar el tiempo y ver si nuestra hija mejora.

—Ni hablar; yo pagaré los gastos —se ofreció la madre de Caroline.

—Es usted muy amable, pero no podemos permitirlo; el hospital es muy caro y usted ya deberá pagar los gastos de su propia hija.

—Insisto. —La madre de Caroline había tomado una decisión y no la iban a convencer de lo contrario—. No podría soportar que mi hija se curara gracias a los cuidados del hospital y que en cambio la suya permaneciera así por no haber sido atendida por ningún doctor; es demasiado injusto. Así que no se hable más del tema; suban los tres al coche de caballos, por favor, y vayamos al hospital. Nuestras hijas necesitan atención médica ya mismo.

—Gracias —susurró Marie flojito, mientras una lágrima de gratitud descendía por sus mejillas.

La chica subió al coche con la ayuda de sus padres, y luego lo hicieron los demás. Una vez estuvieron todos dentro, cerraron la portezuela y el cochero arrancó. El interior de la carroza se sumió en un espeso silencio lleno de interrogantes y de miedos.

Caroline y Marie se cogieron de la mano. Al menos, estaban juntas en esto. Al menos, se tenían la una a la otra.

Capítulo 8

UN CASTIGO DIVINO



Cuando tocaba la asignatura de Moral a primera hora de la mañana, Huan y Jules siempre se sentían desmotivados, y aquel lunes no era una excepción. La materia la impartía Claude Mathieu, el malvado director del instituto y uno de los miembros más destacados de la Orden Contra el Progreso, quien solía pasarse la hora de clase despotricando contra el progreso, la tecnología y la ciencia, y pronunciando discursos conservadores y violentos en pos de la tradición.

Por si fuera poco, ese lunes ambos chicos se habían levantado tremendamente doloridos por el percance vivido el día anterior. De hecho, Huan había estado a punto de faltar a clase, puesto que tenía mucho dolor de espalda y se le hacía una montaña enorme el hecho de tener que salir de la

cama, pero sus padres lo convencieron para que asistiera y siguiera formándose.

—Así verás a tus amigas y te disculparás por haber faltado a la cita de ayer —lo animó su madre.

Tenía razón, y Huan lo sabía. Cuanto antes se disculparan por haberles dado plantón, antes podrían hacer borrón y cuenta nueva. Seguro que cuando supieran lo que les había pasado se reirían mucho y los perdonarían. Estaba convencido de que Jules y él tendrían que soportar muchas burlas cuando las chicas conocieran la historia, pero valdría la pena si gracias a ello dejaban de estar molestas.

Se encontró con Jules en el punto habitual donde se citaban los cuatro cada mañana, un par de manzanas antes de llegar al instituto. Él solía llegar el último, ya que casi siempre se le pegaban las sábanas, pero aquel día solo estaba su amigo.

—¿Y las chicas? —preguntó al acercarse a él. Ninguno de los dos comentó el incidente de la tarde anterior; por el momento, era mejor hacer como si jamás hubiera ocurrido, aunque siguieran ambos con la espalda dolorida y agujetas en las pantorrillas.

—No lo sé, ya deberían estar aquí —se extrañó Jules.

Aguardaron varios minutos, pero ninguna de las dos apareció.

—Vaya —se lamentó Huan—, está claro que nos están dando a probar nuestra propia medicina. Nos han dado plantón.

—Me temo que tienes razón —coincidió el otro—. A esta hora ya deben de estar en el instituto, riéndose de nosotros por estar aquí esperándolas.

Comenzaron a caminar hacia La Bonne Tradition algo cabizbajos. Desde luego, el día no comenzaba bien.

—Creo que va a ser más difícil lograr que nos perdonen de lo que teníamos previsto —opinó Jules.

Llegaron al aula, donde Claude Mathieu ya los estaba aguardando con una sonrisa siniestra en el rostro. Jules suspiró profundamente. ¿Qué tipo de discurso les iba a soltar hoy? Después de su fracaso con las magnetobotas y los magnetogantes, no tenía ningunas ganas de oír despotricar sobre el progreso y el futuro. En aquellos momentos, se sentía el peor inventor del mundo, y su sueño de construir aeronaves en una fábrica como la que estaban ideando en Nantes se le antojaba mucho más lejano e improbable que de costumbre.

Mathieu esperó a que entraran un par de alumnos rezagados más en el aula antes de dar comienzo a la clase. Jules deseó que pasara rápido; quería

que fuera ya la hora del patio para poder disculparse con Marie y Caroline, a las que no vería hasta entonces, puesto que las aulas no eran mixtas, y chicos y chicas solo compartían espacio en el recreo.

—Buenos días —comenzó el director de La Bonne Tradition—. Como sabéis, la madre Naturaleza nos lanza señales constantemente para que dejemos de tratarla mal, para que el mundo siga siendo tal y como ha sido siempre. —Jules suspiró otra vez resignado; el discurso adoctrinador de Mathieu ya había comenzado—. Solo esto explica la tragedia que ocurrió ayer en la playa de Nantes.

El profesor de Moral hizo una pausa en su discurso, dotándolo de mayor dramatismo. El silencio habitual se llenó rápidamente de cuchicheos y de murmullos: ¿de qué estaba hablando Claude Mathieu? ¿Qué había ocurrido el día anterior en la playa?

—No diréis que no os advertí —añadió el director amedrentando a sus alumnos—. Os dije lo que significaba el fatídico rayo verde y por qué no debíais acudir en su busca, pero hay gente que ya está echada a perder desde el principio, que por mucho que se la advierta, jamás entrará en razón.

—Profesor —dijo Jules Verne, con voz algo temblorosa, levantando una mano—, ¿qué pasó ayer en la playa? ¿Puede explicárnoslo?

Mathieu miró a Jules a los ojos sonriendo maliciosamente y se tomó su tiempo para contestar. El joven inventor se dio cuenta de que el profesor de Moral estaba disfrutando enormemente con la situación.

—¡Ah! —exclamó fingiendo sorpresa—. ¿Es que no lo sabe, Verne? Pero si a usted este tema le toca muy de cerca... Al fin y al cabo —su sonrisa se ensanchó—, es usted amigo íntimo de dos de las víctimas.

—¿Víctimas? —inquirieron Jules y Huan a la vez palideciendo.

—Veo que aún no ha corrido la voz sobre la catástrofe que ha tocado de cerca a nuestra ciudad, así que me veo en la obligación de iluminaros sobre el tema. Todo aquel que ayer fue a ver el rayo verde se ha quedado ciego.

Los alumnos de la clase contuvieron un grito. Los chicos se miraron unos a otros alarmados: todos ellos conocían a alguien que había ido a contemplar el destello verde.

—Está usted mintiendo —dijo Jules tratando de aparentar serenidad.

Sencillamente, no podía ser cierto.

—Por desgracia, no miento —repuso Mathieu tranquilamente sin sentirlo en absoluto—. Lo advertí desde el principio, pero hubo mucha gente que prefirió hacer caso omiso de las advertencias y cometer una imprudencia que

les ha costado la vista. Esto ha sido nada más y nada menos que un castigo divino.

—No puede ser —intervino Huan—. Marie y Caroline... ellas... seguro que están perfectamente, atendiendo en clase en el aula de al lado.

—Ellas no están en clase hoy —lo contradijo el director de La Bonne Tradition—. Los padres de ambas han avisado al centro de que habían tenido que internar a sus hijas en la Casa de la Salud.

Jules y Huan se miraron alarmados. No podía ser cierto, debía de tratarse de una broma macabra de Claude Mathieu. En el recreo verían a Marie y a Caroline y estarían como siempre, tan solo algo enfadadas por el plantón que los chicos les habían dado el día anterior. Sin embargo, ¿desde cuándo Mathieu hacía ese tipo de bromas delante de toda la clase?

—Veo que hay gente que todavía parece reticente a creer mis palabras —comentó entonces Mathieu mientras escrutaba los rostros de sus alumnos con atención—; tal vez le daréis más crédito al periódico que el que me habéis dado a mí.

Y entonces el profesor de Moral dio un golpe de efecto muy bien estudiado: desdobló la edición matutina de *Le Matin*, que reposaba plegado encima de su mesa, y mostró la portada a sus alumnos.

Ahí, en primera plana, un titular de enormes letras rezaba las palabras que tanto Jules como Huan hubieran deseado no tener que leer jamás: «Tragedia en la playa de Nantes: los espectadores pierden la visión tras contemplar el rayo verde».

Así pues, era cierto, aunque costara de creer. Claude Mathieu tenía razón, quienes habían observado el rayo verde habían quedado ciegos.

Solo cabía una pequeña esperanza, a la que Jules quería aferrarse por ínfima que fuera: que las chicas, tras el plantón de sus amigos, hubieran decidido regresar a sus casas en vez de ir a la playa. Tal vez se les había hecho tarde esperándolos y se habían perdido el espectáculo. Tal vez... Aunque Claude Mathieu había sido muy claro: los padres de Caroline y Marie habían avisado de que sus hijas estaban en la Casa de la Salud. Pero no podía ser cierto, tenían que estar bien.

En aquel momento, el director del instituto estaba escrutando a Jules con la mirada, como si intentara adivinar sus pensamientos. Torció los labios hacia abajo en una clara mueca de disgusto antes de decir:

—La verdad es que me ha sorprendido usted mucho, Verne. Pensaba que usted y su amigo irían como borregos a ver el rayo verde, y en cambio aquí están, sanos y salvos. —Entornó los ojos antes de añadir—. No como sus

amigas. ¿Qué clase de ser repugnante deja a un par de damiselas que se queden solas ante el peligro? —Claude Mathieu meneó la cabeza en señal de desaprobación.

Jules sintió una punzada en el corazón. Por primera vez en su vida estaba de acuerdo con Mathieu. ¿Cómo había podido dejar que Caroline y Marie fueran solas a contemplar un espectáculo tan peligroso?

Los nervios los corroían por dentro mientras aguardaban a que llegara la hora del recreo. Cuando al fin sonó el timbre, Huan y Jules saltaron de sus asientos y corrieron hacia el patio, buscando a sus amigas con la mirada en todo momento. Por todas partes había estudiantes con caras largas, que comentaban la desgracia que había asolado Nantes la noche anterior, pero a ellas no se las veía por ninguna parte.

Huan tocó el hombro de su amigo con cariño.

—Jules..., creo que Mathieu no nos ha mentado. Creo que las chicas sí que fueron a ver el rayo verde y que ahora están en el hospital.

Jules Verne tragó saliva sintiéndose más culpable que nunca. Aquella misma mañana su principal problema era un insignificante dolor de espalda y un posible enfado de sus amigas; ahora todo había cambiado por completo.

Capítulo 9

EN LA CASA DE LA SALUD DE POR VIDA



Tras las clases, Huan y Jules fueron directos hacia la Casa de la Salud, deseosos de ver por fin a sus amigas. El día se les había hecho eterno; les parecía absurdo seguir en clase escuchando a sus profesores sabiendo que Caroline y Marie estaban en el hospital pasándolo mal.

El recinto estaba un poco apartado del centro, con el fin de proporcionar a los enfermos la calma y tranquilidad necesarias para recuperarse y descansar. Los chicos se desplazaron a pie, sin hablar, sumidos en sus pensamientos y sintiéndose tremendamente culpables por haberlas dejado solas la tarde anterior.

Entraron en la Casa de la Salud con el corazón en un puño, sin saber en qué estado iban a encontrarlas, y preguntaron a un médico dónde podrían

localizar a las chicas.

—Todas las víctimas del rayo verde están en la primera planta —les indicó amablemente el doctor señalándoles la escalera—. ¡Estamos absolutamente desbordados con la de pacientes ciegos que nos han ido llegando a lo largo de esta mañana!

Jules y Huan siguieron las indicaciones del doctor y subieron la escalera que los conducía a la primera planta. Había gente llorando en el pasillo; algunos iban con los ojos vendados, acompañados de sus familiares y amigos. Se respiraba un ambiente de tristeza y desasosiego. Los chicos, más tensos que nunca, tuvieron que volver a preguntar por sus amigas, porque había muchas habitaciones y el doctor no les había indicado en cuál estaban.

Al fin llegaron al cuarto donde se encontraban Caroline y Marie, el penúltimo del pasillo a mano derecha, y llamaron tímidamente a la puerta. Les abrió la madre de Caroline, que estaba cuidando de ellas en aquel momento:

—A las chicas les alegrará que estéis aquí —dijo intentando sonreír—. Aprovecharé para ir a comer algo y estirar las piernas un rato, así os dejo intimidad para que habléis y las animéis un poco.

La mujer se fue del dormitorio cerrando la puerta tras de sí, y Jules y Huan avanzaron hacia el fondo de la estancia. Caroline y Marie estaban tendidas en la cama; los chicos no podían saber si dormían o estaban despiertas porque llevaban los ojos vendados. Les causó una profunda impresión verlas en ese estado, tan desvalidas. Jules sintió como si alguien le hubiera propinado un puñetazo en el estómago y ahora le faltara el aire. ¿Cómo podía haber ocurrido una desgracia semejante? Pestañeó varias veces tratando de contener las lágrimas.

No sabían cómo debían actuar, se sentían tan conmocionados que eran incapaces de pronunciar palabra, y después de la tragedia ocurrida, estaban tan avergonzados por haberlas dejado indefensas y solas la noche anterior que ni siquiera se atrevían a saludarlas.

Pero entonces Marie se incorporó, algo inquieta al notar una presencia cerca de ella, y preguntó:

—¿Quién anda ahí?

—Somos nosotros —contestó Huan flojito.

Ahora sí, se acercaron un poco más hasta las camas, tratando de no hacer mucho ruido para no molestarlas.

—¿Cómo estáis? —preguntó Jules.

—Hemos tenido días mejores —contestó Caroline sarcástica.

—Primero de todo queremos pedirnos disculpas —comenzó Jules— por haber faltado a la cita de anoche. Nosotros queríamos ir, de verdad...

—Es que Jules hizo un invento y primero queríamos probarlo.

—Pero salió mal y nos quedamos pegados al suelo...

—¡... durante cuatro horas!

Jules iba a ponerse a hablar entonces de las magnetobotas y de los magnetoguantas para que comprendieran la situación, pero Marie lo cortó en seco:

—Mirad, creo que ahora mismo el hecho de que nos dierais plantón es la menor de nuestras preocupaciones.

—Además, mejor que lo hicierais, así no estamos ciegos los cuatro —repuso Caroline.

—De hecho, al final vosotros teníais razón, ¿no? Hubiera sido mejor no ir a ver el rayo verde.

Se hizo un silencio incómodo en la habitación, que Jules rompió al interesarse por la salud de sus amigas:

—¿Por qué tenéis los ojos vendados?

—No soportamos la luz del sol —le explicó Marie—. Nos ciega todavía más.

—¿Os duele mucho?

Las chicas negaron con la cabeza.

—No, pero resulta molesto —les confió Caroline—. Al principio no notamos nada, ¿sabéis? Vimos el rayo verde y pensamos que, aunque era muy bonito, había sido una tontería ir hasta allí solo para eso. Luego yo me desperté por la noche algo mareada y no veía bien, pero pensé que era algo pasajero. Y esta mañana... —Se le quebró la voz y ya no pudo añadir nada más.

Huan, enormemente impresionado por la visión de las dos chicas enfermas, comenzó a llorar desconsoladamente y a pedir perdón por haberlas dejado abandonadas.

—Vale, Huan, no estamos enfadadas —le dijo Caroline un poco rudamente, pero él lloraba aún más fuerte.

—Se supone que estamos aquí para tranquilizarlas, no para alterarlas más —le susurró Jules a su amigo.

—Lo s... siento —sollozó él—, es que no puedo soportar que estén así.

—Los aventureros del siglo XXI siempre nos reponemos de todos los escollos que surgen en nuestro camino, ¿recordáis? —las animó Jules—. Así que también vais a superar este obstáculo.

—¿Aventureros del siglo XXI? —resopló Marie—. Caroline y yo lo hemos estado hablando poco antes de que entrarais por la puerta, Jules, y ambas coincidimos en que ya no podemos pertenecer al club.

—¿Por qué no? —inquirieron ambos chicos sorprendidos.

—¡Vamos! En este momento parece que seáis vosotros quienes estéis ciegos —comentó mordaz Caroline—. ¿Acaso no veis con quiénes estáis hablando? Ahora solo somos un impedimento para vosotros. Con nosotras al lado vais a ser incapaces de cumplir todos vuestros sueños y propósitos.

—Y menos aún, de acabar con la Orden Contra el Progreso, lo que es todavía más importante —sentenció Marie—. ¿Cómo vamos a perseguir a los malos si ni siquiera somos capaces de ver lo que tenemos enfrente?

—Nuestros retos ahora han pasado a ser mucho más modestos: consisten en levantarnos de la cama solas y ser capaces de comer sin ayuda, o de bajar unas escaleras. —Caroline se estremeció al recordar el miedo que había sentido aquella mañana cuando, junto a su madre, había tenido que descender los peldaños de la escalera de su casa—. Se han acabado las grandes aventuras para nosotras; ya no podemos formar parte del club.

—Tampoco vamos a poder seguir yendo al instituto —prosiguió Marie amargamente. Estudiar y formarse era su mayor aspiración; su familia era pobre, y para ella, cada curso que seguía en el colegio constituía todo un logro. Sin embargo, su sueño se acababa de esfumar por completo junto con su visión.

—Asumámoslo —resumió Caroline—. Ya no vamos a poder tener una vida plena, y solo seremos un lastre para vosotros dos.

Huan no había dejado de gimotear durante la intervención de las dos chicas, y en aquel momento se estaba sonando con la manga de su camisa. Nunca se había sentido tan desgraciado ni había sufrido tanta pena por nadie: sus amigas no se merecían eso.

—Yo quiero que estudiéis —susurró entrecortándose por culpa de los sollozos— y que sigamos formando Los aventureros del siglo XXI los cuatro juntos, como siempre... Sin vosotras, el club no tiene sentido.

Entonces Jules intervino tratando de calmar los ánimos:

—Todo saldrá bien —les aseguró el joven no solo a las chicas, sino también a su amigo e incluso a él mismo—. Los médicos están muy ocupados tratando a todos los pacientes; ya veréis cómo encontrarán rápidamente una cura. Seguro que se trata de una ceguera temporal por haber visto el rayo —se inventó sobre la marcha— y que en un par de días volveréis a ver perfectamente. Así que ahora no hace falta ponernos en lo peor ni pensar en el

futuro de nuestro club; solo tenéis que coger fuerzas para volver a estar en plenas facultades.

—Gracias, Jules. —Ellas sonrieron débilmente un poco esperanzadas. Si su amigo Jules Verne, que sabía tantas cosas y era tan inteligente, decía que en un par de días iban a estar bien, tal vez tenía razón.

—Y ahora os dejamos descansar; necesitáis reposo para poder recuperaros plenamente —sugirió Jules—, pero vendremos cada día un rato para haceros compañía hasta que estéis bien.

—Nos vemos mañana —se despidió Huan, que ya había dejado de llorar. Jules le dio un codazo.

—¿Qué pasa, qué he dicho? —preguntó su amigo desconcertado—. Ay, es verdad, no nos vemos mañana. Quiero decir, nosotros os veremos mañana, pero vosotras a nosotros no nos veréis. —Estaba tan nervioso que se trababa con sus propias palabras—. Pero estaremos con vosotras igualmente, ¿eh?

—Huan, por favor, déjalo —le pidió Caroline—. No estamos de humor.

Jules y Huan salieron al pasillo y suspiraron profundamente. Antes de su visita a la Casa de la Salud, no se habían imaginado que Caroline y Marie pudieran estar tan mal; se habían quedado tremendamente impresionados al verlas allí, indefensas, con los ojos vendados. No se lo merecían. Era la primera vez que una desgracia les tocaba tan de cerca; hasta ahora siempre habían conseguido superar todas las dificultades que se iban interponiendo en su camino, pero esto parecía distinto. Sabían que se trataba de algo mucho más grave que cualquier problema al que se hubieran enfrentado hasta el momento, y estaba claro que sus amigas también eran conscientes de ello. Se sentían tremendamente culpables por haber faltado a la cita, e incluso por haber decidido que irían a ver el rayo verde. Si hubieran podido ponerse en su lugar, quedándose ciegos para que ellas volvieran a estar sanas, no habrían dudado en hacerlo.

En aquel momento, dos médicos salieron de la habitación contigua, donde habían estado visitando a otra paciente. Jules y Huan no pudieron evitar oír un retazo de su conversación:

—Me temo que es más serio de lo que parecía en un principio —le decía uno al otro.

—La visión de todos los pacientes está empeorando cada vez más —se lamentaba el compañero—. Lo más probable es que todo aquel que contempló el rayo verde quede ciego de por vida.

Los médicos pasaron de largo por el pasillo sin reparar en ambos chicos, que se habían quedado paralizados enfrente de la puerta de la habitación de

sus amigas. «De por vida», acababa de decir uno de ellos. Nunca una frase les había hecho tanto daño. Jules sintió que acababa de mentir a sus amigas, convenciéndolas de que todo iba a salir bien, cuando estaba claro que no iba a ser así.

Salieron del hospital completamente destrozados, y el joven inventor ya no hizo esfuerzo alguno por contener el llanto.

Capítulo 10

UNA VISITA A «LE MATIN»

¿QUÉ HA SIDO DE JAKES BLANC?



Se encaminaron hacia el puerto sin mediar palabra. Ninguno de los dos quería volver a casa y hacer como si su vida fuera normal cuando no lo era, cuando sus dos mejores amigas sufrían en el hospital. Se sentían impotentes porque no podían hacer nada por ayudarlas.

No sabían si Nemo estaría al corriente de lo que les sucedía a sus amigas, pero por lo menos podrían obtener un poco de consuelo. Cuando llegaron al *Nautilus*, sin embargo, pudieron comprobar que el capitán también estaba muy afectado por lo ocurrido. Resultaba insólito verlo con esa expresión desolada en el rostro, puesto que raramente mostraba sus emociones. El semblante del capitán Nemo era una señal inequívoca de que se trataba de un asunto delicado.

El salón del *Nautilus*, donde tan buenos ratos habían compartido todos juntos, resultaba extrañamente vacío sin las chicas. Se sentaron a la mesa, que de repente parecía demasiado grande, y ni Jules ni Huan pudieron evitar reparar en los dos asientos vacíos, que deberían haber estado ocupados por Marie y Caroline.

El capitán Nemo fue el primero en romper el espeso silencio que se había ido adueñando de ellos:

—Lamento profundamente lo ocurrido —se sinceró con voz profunda y aparentemente calmada—. Os dije que el rayo verde no era peligroso y os animé a que fuerais a verlo. Los acontecimientos posteriores han demostrado que no tenía razón y que fue una estupidez alentaros de ese modo. —Los chicos pudieron notar el desánimo y la tristeza en la voz del capitán, y eso los entristeció aún más.

—¿Conoce algún otro caso en el que la visión del rayo verde haya dañado a la gente? —inquirió Jules, tratando de encontrar algún sentido a lo ocurrido.

El capitán Nemo negó con la cabeza:

—Si hubiera sabido de algún caso similar, jamás os habría recomendado ir a verlo —les aseguró.

—Es sorprendente que hasta ahora no se supiera que el rayo provocaba ceguera —opinó Huan rascándose la cabeza—. ¿Seguro que su visión no ha empeorado desde que lo contempló en Japón?

—Veo perfectamente, Huan —reiteró el capitán—. Sin embargo, tienes razón en una cosa: lo ocurrido anoche es sorprendente. ¿Desde cuándo un fenómeno atmosférico completamente inofensivo provoca ceguera a quien lo observa? Este artículo del periódico *Le Matin* de hoy me ha hecho reflexionar sobre el tema.

Les tendió el periódico a los chicos y aguardó a que lo hubieran leído detenidamente antes de añadir nada más. Se trataba de la misma portada que les había enseñado Claude Mathieu en clase. El llamativo titular, de enormes letras, destacaba en el centro de la página: «Tragedia en la playa de Nantes: los espectadores pierden la visión tras contemplar el rayo verde». Jules se detuvo unos segundos en releer el titular y luego pasó al resto de la noticia, que decía así:

Todo aquel que ayer contempló el fenómeno atmosférico conocido como rayo verde, o destello verde, ha amanecido hoy con una clara pérdida de las facultades visuales, es decir, prácticamente ciego. Los habitantes de Nantes que anoche se desplazaron a la playa en busca de una puesta de sol única, o

de encontrar el amor de sus vidas bajo el supuesto influjo mágico del rayo verde, lo único que han conseguido es una ceguera que tal vez acarrearán toda la vida.

No son pocos los que definen lo ocurrido como «castigo divino». Lo cierto es que la humanidad está últimamente tan obsesionada con el progreso que se ha perdido el respeto por lo arcaico, por lo primigenio y tradicional. Si seguimos por este camino, van a producirse muchas más catástrofes de este estilo, porque el ser humano merece ser castigado por su atrevimiento y osadía.

El progreso tecnológico y científico acarreará toda una serie de represalias que irán en aumento si no se frenan y se boicotean estas actividades perjudiciales para todos. Mientras exista un solo científico jugando a ser Dios, no estaremos a salvo. Así pues, debemos eliminar a toda costa todo aquello que exalte el progreso. O nos declaramos en contra de las aberraciones científicas o seremos cómplices de la destrucción del mundo. Esperamos que los lectores de nuestro periódico elijan el bando correcto.

Esta terrible tragedia debe servir a los ciudadanos franceses para algo positivo: todavía estamos a tiempo de parar este desastre antes de que adquiera mayores magnitudes, aún podemos frenar el progreso para que las aguas vuelvan a su cauce. Estamos a tiempo de volver a respetar las costumbres de nuestros ancestros y de seguir, por lo tanto, valorando la tradición por encima de todas las cosas.

No deberíamos jugar a ser dioses, tal como nos advirtió ayer el rayo verde. Últimamente, la ciudad de Nantes está empañando su reputación de la manera más espantosa posible: con la construcción de una fábrica de aeronaves que desolará la región por completo. Esta fábrica va en contra de las leyes naturales, puesto que desafía las reglas con las que el ser humano se ha regido durante miles de años.

¿Estamos dispuestos a que las aeronaves y no los pájaros invadan el cielo? ¿Estamos dispuestos a sufrir continuamente castigos divinos por nuestra desfachatez? ¿Estamos dispuestos a que nuestras hijas, nuestros hermanos, parientes y amigos se

queden ciegos como represalia o vamos a decir «basta» de una vez por todas?

Todavía estamos a tiempo de frenar acciones que van en contra de las leyes y de la tradición; mientras no haya una aeronave volando por el cielo de nuestra hermosa ciudad, tendremos la oportunidad de parar este sinsentido. Ahora ha sido el rayo verde, pero ¿cuál será el próximo castigo? Intentemos que no haya más víctimas y hagamos lo que está en nuestras manos para deshacer lo que los científicos, en pos del progreso, están destruyendo. Regresemos a la tradición si no queremos que todo siga empeorando.

—¿Qué os parece? —preguntó Nemo, una vez que hubieron acabado de leer el artículo.

—Me he sentido como en una clase de Mathieu; incluso, en mi mente, lo he leído con su voz —se sinceró Jules—. ¿Qué tiene que ver una catástrofe con la construcción de la fábrica de aeronaves? Me parece una comparación retorcida e injusta.

—Exactamente —coincidió el capitán—. La verdad es que este artículo ilustra más de lo que parece en un principio. Antes de leerlo, estaba convencido de que, por el motivo que fuera, el rayo verde había resultado nocivo para las personas.

—¿Y después de leerlo? —inquirió Huan, que no entendía nada.

—Después de leerlo tengo mis dudas. La parcialidad del artículo me ha hecho pensar que hay muchos intereses puestos en que la construcción de la fábrica de aeronaves no siga adelante... Creo que *Le Matin* quiere que la opinión pública esté en contra de la fábrica para poder cerrarla; sería un duro golpe para el progreso en esta ciudad. Lo que no sé, y es de vital importancia que lo averigüemos, es si detrás de la desgracia del rayo verde se esconde la mano de un individuo o una asociación que está en contra de la fábrica, o si, simplemente, alguien ha querido aprovechar la situación para poner a la gente en contra del progreso.

Jules chasqueó los dedos:

—¡Pues claro que el artículo me ha recordado a Mathieu! ¡Él mismo nos habló del rayo verde como si fuera un castigo divino, él mismo dijo que se trataba de un mensaje apocalíptico!

—¿Quieres decir que Mathieu está detrás de lo que les ha ocurrido a Caroline y a Marie? —Huan estaba muy confuso: ¿desde cuándo el director de La Bonne Tradition podía controlar la meteorología?

—Sí, y no creo que haya actuado solo, pienso que la Orden Contra el Progreso está implicada. No sé cómo ha logrado que un fenómeno atmosférico inofensivo se convierta en algo peligroso para la salud, pero el caso es que es lo que ha hecho. Solo tenemos que averiguar cómo y revertir la situación, ¿verdad, capitán Nemo?

El hombre seguía meditando.

—Tus palabras coinciden bastante con la reflexión que he hecho a lo largo de la tarde, Jules —apuntó el capitán—, sobre todo, porque hay otro aspecto de este rompecabezas que me resulta completamente inverosímil.

—¿De qué se trata? —Huan se removió en la silla, ansioso por que Nemo compartiera sus ideas con ellos.

—Resulta que da la casualidad de que conozco al director de *Le Matin* desde hace muchos años, podría decirse que somos buenos amigos, y sé perfectamente que está a favor del progreso y que la construcción de la fábrica de aeronaves le parece un buen proyecto para Nantes.

—Tal vez piensa que escribiendo así va a vender más periódicos... —aventuró Jules.

—Jaques Blanc no es esa clase de persona —lo contradijo el capitán, convencido—. Su línea editorial ha sido siempre contraria al conservadurismo tradicional y rancio; nunca habría permitido por voluntad propia que se publicara en su periódico, y menos, en portada, un artículo tan sesgado, alarmista y contrario al progreso como el de hoy.

—¿Quiere decir que alguien está coartando al director de *Le Matin* para que escriba ciertas cosas? La Orden Contra el Progreso podría tenerlo amenazado —sugirió Jules.

—Primero le hacen escribir que todo el mundo debe ir a contemplar el rayo verde porque será un espectáculo de gran belleza y luego, ¡zas! —exclamó Huan—. Todos quedan ciegos y resulta que ha sido un castigo divino.

—¿Qué manera puede ser más efectiva para conseguir cambiar la opinión pública de toda una ciudad que tocando la salud de la gente y asustándolos? ¡Todo cuadra! —coincidió el otro chico.

—Ante todo, calma —les advirtió el capitán al ver que ambos se habían envalentonado en sus acusaciones—. Todavía no sabemos si nuestras intuiciones son las correctas.

—¿Y a qué esperamos para averiguarlo? —Huan se puso en pie de un salto y Jules lo imitó.

El capitán Nemo hizo un amago de sonrisa al comprobar, una vez más, la vitalidad de sus dos jóvenes amigos.

—Voy a pedir que nos preparen el coche de caballos —anunció— y haremos una visita cortés a la redacción del periódico *Le Matin* por si Jaques Blanc tiene algo importante que contarnos.

Jules y Huan se miraron con expectación. Tal vez iban a poder ser de ayuda para sus amigas, tal vez no estaba todo perdido después de todo.

Subieron al espectacular coche de caballos que el capitán Nemo usaba siempre que se desplazaba por la ciudad. Era muy elegante, de color negro y diseño futurista. La forma alargada resultaba extraña para un vehículo de estas características; las portezuelas se abrían y se cerraban solas mediante algún mecanismo que Jules desconocía, y en vez de cortinas, las ventanillas disponían de una especie de persianas. La parte trasera del carruaje estaba adornada con una figura del dios Poseidón. La visión de esa imagen hizo que Jules pensara de nuevo en su prima Caroline, a quien le encantaban las cosas bonitas. ¿Y si ya no pudiera volver a admirar la belleza del mundo? Jules nunca había conocido a nadie tan entusiasta ante el espectáculo de una bonita puesta de sol o la visión del *Nautilus* sumergiéndose bajo el mar —siempre se quedaba embelesada contemplando los diversos tipos de peces junto al ventanal del salón del buque—, y a menudo encontraba detalles importantes que a los demás les pasaban desapercibidos.

Pensó también en Marie y en lo desvalida que se sentiría ahora mismo: ella era quien ayudaba siempre a la gente y ahora la tendrían que ayudar a ella. ¿Y si acababa ingresada en el Asilo de la Caridad, el lugar donde solía trabajar de voluntaria cuando no estaba en clase o en la sede del club? Lo pasaría muy mal siendo cuidada por las monjas, cuando lo que le gustaba a Marie era ayudarlas para tratar de mejorar las vidas de los enfermos y de los ancianos.

Jules se sentía como si estuviera viviendo en una pesadilla, solo que sabía que estaba despierto. No pudo evitar rememorar la conversación que habían tenido aquella misma tarde en el hospital. ¿Qué iba a ser de Los aventureros del siglo XXI sin ellas? ¿Cómo se las apañarían Huan y Jules para acabar con la Orden Contra el Progreso sin dos de los pilares fundamentales del club? No habría más cuadernos escritos por Caroline, pensó con tristeza, ni más tardes enseñando los inventos de Jules en el asilo donde trabajaba Marie. No habría más meriendas en la trastienda de los padres de Huan ni viajes en el *Nautilus*. Nada sería normal si sus amigas no estaban bien; no se veía capaz de hacer nada si no era con ellas dos.

Intentó apartar esos pensamientos funestos de la cabeza, aunque le resultaba de lo más difícil, y centrarse en lo que iban a hacer a continuación. El coche del capitán Nemo estaba tirado por los caballos más hermosos y fuertes de la ciudad, y era Yamir, el ayudante personal del capitán Nemo, quien llevaba las riendas. Yamir era la persona en la que más confiaba el capitán: discreto y fiel, nunca le había fallado.

El trayecto fue corto, puesto que la redacción de *Le Matin* se encontraba en el centro de la ciudad. Yamir detuvo el vehículo y sus ocupantes descendieron del carruaje.

—Aguarda aquí, no tardaremos mucho —le indicó el capitán a su ayudante.

Nemo, Huan y Jules entraron en el edificio que tenían enfrente. Los dos jóvenes no habían estado nunca en la redacción de un periódico, y se imaginaban una oficina destartada bullendo de actividad, con papeles desperdigados por el suelo y reporteros atareados yendo de un lado para otro y tecleando frenéticamente en las novedosas máquinas de escribir. Nada más lejos de la realidad: la sala en la que entraron estaba sumida en un silencio tenso, y todos los periodistas se encontraban en sus sillas, y no levantaron la vista del papel al oírlos entrar.

Como nadie parecía dispuesto a salir a recibirlos, se acercaron al recepcionista, ubicado enfrente de la entrada.

—Buenas tardes —saludó el capitán Nemo—. Nos gustaría hablar con Jaques Blanc, el director del periódico. ¿Sería tan amable de comunicarle que el capitán Nemo y dos amigos suyos quieren que los reciba, por favor?

El recepcionista levantó la vista de su libreta y puso cara de susto:

—Me temo que Jaques Blanc no se encuentra disponible, señor.

—¿Me sabría decir a qué hora podemos localizarlo?

—La verdad... —pareció titubear el recepcionista—, la verdad es que no sabemos dónde está. Hace un par de días que no aparece por aquí.

El capitán Nemo enarcó las cejas sorprendido.

—No parece propio de Jaques abandonar su periódico sin decir nada —musitó.

—No, ¿verdad? —coincidió el recepcionista—. Aunque últimamente no era el de siempre... Llevaba unas semanas... —Y calló sin atreverse a hablar más.

—¿Qué iba a decir? —insistieron Jules y Huan a la vez. No podían soportar quedarse con la incertidumbre.

El recepcionista miró a su alrededor, y cuando se hubo cerciorado de que no había nadie cerca que pudiera oírlos, se armó de valor para contestar:

—En mi opinión, estaba atemorizado —susurró—. Y prefiero no decir nada más. En esta redacción parece como si las paredes tuvieran oídos.

Entonces apareció un hombre bajito, de unos cincuenta años, con un bigote puntiagudo y la nariz amplia. Vestía impecablemente e iba aseado, pero su aspecto resultaba de lo más siniestro. Había algo en su mirada que puso los pelos de punta a Huan y a Jules.

Mientras se les acercaba, el recepcionista tragó saliva y bajó la vista de nuevo hacia su cuaderno, intentando pasar desapercibido. A Jules no le cupo ninguna duda de que aquel hombre tenía aterrorizado al recepcionista y, probablemente, a toda la redacción.

—¿Quiénes son estas personas? —preguntó el hombre con fiereza, dirigiéndose al recepcionista como si Nemo, Jules y Huan no estuvieran allí.

—*Mr. Dupont*, este caballero y estos jóvenes son amigos de Jaques Blanc, preguntaban por él.

—Entiendo. —El hombre se volvió hacia ellos y escrutó con la mirada al capitán Nemo, probablemente por considerarlo el único rival digno de su interés—. Jaques Blanc se encuentra indispuesto y yo lo sustituiré hasta que se recupere. Soy *Mr. Dupont*, el director provisional de *Le Matin*, ¿y usted es...?

—El capitán Nemo.

Ambos hombres se estrecharon la mano sin apartar la mirada el uno del otro.

—Y bien, capitán Nemo, ¿en qué puedo ayudarlo? —inquirió *Mr. Dupont* con sorna. No parecía dispuesto a querer ayudarlo en nada.

—Quería pasar a saludar a mi viejo amigo, eso es todo. Ya regresaré en otra ocasión, a ver si tengo más suerte y ya está recuperado.

—Eso es lo que deseamos todos —contestó *Mr. Dupont* escuetamente—. Ahora deben irse, están alterando a mis trabajadores.

Jules y Huan miraron a su alrededor; ni un solo reportero había levantado la vista de su mesa de trabajo.

—Por supuesto —repuso Nemo—. Aquí no tenemos nada que hacer.

Salieron de la redacción de *Le Matin* sin mediar palabra. Podían sentir la mirada fija de *Mr. Dupont* en sus coronillas, y eso les ponía nerviosos, pero era importante aparentar tranquilidad. Se metieron de nuevo en el coche de caballos, y hasta que las portezuelas no se cerraron, Nemo no abrió la boca:

—Estábamos en lo cierto; las cosas no parecen andar muy bien por la redacción.

—¿Qué creéis que le ocurre a Jaques Blanc? —preguntó Huan—. ¿Está realmente enfermo?

—Solo hay un modo de averiguarlo —resolvió el capitán—. Yamir, llévanos a la casa de Blanc. Sabes el camino, ¿no es así? Ahora comprobaremos si lo que dice ese tal *Mr. Dupont* es cierto.

La casa de Jaques Blanc consistía en una bonita finca con jardín a las afueras de la ciudad, cerca de donde se ubicaría la nueva fábrica de aeronaves. El carruaje se detuvo ante la puerta de acceso, y a Jules le pareció ver que una mujer los observaba por entre las cortinas de una ventana lateral.

Salieron del coche de caballos y se encaminaron hasta la entrada. Sin duda, la mujer de la ventana los habría visto acercarse hasta allí. El capitán Nemo llamó a la puerta tres veces y aguardó.

Les contestó una voz femenina sin abrir la puerta:

—¿Quién hay ahí? —Sonaba asustada.

—Soy el capitán Nemo, un viejo amigo de Jaques, y vengo con dos jóvenes compañeros, Jules y Huan.

Ahora sí, la mujer abrió la puerta. Llevaba el cabello rubio recogido en una larga trenza, se la veía pálida y ojerosa, y por sus ojos enrojecidos parecía como si hubiera estado llorando apenas unos minutos antes.

—Te recuerdo, Nemo. Jaques siempre me ha hablado muy bien de ti. —Al nombrar a su marido, los ojos se le llenaron de nuevo de lágrimas.

—¿Qué ocurre, Rosaline? ¿Qué le pasa a Jaques? —El capitán Nemo cogió la mano de la mujer y se la estrechó con afecto.

—¿Está enfermo? —preguntó Huan, Intentando mirar dentro de la casa por si lo veía por alguna parte.

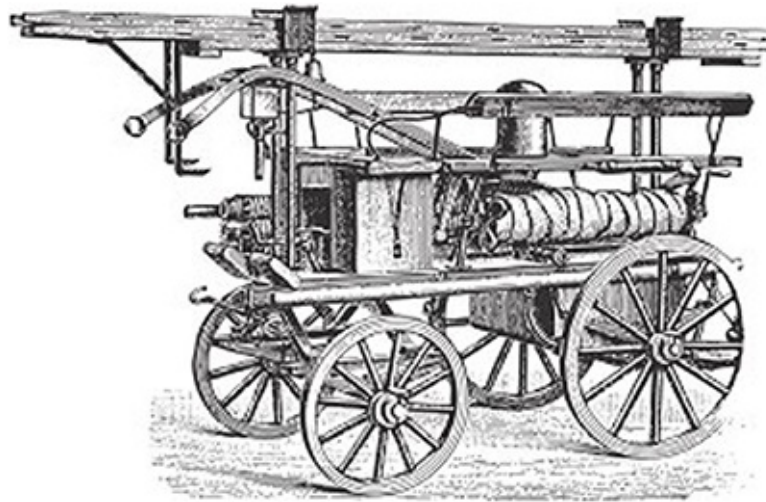
—¿Enfermo? Ojalá —suspiró su esposa—. Ha desaparecido.

—Cuánto lo siento —dijo Nemo bajando la cabeza. Aquel era un duro golpe para todos.

—Creo... —La mujer tomó aire para decir las siguientes palabras, que tanto le dolían en el alma—: Creo que está muerto.

Capítulo 11

EXPLOSIÓN EN LA FÁBRICA. PARECIDOS RAZONABLES



Jules y Huan estaban regresando a casa a pie, puesto que el capitán Nemo había preferido quedarse un rato más en la residencia de los Blanc consolando a Rosaline, y a ellos les apetecía tomar el aire. Así pues, se despidieron de los dos adultos y comenzaron a andar, sin fijarse mucho en el rumbo que tomaban sus pasos. Al cabo de un rato, Jules se dio cuenta de que, inconscientemente, se estaban encaminando hacia la fábrica de aeronaves, que no quedaba lejos de allí. Después de lo que habían leído en el periódico, los dos amigos sentían curiosidad por volver a verla.

Mientras se dirigían allí conversaron sobre lo que habían descubierto gracias a la mujer de Jaques Blanc. Rosaline había corroborado lo que les había contado el recepcionista de la redacción del periódico: últimamente, su marido estaba muy extraño, se le veía asustado todo el tiempo, estaba convencido de que lo seguían y de que querían hacerle daño. Nunca quiso confiarle a su esposa en qué asuntos andaba metido, pero ella se daba cuenta de que Jaques Blanc temía por su vida. Por este motivo, desde la tarde en la

que no regresó a casa después del trabajo, estaba convencida de que lo habían asesinado.

La pobre mujer, desde entonces, casi no se había movido de su casa. Estaba completamente aterrorizada ante la idea de que quien hubiera matado a su marido pudiera hacerle daño también a ella; además, la noche anterior le había parecido ver a un hombre encapuchado merodeando por el jardín.

—¿Qué te apuestas a que la Orden Contra el Progreso está detrás de la desaparición de Jaques Blanc? —aventuró Huan—. No hay más que pensar en el encapuchado que vio Rosaline anoche... Probablemente era un miembro de la secta, ya sabes que suelen vestir así para que nadie los reconozca cuando cometen sus crímenes.

—La verdad es que todo este asunto me huele cada vez más a la Orden Contra el Progreso, tienes razón —coincidió Jules—. ¿Y qué me dices de *Mr. Dupont*, el siniestro nuevo director de *Le Matin*? Tiene muchos puntos para ser el principal sospechoso; cargándose a Blanc, ahora puede dirigir el periódico a su modo y adoctrinar a toda la población.

Huan iba a contestar a su amigo, pero en ese momento algo le llamó la atención. Habían llegado a la parcela donde se ubicaba la fábrica, solo que el lugar no era tan silencioso y solitario como lo recordaban. Había un gran ajetreo a su alrededor: la gendarmería, los bomberos y un centenar de curiosos impedían que Jules y Huan pudieran ver lo que estaba pasando.

Los chicos comenzaron a abrirse paso entre el gentío para intentar llegar hasta primera línea y poder descubrir el motivo de todo aquel ajetreo. Como eran más bajitos y delgados que la mayoría de los espectadores, lo tuvieron fácil para escurrirse entre la gente, aunque tuvieron que propinar algún que otro codazo para conseguir un sitio con buena visibilidad.

La construcción de la fábrica no parecía que estuviera en un estado tan avanzado como la última vez que los chicos la habían visto. La nave principal era ahora prácticamente inexistente: en su lugar no había más que una montaña de escombros.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Jules con voz ronca por la conmoción a la pareja que había a su lado.

—Unos vándalos han destrozado gran parte de la fábrica —le comunicó el hombre.

—¿Se sabe cómo ha sido? ¿Alguien lo ha visto? —Jules no podía creerse que aquello estuviera pasando; primero sus amigas perdían la visión tras contemplar el rayo verde, luego se enteraban de que Jaques Blanc había

desaparecido en circunstancias misteriosas, y, ahora, la fábrica de aeronaves aparecía destrozada.

—Dicen que han colocado un artefacto incendiario para hacer explotar la nave, una especie de bomba —le explicó la mujer.

—No se sabe quién ha sido. Desde aquí hemos oído que la gendarmería comentaba que solo hay un testigo, quien dice haber visto a unos encapuchados. No ha podido ver sus facciones porque estaba oscuro y porque iban bien tapados —continuó el relato su pareja.

Jules y Huan se miraron a los ojos entendiéndose sin hablar. ¿Encapuchados, bombas? Ese atentado solo podía ser obra de la Orden Contra el Progreso.

El joven inventor tenía la sensación de que a cada minuto que pasaba llegaban más curiosos para observar los desperfectos. Un par de metros más allá, oyó a un hombre comentarle a otro:

—Se lo tienen bien merecido, la verdad. Después de lo que pasó anoche con el rayo verde, no podían esperar que la gente se quedara de brazos cruzados.

—Exactamente —repuso su acompañante—; debemos impedir que la fábrica se siga construyendo, solo así estaremos a salvo.

La pareja con la que habían conversado Huan y Jules se unió a la conversación con los desconocidos:

—La verdad es que yo no estaré tranquila hasta que nos digan que la construcción de la fábrica queda paralizada para siempre.

—Es lo único que podemos hacer para frenar el progreso y que no haya más castigos divinos —opinó su pareja.

Jules no podía creer lo que estaba oyendo. Hasta el día anterior, no había oído a nadie, salvo a Mathieu, hablar en contra de la fábrica de aeronaves, y ahora, de repente, parecía que fuera el principal enemigo para la seguridad de Nantes.

—Todo esto es obra del periódico *Le Matin* —le susurró Huan al ver la cara de horror y desánimo de su amigo—; la gente se ha creído cada una de las palabras del artículo de hoy. Vámonos a casa, aquí no hay nada que hacer.

Jules asintió en silencio, pero justo cuando comenzaba a retroceder para apartarse del gentío, vislumbró algo que le encogió todavía más el corazón. Los bomberos habían encontrado a alguien entre los escombros y ahora lo estaban sacando. Era joven y estaba inconsciente y malherido. Jules se acercó un poco más, temiendo lo que estaba a punto de descubrir. Efectivamente, la persona a la que estaban rescatando era Philippe, el vigilante amigo de Jules.

Una tristeza infinita lo recorrió de los pies a la cabeza, y apretó muy fuerte la mandíbula para no romper a llorar.

—Los médicos lo salvarán, estoy seguro de ello —trató de calmarlo Huan acercándose hasta Jules y poniéndole una mano encima del hombro a modo de consuelo.

Jules asintió.

—Vayámonos de aquí.

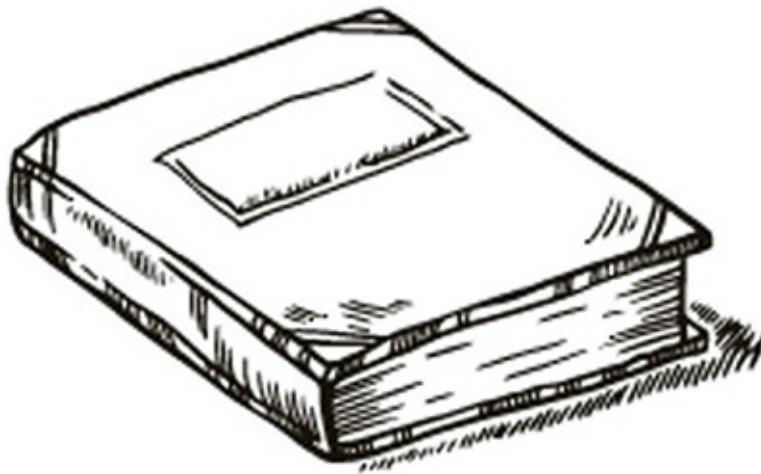
Volvieron sobre sus pasos, pero resultaba difícil tratar de ir en dirección contraria a los curiosos que se amontonaban frente a los escombros. Jules tenía los ojos empañados en lágrimas, así que veía borroso. De repente lo vio allí, en la última fila de curiosos, contemplando el desastre que había causado como si no tuviera nada que ver con él. El culpable era Claude Mathieu, pensó hirviendo de rabia. Sin duda, la Orden Contra el Progreso había puesto una bomba en la fábrica de aeronaves, y ahora Mathieu se regodeaba contemplando el resultado, pasando desapercibido entre el gentío.

Se secó las lágrimas con la manga de la camisa, y cuando volvió a levantar la cabeza y a enfocar a su enemigo, se dio cuenta de que no se trataba de Mathieu, sino de un hombre que se le parecía. Debía de tener unos cincuenta y cinco años, como el director de La Bonne Tradition, su nariz era igual de grande y también llevaba perilla, pero ese hombre era un poco más bajo que Mathieu y tenía la barbilla menos puntiaguda. Su mente le había jugado una mala pasada, solo eso.

Sin embargo, Jules no se pudo quitar de la cabeza al malvado director de su instituto durante todo el trayecto de vuelta a casa.

Capítulo 12

CONSEJOS DE UN MADRE. EL TALENTO DE JULES



A Jules le pareció, de repente, como si cargara con un gran peso encima de las espaldas. A lo largo de aquel inacabable día, había ido acumulando una sensación creciente de estrés y malestar. Se sentía enormemente preocupado por la salud de sus amigas, bastante intranquilo por el misterioso paradero de Jaques Blanc y sumamente triste por el destino que le aguardaba a la fábrica de aeronaves. Dudaba que la construcción pudiera seguir adelante con el boicot de los ciudadanos de Nantes de por medio. Por lo visto, esta vez, la Orden Contra el Progreso había ganado, así que su sueño estaba a punto de esfumarse por completo.

Se encontraba desanimado y sin fuerzas, como si su vida estuviera totalmente del revés, sin poder dar con una solución a sus problemas.

Aunque hacía horas que no probaba un solo bocado, cenó sin hambre y no participó de la conversación con su familia. De todos sus problemas, el que más le preocupaba con diferencia era la ceguera de Caroline y Marie. Suspiró profundamente y cerró los ojos mientras se llevaba un trozo de patata hervida

a la boca, tratando de imaginarse cómo debía de ser el hecho de realizar una actividad tan cotidiana como cenar sin ver nada en absoluto.

La madre de Jules se dio cuenta rápidamente de que algo pasaba: su hijo ni siquiera increpaba a sus hermanos pequeños, y eso que estaban repasando la lección de matemáticas que habían aprendido aquel día en la escuela y no paraban de equivocarse con la tabla de multiplicar.

—¿Quieres un poco más de verdura, cielo?

Jules abrió los ojos y tardó unos segundos en volver a la realidad.

—No, mamá, gracias —contestó débilmente.

Su madre siguió observándolo pensativa durante el resto de la cena, y cuando esta acabó y su hijo quiso retirarse a su dormitorio alegando que estaba cansado, la mujer le pidió unos minutos para conversar en privado.

Se sentaron junto a la chimenea, y la madre le confesó que estaba preocupada por él.

—¿De qué se trata, Jules? ¿Es por tus amigas? Estás triste por lo que les ha pasado a Caroline y a Marie, ¿verdad?

Jules escondió la cara en una manga de la camisa para que su madre no lo viera llorar.

—A mí puedes contármelo —insistió la mujer—; siempre voy a estar a tu lado para apoyarte.

—Es que lo veo todo muy negro —se sinceró Jules levantando la vista para mirar a su madre—. Ellas están mal y no puedo hacer nada por ayudarlas.

—No te creo —lo contradijo—; mi hijo Jules Verne siempre tiene una idea brillante en mente, y más cuando se trata de ayudar a los demás. Piénsalo bien: seguro que hay algo que puedes hacer por ellas, por más pequeño e insignificante que te parezca. Tus amigas agradecerán mucho el gesto y tú podrás sentirte útil. No tires la toalla —le aconsejó la madre—, nunca está todo perdido. Ya verás como tus amigas recobrarán la vista, pero mientras no sea así, debes mostrar tu fortaleza y aprovechar todo el talento que tienes para ayudarlas.

Su madre tenía razón, pensó Jules. Hasta entonces, había estado demasiado ocupado sintiéndose desgraciado para intentar buscar una solución real a sus contratiempos, para intentar ayudarlas. No conseguiría que el problema desapareciera, puesto que él no era médico, pero sí que podía volcar su ingenio en tratar de que el día a día de sus amigas fuera más llevadero. No podía rendirse, ahora no.

Se abrazó a su madre como hacía mucho que no se abrazaba a nadie. Poco tiempo atrás —aunque le pareciera que hacía una eternidad—, le había dicho a su progenitora que ya no era un niño y que no quería que lo tratara como a tal; sin embargo, ahora comenzaba a darse cuenta de que entrar en la madurez no implicaba dejar de lado a sus padres, ya que seguía necesitando de sus consejos y opiniones. Y aunque no deseaba que lo trataran como a un niño, de vez en cuando le gustaba recibir un abrazo como aquel y escuchar unas palabras de consuelo. En aquel momento, abrazado a su madre con todas sus fuerzas, todo le parecía más fácil. Fue ese abrazo, sumado a las palabras reconfortantes de su progenitora, lo que le hizo tomar una resolución.

—Gracias, mamá, de verdad. Me has abierto los ojos y voy a hacerte caso.

El chico besó a su madre en la frente y le deseó buenas noches antes de subir a su cuarto y cerrar suavemente la puerta tras de sí. Un mar de ideas brotaba de su cabeza con tanta fuerza que tuvo que respirar hondo para tratar de relajarse. Debía simplificar los problemas, desmigajarlos hasta que fueran asumibles y pudiera enfrentarse a ellos. Por el momento, podía hacer lo que mejor se le daba para tratar de ayudar a sus amigas: dibujar.

Jules Verne era inventor, e iba a demostrarlo. Siempre hacía bocetos en los que ilustraba sus ideas para posibles artilugios; si en el papel lo veía factible, luego pasaba a ejecutar el proyecto y a darle forma. Cogió su cuaderno de dibujo y su mejor pluma; la ocasión merecía disponer de los mejores materiales. Se sentó frente al escritorio, mojó la pluma en el tintero y dejó volar su imaginación.

Ahora lo sabía, era capaz de conseguir, mediante su ingenio y talento, que el día a día de sus amigas fuera más llevadero mientras no estuvieran plenamente recuperadas. Sabía que a los pacientes que habían vislumbrado el rayo verde les molestaba especialmente la luz; esa hipersensibilidad había llevado a los médicos a vendarles los ojos para que no sufrieran tanto. Sin embargo, no parecía una opción muy cómoda. El chico comenzó a reflexionar qué tipo de artilugio podría colocar enfrente de los ojos de sus amigas, que sustituyera a las vendas y a la vez impidiera que la molesta luz del sol llegara a sus pupilas.

Conocía a alguna gente mayor que usaba un monóculo o unos anteojos para leer el periódico sin forzar la vista; ¿y si tintaba el cristal de uno de ellos para que la luz no traspasara el vidrio con tanta intensidad?

Con un solo monóculo no bastaba, porque tenían ceguera en ambos ojos, así que fabricaría unos anteojos: la nariz serviría de puente entre un cristal y el otro, que irían unidos mediante un hierro.

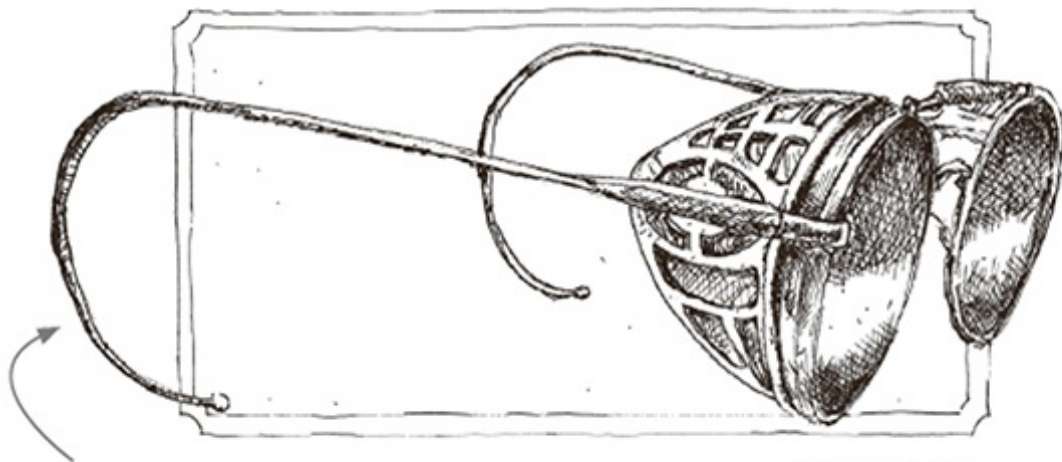
Pero ¿cómo lograría que el invento no se deslizara constantemente del rostro de las chicas hasta el suelo? Los cristales eran delicados y podían romperse con fragilidad, y sus amigas quedarían desprotegidas, con lo cual la luz las lastimaría de nuevo. Necesitaba algo para sujetar el artilugio. Jules palpó su propio rostro, buscando inspiración: colocaría unas varillas a sus anteojos para que se sostuvieran por detrás de las orejas de Caroline y Marie.

Comenzó a dibujar, cada vez más concentrado. Necesitaba que las lentes fueran gruesas para que la luz tampoco entrara por los laterales y los ojos de sus amigas estuvieran completamente protegidos.

No paró de dibujar hasta que se dio por satisfecho. Aquel proyecto tenía posibilidades, estaba seguro de ello. Creía firmemente que si sus amigas no llevaban los ojos vendados y él conseguía, gracias a su invento, que la luz no las deslumbrara de ese modo, iban a ser capaces de percibir sombras y figuras, lo que conseguiría que su ceguera fuera un poco más soportable.

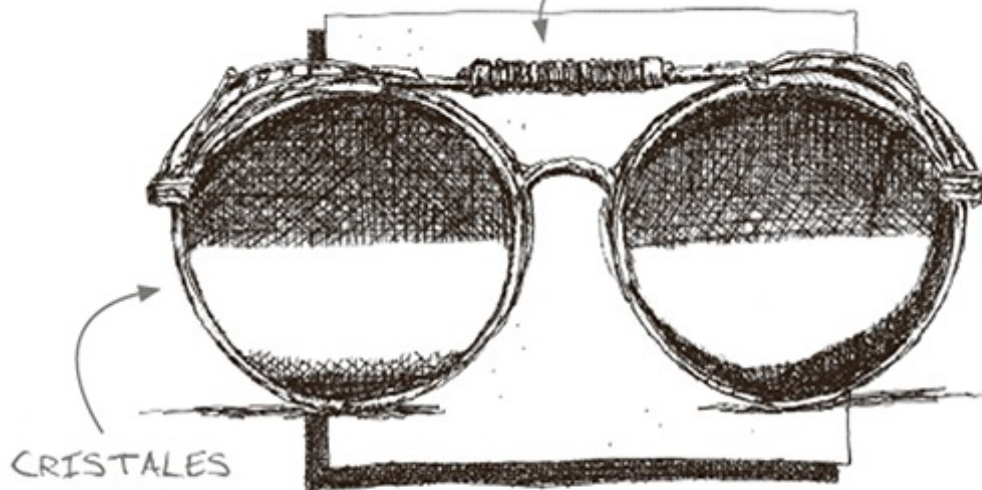
Su inspiración no acababa allí: aunque estaba terriblemente cansado, Jules siguió dibujando hasta bien entrada la madrugada. Iba teniendo distintas ideas, que desechaba tras comprobar en el papel que no eran factibles. No se dio por satisfecho hasta que consiguió tener otro buen invento con el que ayudar a Caroline y a Marie. Le preocupaba que las chicas tuvieran que enfrentarse ellas solas al desafío de salir a la calle: ya no se trataba de que el exceso de luz pudiera resultarles molesto, sino que no concebía cómo iban a ser capaces de sortear a los transeúntes sin la ayuda de nadie.

GAFAS RAY-VER

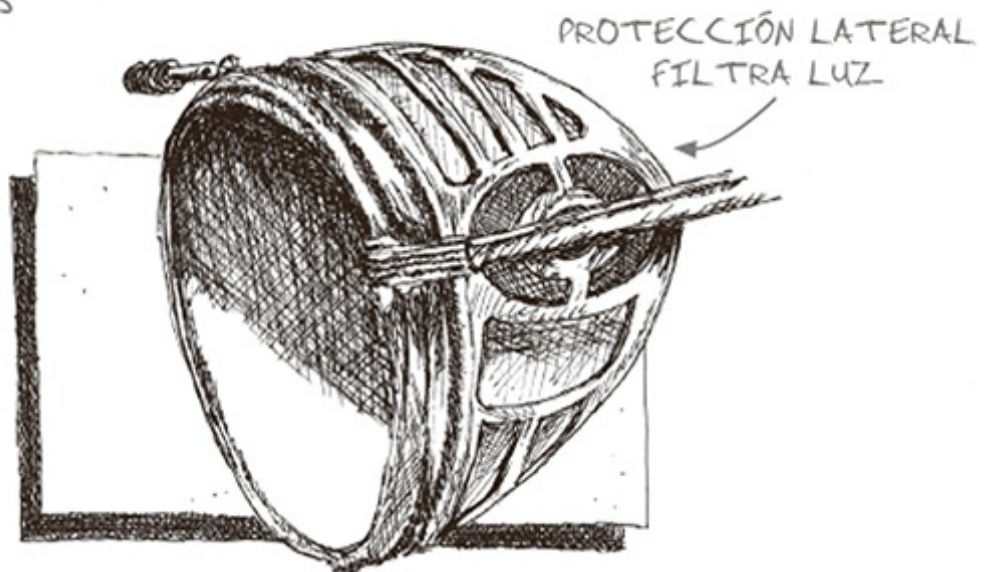


VARILLAS FLEXIBLES
MEJOR AJUSTE

EXTENSOR
AJUSTE FRONTAL



CRISTALES
AHUMADOS



PROTECCIÓN LATERAL
FILTRA LUZ

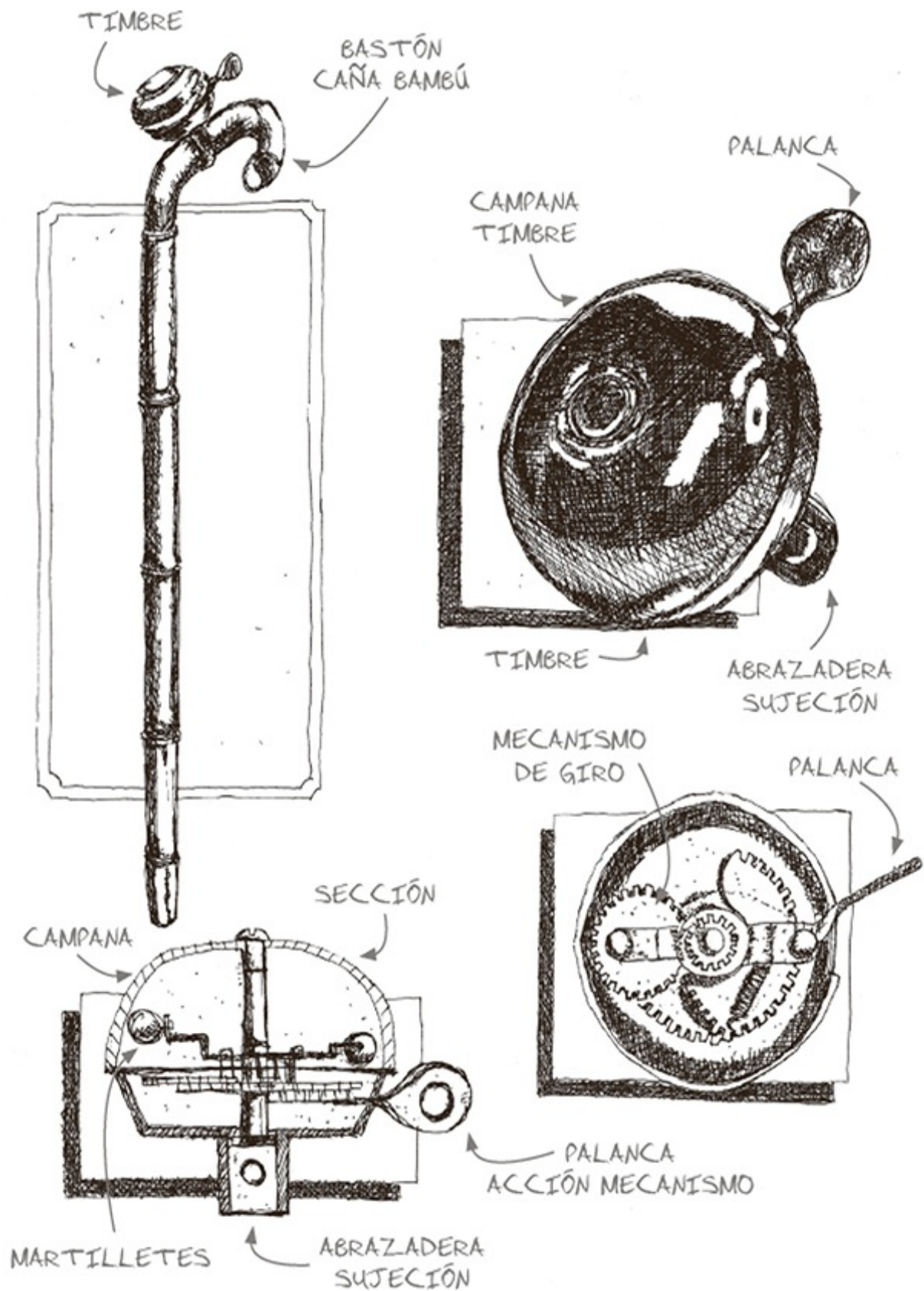
Conocía lo suficiente a sus dos amigas como para saber que les gustaba ser independientes y que no soportarían que alguien tuviera que estar constantemente a su lado para cualquier cosa, sosteniéndolas a modo de bastón. Caroline y Marie eran espíritus libres que defendían que las mujeres tenían pleno derecho a valerse por sí mismas sin ayuda ni tutela de nadie, y Jules deseaba que siguiera siendo así.

Recordó cuando en su anterior aventura Huan y él habían intentado, en cierto modo, apartarlas del peligro, puesto que consideraron que era mejor mantenerlas al margen de la acción, fuera de cualquier riesgo. Los dos aventureros tenían que ir a Angers a evitar un atentado multitudinario, y las chicas debían quedarse en Nantes y portarse bien. Tanto Caroline como Marie se habían enfadado mucho ante aquella decisión, ya que consideraban que tenían el mismo derecho que ellos a salvar a los científicos y al público de la Feria Internacional del Futuro de la bomba de corbidio que la Orden Contra el Progreso iba a hacer explotar. Al final, se habían salido con la suya: se habían escondido en el coche de caballos que el capitán Nemo les había prestado y habían acabado resultando imprescindibles en aquella aventura. Jules siguió rememorando el episodio con melancolía, y pensó que esas dos chicas eran las personas más valientes que había conocido jamás.

Las había visto muy desmotivadas en el hospital y quería demostrarles que podían seguir siendo unas aventureras del siglo XXI totalmente válidas, que no tenían por qué renunciar a su vida anterior ahora que estaban ciegas. Deseaba verlas de nuevo con ganas de hacer cosas, de que se ilusionaran y tuvieran propósitos que cumplir.

Fue entonces, ya pasada la medianoche, cuando tuvo la idea: ¿y si lo que necesitaban era precisamente un bastón que las auxiliara? No se trataba solo de un soporte para caminar, sino que con él podrían ir tanteando el terreno. Si iban moviendo el palo a su alrededor, serían capaces de sortear los distintos elementos que se fueran encontrando; por ejemplo, si en vez de con el aire, el bastón chocaba contra algo sólido, como el tronco de un árbol, las chicas sabrían que no debían andar en esa dirección.

TIMBREBASTÓN



Por supuesto, Jules no iba a regalarles un simple bastón, sino que pensaba darle una vuelta más a la idea: incorporaría en su mango un timbre, que tanto Caroline como Marie podrían hacer sonar siempre que quisieran para alertar a los transeúntes y conseguir que se apartaran de su camino sin chocar con ellas.

Contempló su boceto, y por primera vez en todo el día, se sintió un poco más tranquilo. El hecho de idear esos inventos le proporcionaba la seguridad que necesitaba para afrontar nuevos retos, le hacía pensar que, poco a poco, las cosas irían poniéndose de nuevo en su sitio.

Se tumbó en la cama todavía vestido y apoyó la cabeza en la almohada contemplando su último boceto. Esperaba que a las chicas les pareciera útil el timbrebastón, aunque sabía que para la coqueta de su prima Caroline iba a resultar duro usar uno, como si fuera una persona mayor a quien le costara caminar. Se durmió en el acto, con el cuaderno de dibujo todavía entre los brazos. Soñó que era un científico de la fábrica de aeronaves y que invitaba a Caroline, quien veía perfectamente sin la ayuda de ningún artefacto, a surcar los cielos en uno de esos increíbles y maravillosos vehículos.

Capítulo 13

UNA SUSTANCIA DESCONOCIDA.

OBSEQUIOS PARA CAROLINE Y MARIE



No se podía decir que Jules Verne tuviera buena cara esa mañana, aunque Huan pensó que, si bien sus ojeras eran gigantes, al menos parecía más animado. El joven inventor le contó a su mejor amigo cómo había estado dibujando hasta la madrugada para tratar de ayudar a las chicas. Se había levantado antes de la salida del sol para convertir en artefactos lo que apenas unas horas atrás tan solo eran ideas plasmadas en un papel. Así pues, cuando se encontró con Huan en la puerta de la Casa de la Salud, bien temprano por la mañana, una hora antes de que comenzaran las clases en el instituto, estaba completamente agotado pero satisfecho consigo mismo. Huan no pudo evitar envidiar a su compañero: Jules podía sentir que estaba siendo útil al fabricar kits de supervivencia para sus amigas; en cambio, no había nada que él pudiera hacer por ellas.

—Puedes animarlas con tu compañía —le dijo Jules en cuanto su amigo le confesó su malestar.

Ambos chicos entraron en el hospital y se encaminaron a la primera planta, donde sabían que estaban ingresadas Marie y Caroline, junto al resto de los afectados por el rayo verde. Como siempre, el pasillo estaba atestado de enfermos y de familiares, y se respiraba una gran preocupación en el ambiente. Avanzaron lentamente por el pasillo sorteando a los pacientes que llevaban los ojos vendados, y su sorpresa fue mayúscula cuando se toparon de frente con el capitán Nemo. Estaba conversando con un hombre de piel oscura que vestía una larga bata blanca.

—¿Ha venido a ver a las chicas? —inquirió Huan tras saludar efusivamente al capitán.

—He pasado a saludarlas y a desearles una pronta recuperación, pero en realidad son otros asuntos los que me han traído hasta aquí —les comunicó él bajando la voz—. Os presento a Fahim, una eminencia de la medicina hindú a quien he pedido una segunda opinión médica para que nos ayude a curar a los enfermos del rayo verde.

Los chicos saludaron a Fahim y le preguntaron si había descubierto lo que les pasaba a sus amigas.

—Os voy a contar lo mismo que le estaba diciendo a mi amigo Nemo justo ahora —repuso el médico hablando en un curioso francés con acento exótico—: He estado examinando la vista de los pacientes afectados, entre ellos, la de vuestras jóvenes amigas, y he llegado a una misteriosa y alarmante conclusión.

—¿De qué se trata? —Tanto Jules como Huan se acercaron más a Fahim, que había ido bajando la voz a medida que hablaba.

—Hay una sustancia desconocida en los ojos de los enfermos —les comunicó con gravedad—. No la había visto nunca y no sé determinar de qué se trata; lo que sí que sé es que es la causa de la repentina ceguera.

—Pero eso es bueno —repuso Huan—. Ahora sabemos que los que vieron el rayo verde se han quedado ciegos porque tienen una sustancia extraña en los ojos; si desaparece esta sustancia, podrán volver a ver con normalidad, ¿no?

—No es tan sencillo —le contradijo el médico con tristeza—. Si supiera de qué sustancia se trata, tal vez podría encontrar un antídoto que sanara su vista, pero al no reconocerla, soy incapaz de medicar a los pacientes; el remedio podría ser incluso peor que la enfermedad.

—¿Qué sugiere entonces que hagamos? —preguntó Jules, que aún no había perdido el optimismo con el que se había levantado esa mañana.

—Me temo que por el momento no podemos hacer nada más que seguir investigando, pero deberíais ir haciéndoos a la idea de que, si no logramos dar con la sustancia nociva que está afectando a la visión de toda esta gente, lo más probable es que no podamos encontrar la cura y que su ceguera se mantenga indefinidamente.

—¿Entendéis lo que Fahim os está explicando? —preguntó Nemo con voz grave. Se le veía muy preocupado, pero tanto Jules como Huan sabían que estaba tratando de mantener la calma delante de ellos.

Los chicos asintieron, sin ánimos para decir nada más, y se despidieron con tristeza de Fahim y del capitán Nemo. Se estaba haciendo tarde y querían saludar a sus amigas antes de ir al instituto.

Aquella mañana, Caroline y Marie estaban solas, puesto que sus padres se encontraban en casa ocupándose de sus hermanos. Jules y Huan entraron en la habitación que compartían y las abrazaron tiernamente, tratando de transmitirles todo su cariño y apoyo e intentando que ellas no notaran la tristeza que les había producido su conversación con Fahim. Volvió a causarles una profunda impresión verlas tendidas en la cama con los ojos vendados.

Un sentimiento de impotencia recorrió el cuerpo de Huan: deseaba que sus amigas estuvieran bien de nuevo, pero no sabía qué podía hacer por ellas. Después de lo que les había contado Fahim, era todavía más duro contemplarlas en ese estado. Trató de contener el llanto para que las chicas no notaran nada.

—El capitán Nemo ha estado aquí con un médico hindú amigo suyo —les contó Marie entonces.

—Lo sabemos, nos los hemos encontrado en el pasillo.

—El médico nos ha estado examinando los ojos, pero no nos ha dicho nada —prosiguió la chica—. ¿Por casualidad no sabréis...? —dejó la pregunta en el aire, sin atreverse a añadir nada más por temor a la respuesta.

—Todavía no ha sacado ninguna conclusión —mintió Jules—, pero seguro que tendrá buenas noticias pronto. Mientras tanto he decidido obsequiaros con un kit de supervivencia que os servirá para valeros por vosotras mismas mientras sigáis enfermas.

Tendió un paquete a cada una, y ambos chicos las ayudaron a desenvolver los regalos, mientras les explicaban en qué consistía cada lote.

—Aquí tenéis unas maravillosas gafas Ray-ver a la última moda —bromeó Huan—; así no hará falta que estéis todo el día con los ojos vendados, vais a estar mucho más cómodas con ellas puestas, y ya verás, Caroline, cómo

te sentirás mucho más guapa. —Mientras hablaba, les quitaba las vendas de los ojos y las ayudaba a ponerse aquellos extraños anteojos con varillas y cristales tintados.

Caroline hizo un amago de sonrisa ante la ocurrencia de su amigo; lo cierto era que, en aquellos momentos, lo que menos le importaba en el mundo era si estaba o no guapa.

—Y esto es el timbrebastón; hay uno para cada una —prosiguió Jules una vez que se hubieron colocado bien las gafas Ray-ver—. Podéis hacer una prueba andando por la habitación, ya veréis qué útil: gracias al bastón vais a poder saber si tenéis algún mueble delante, y con el timbre avisaréis a las demás personas para que se aparten a tiempo; ¡así, nunca chocaréis con nada!

Las chicas dieron un par de vueltas por el dormitorio con las gafas puestas y el timbrebastón en la mano, y le prometieron a Jules que pronto se animarían a salir al pasillo para dar un paseo por toda la primera planta.

—Con este kit estáis a la altura de cualquier aventurero del siglo XXI —afirmó el joven inventor entonces—, así que no quiero que penséis lo contrario.

—Gracias por el esfuerzo, Jules —suspiró Caroline—, pero creo que tú mismo eres consciente de que unas gafas Ray-ver y un timbrebastón no nos capacitan para acabar con la Orden Contra el Progreso.

—Ni tampoco para hacer los deberes del instituto, leer libros, cuidar de los ancianos ni mil cosas más que solíamos hacer antes de ver el maldito rayo verde y perder la vista —añadió Marie.

Las chicas volvieron a sentarse en la cama totalmente desalentadas.

—Tened paciencia, por favor —les pidió el interpelado—. Poco a poco vamos a ir progresando en esto todos juntos. Los médicos tienen que investigar para dar con un antídoto, yo tengo que idear más inventos para haceros la vida más fácil y vosotras tenéis que descansar mucho para recuperaros.

—¿Y yo qué hago? —preguntó Huan sintiéndose totalmente fuera de lugar.

—Tú tienes que hacer tus tonterías de siempre para que pasemos un buen rato —sugirió Marie sonriendo levemente durante un instante.

Sin embargo, los chicos se dieron cuenta de que estaban cada vez más alicaídas. A cada hora que pasaba, les parecía más cierto y real su estado de ceguera, así como más improbable su recuperación.

—Ojalá pudiéramos quedarnos aquí con vosotras todo el día y no ir al instituto, pero se nos está haciendo tarde —se excusó Huan tras darse cuenta

de que faltaban solo veinte minutos para el inicio de las clases. Tendrían que correr si no querían recibir un castigo por impuntualidad.

—Id a estudiar, no os preocupéis por nosotras —repuso Caroline suspirando profundamente.

—Me encantaría poder atender en clase en vez de estar aquí encerrada y sintiéndome enferma; aunque durante todo el día solo impartieran la asignatura de Moral, sería feliz —se lamentó Marie. Sus palabras encerraban una profunda tristeza.

—Esta historia tendrá un final feliz, chicas, os lo prometo —replicó Jules con voz firme tratando de aparentar una seguridad que no sentía—. Vamos a encontrar la cura a vuestra ceguera cueste lo que cueste.

—Gracias, Jules —susurró Caroline—. Pero, si no la encontramos, siempre tendremos tus inventos para tratar de vivir un poco mejor en este estado.

Las chicas esbozaron una pequeña sonrisa, pero Jules y Huan se dieron cuenta de que si mostraban un poco de ánimo y de gratitud era solo para no preocuparlos más de la cuenta; por dentro estaban destrozadas. Y aunque Jules les acababa de prometer que todo saldría bien, no veía cómo iba a poder cumplir su palabra.

Capítulo 14

ESPIANDO A MATHIEU. ENJAULADOS



Mientras caminaban hacia el instituto, Jules y Huan no podían quitarse de la cabeza las expresiones de tristeza en el rostro de sus amigas. Los artilugios que el joven inventor había fabricado para ellas no parecían haberlas animado mucho, pero Jules no se lo podía reprochar. Estaba seguro de que si Huan o él mismo estuvieran en el lugar de las chicas, se estarían tomando las cosas mucho peor.

—Me siento tan inútil... —Jules dio un puntapié a una piedra del camino.

—Yo también, pero ¿sabes qué? Vamos a hacer algo al respecto —le comunicó Huan.

—¿El qué? —Jules no estaba acostumbrado a que fuera su compañero quien tuviera las ideas.

—Lo único que sabemos hasta ahora es que la Orden Contra el Progreso está involucrada en esto, ¿no es así?

—Supongo —contestó Jules lentamente—. Aunque, en realidad, se trata más de una intuición que de otra cosa.

—De acuerdo —le concedió Huan—; intuimos que la Orden Contra el Progreso está de algún modo detrás del rayo verde, pero queremos saberlo con certeza para descubrir qué está pasando.

—¿Y cómo vamos a saberlo?

—Muy fácil —sonrió Huan con determinación—: Siguiendo a Mathieu al salir de clase.

Jules miró fijamente a su amigo:

—Sabes que es una locura, ¿verdad? —le contestó, sorprendido de que el miedoso de Huan estuviera proponiendo un plan tan temerario.

—Por supuesto —respondió el otro—, pero ¿qué otra cosa podemos hacer? ¿No se merecen Caroline, Marie y todas las otras personas que han perdido la vista que hagamos algo para descubrir la verdad?

El joven inventor lo meditó unos instantes. Lo cierto era que Mathieu constituía el único hilo del que podían tirar, y tal vez ese hilo los llevaría a descubrir algo más grande. Era arriesgado, muy arriesgado; implicaba meterse en la boca del lobo, y si los descubrían... Pero era la única opción que tenían, Huan estaba en lo cierto. No iban a rendirse sin presentar batalla primero.

—Está bien —concedió al fin—. Esta tarde, al salir de clase, seguiremos a Claude Mathieu.

El director de La Bonne Tradition salió muy rápido del aula aquella tarde, y ambos muchachos se escabulleron detrás de él, apresurándose para no perderle la pista. Su coche de caballos estaba aparcado frente a la entrada del instituto. Mathieu, sin mirar atrás en ningún momento, abrió la portezuela y se metió dentro de la carroza.

—Ahora —susurró Jules en el momento en que el cochero movía las riendas de los caballos para que comenzaran a trotar.

Se subieron de un salto a la parte posterior de la carroza, ocultos a la visión del cochero y de Mathieu, y sujetándose como buenamente podían. La carroza comenzó a traquetear a medida que los caballos aceleraban el ritmo y se ponían a galopar, y Huan, que no se había agarrado bien a la parte de atrás, estuvo a punto de caer en medio del polvoriento camino. Jules lo agarró del brazo en el último momento, evitando así la catástrofe: si Huan hubiera caído al suelo, no solo se habría hecho mucho daño, sino que, con toda

probabilidad, el ruido al caer los habría descubierto y se hubieran metido en un buen lío.

—Me ha ido de un pelo —susurró Huan todavía lívido—; gracias por sostenerme, Jules.

—No hay de qué, pero no vuelvas a escurrirte hacia el suelo de ese modo, por favor —musitó el otro, agotado tras el esfuerzo de aguantar todo el peso de su amigo.

El coche siguió avanzando hacia las afueras de la ciudad, y poco a poco, Jules y Huan fueron adaptándose al traqueteo constante de la carroza. Comenzaron a preguntarse dónde debían de estar yendo: estaba claro que no se dirigían a casa de Mathieu, cuya vivienda estaba ubicada en el centro de Nantes. ¿Era posible que se estuvieran encaminando hacia una base secreta de la Orden Contra el Progreso? ¿Estaban a punto de descubrir dónde tenía la sede la secta criminal? Ambos chicos se miraron esperanzados leyéndose la mente: esa información podría ser de lo más valiosa para desenmascarar de una vez por todas a la Orden.

En estas, el coche se detuvo en medio de la nada. Los chicos miraron a su alrededor expectantes. ¿Por qué paraban? ¿Era ahí donde iba a suceder algo?

Se dieron cuenta de lo que ocurría cuando ya era demasiado tarde. Alguien salió del coche de caballos, y sin que tuvieran tiempo de reaccionar ni de saber qué era lo que estaba pasando, se vieron empujados hacia el suelo e inmovilizados. Ni siquiera les dio tiempo de ver a sus agresores: en un abrir y cerrar de ojos les habían tapado la cabeza con una tela.

Los hicieron entrar en el coche de caballos de malos modos. Como no veían nada, tropezaron y cayeron en el duro suelo de la carroza, que enseguida volvió a arrancar. Jules se mordió el labio sintiéndose muy estúpido. Probablemente, Mathieu sabía que lo estaban siguiendo desde el principio, pero había preferido que se confiaran para atraparlos cuando estuvieran más desprevenidos.

¡Menudos detectives de pacotilla eran! Querían ayudar a sus amigas y al final solo habían logrado meterse en problemas, agravando la situación que vivían desde el día anterior.

El coche siguió avanzando durante un cuarto de hora más, momento en el que los obligaron a descender del vehículo. Aunque no veían dónde se encontraban, puesto que seguían con una tela en la cabeza que les impedía la visión, rápidamente adivinaron que se hallaban a la orilla del mar, porque podían oler la sal, oír el apacible oleaje y sentir la brisa marina en la piel.

Estuvieron caminando un par de minutos por la arena. Jules tanteó sus posibilidades de escapar, pero asumió rápidamente que eran nulas: para empezar, estaba inmovilizado por un hombre que lo sujetaba con rudeza por el brazo y que probablemente iba armado. Además, incluso si lograba soltarse de las garras del individuo, con la tela atada a la cabeza no llegaría muy lejos; seguramente tropezaría con cualquier cosa y se desplomaría sobre la arena al instante. Por si fuera poco, todo apuntaba a que se encontraban en medio de la nada, con lo que sería muy difícil escapar de allí y regresar a la ciudad sin que lo atraparan. Y por último, pero no menos importante, no pensaba huir dejando atrás a su mejor amigo.

Los introdujeron en lo que parecía ser un barco amarrado a la orilla. Caminaron por la cubierta de madera, que crujía bajo sus pies, y los obligaron a descender por una escalera hasta lo que probablemente era la bodega. Jules trastabilló y estuvo a punto de caer rodando pero en el último momento conservó el equilibrio. Oyó una risa detrás de él: a su captor le hacía gracia la pérdida de equilibrio del chico.

Los metieron de mala manera en un cubículo, y cuando quisieron darse cuenta, oyeron el ruido de una llave al ser metida en la cerradura. Los estaban encerrando. Jules, desorientado, avanzó un paso y chocó contra unos barrotes de hierro.

—Voy a quitaros eso de la cabeza para que podáis ver algo —dijo una voz cerca de ellos.

Jules y Huan pegaron un brinco. ¡No estaban solos en aquel cubículo!

—No temáis. —La voz sonaba amable, pero ¿cómo iban a fiarse después de lo que acababan de vivir?

Jules notó como alguien desanudaba el cordón con el que habían atado la tela a su cabeza. Al cabo de unos instantes, el desconocido apartó la tela de su rostro y pudo volver a ver con normalidad. Se encontraban en la bodega de lo que efectivamente parecía ser un barco, metidos en una jaula que tenía el tamaño suficiente para aprisionar a un león.

A su lado, el desconocido estaba quitándole la tela a Huan, que parecía enormemente agobiado de verse en esa situación.

—Ahora comprendo un poco más el horror que están viviendo las chicas al no ver nada —comentó una vez que tuvo el rostro al descubierto.

Jules y Huan se volvieron hacia el hombre, sin saber si darle las gracias o comenzar a interrogarlo. Parecía amable, debía de rondar la cincuentena, llevaba anteojos, tenía el pelo canoso y estaba un poco desaliñado, como si llevara unos cuantos días encerrado en la jaula.

El desconocido debió de notar que despertaba curiosidad en los muchachos, ya que sonrió levemente y alzó las manos en señal de paz.

—No diré que me alegro de ver a nuevos prisioneros porque no es así —comenzó—, pero al menos no me sentiré tan solo. Mi nombre es Jaques Blanc.

Los chicos apenas pudieron contener una exclamación de sorpresa.

—¡Jaques Blanc! ¡Al fin!

—¿Tan famoso soy? —se sorprendió él sin entender nada.

—Somos amigos del capitán Nemo —le contaron los chicos—. En el periódico están preocupados por usted, y no digamos su esposa... De hecho, ella cree que está usted muerto.

—En cierto modo, lo preferiría —se sinceró él—, y sé que eso es lo que ocurrirá dentro de poco. Llevo varios días encerrado aquí dentro, no sé cuántos porque ya he perdido la noción del tiempo. Unos tipos me han encerrado para llevar las riendas del periódico y poder influir en la opinión pública de la ciudad de Nantes —les contó Jaques Blanc con resentimiento—. Todavía les resulto de utilidad porque de vez en cuando me preguntan dudas que tienen sobre el funcionamiento de la redacción, pero sé que cuando lo tengan todo bajo control me matarán y se desharán de mi cadáver.

Jules y Huan contuvieron un escalofrío ante las palabras de su interlocutor y asintieron con la cabeza. El director de *Le Matin* estaba confirmando lo que ellos suponían desde que el día anterior habían visitado la redacción del periódico.

—Así que el tal *Mr. Dupont* pertenece a la Orden Contra el Progreso como imaginábamos, ¿no es así? —inquirió Jules.

Jaques Blanc enarcó las cejas con sorpresa:

—No sé quiénes sois vosotros exactamente, pero estáis muy bien informados. Me sorprende que conozcáis la existencia de la Orden.

Huan soltó una risilla y exclamó:

—¡Hemos vivido muchas aventuras luchando contra esa secta!

La siguiente hora y media la pasaron conversando y poniéndose al día sobre sus distintas pesquisas. Los chicos le contaron a Jaques Blanc el motivo que los había llevado hasta aquel lugar: sus amigas habían perdido la vista en la tragedia del rayo verde, y sospechando que Mathieu estaba, de algún modo, metido en el embrollo, habían decidido seguirlo al salir del instituto. El resto de la historia lo podía deducir el mismo Blanc: los habían descubierto y capturado.

El hombre escuchó su relato con atención, sin pronunciar palabra. No fue hasta que los dos aventureros del siglo XXI hubieron acabado de hablar cuando, adoptando una actitud seria, les comunicó:

—Yo sé por qué toda esa gente se ha quedado ciega.

—¿¡Qué!?

—¿De verdad?

Jules y Huan no daban crédito a lo que acababan de oír.

—Me estuvieron amenazando para que escribiera artículos hablando bien sobre el rayo verde; supongo que leísteis aquella famosa noticia que figuraba en la portada de *Le Matin* la semana pasada. La verdad es que no sabía qué interés tenían esos individuos siniestros en que los ciudadanos de Nantes fueran a ver el rayo verde, pero tuve que hacer lo que me ordenaban... —Jaques Blanc se frotó los ojos, cansado—. Me dijeron que si no les hacía caso, matarían a mi mujer y luego harían lo mismo conmigo. Así que escribí aquel artículo contando las mil maravillas sobre el rayo verde, pero parecía que no era suficiente para ellos, así que poco después me secuestraron.

«Desde entonces, he estado aquí metido, aislado del mundo —prosiguió su relato—, pero he podido escuchar algunas de las conversaciones que han mantenido mis captores; a menudo me hago el dormido, ya que cuando creen que no los oigo es cuando más cosas se cuentan entre ellos. Así es como me enteré del accidente del rayo verde; no se me ocurría cómo relacionarlo con la Orden Contra el Progreso, pero sabía que por fuerza estaba implicada. ¿Cómo explicar, si no, la insistencia para que escribiera un artículo sobre lo increíble que era ese fenómeno atmosférico?

»Y entonces, al día siguiente, descubrí la verdad. Dos de los miembros de la Orden se jactaban de haber lanzado polvo de corbidio desde un globo aerostático mientras un centenar de personas observaba en la playa el rayo verde. Así es como han provocado el principio de ceguera en todos los espectadores del destello —sentenció con convicción—. Sé también que tras este atentado con corbidio, *Mr. Dupont* ha conseguido poner a todo el mundo en contra del progreso, y que por culpa de la Orden proyectos tan importantes y beneficiosos para Nantes como la fábrica de aeronaves peligran por completo. La verdad es que han hecho una jugada maestra.

Los chicos habían escuchado el relato de Jaques Blanc con la boca abierta.

—¡Esto lo explica todo! —exclamó Huan en cuanto el director de *Le Matin* hubo terminado su narración—. El corbidio es el sello personal de la Orden Contra el Progreso; hemos sido unos estúpidos por no haber pensado en ello antes.

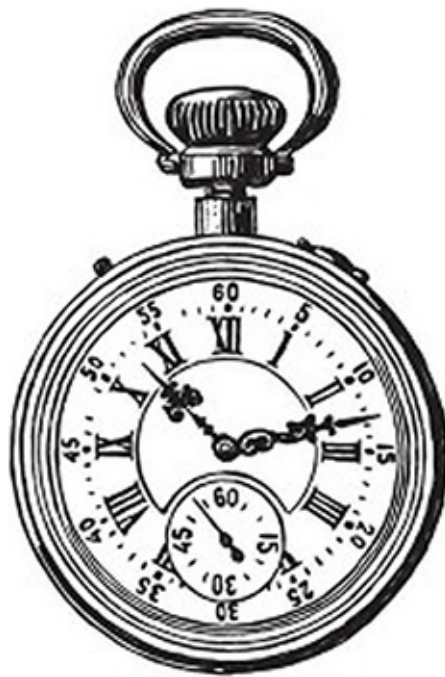
Jules prestaba mucha atención a lo que decía su amigo. Por fin habían resuelto parte del misterio, pensó con alivio. ¡Si le contaban a Fahim que la sustancia extraña que había en los ojos de los afectados era corbidio, seguro que el médico hindú y su equipo serían capaces de encontrar un antídoto que hiciera recobrar la vista a los enfermos!

Pero entonces un oscuro pensamiento fulminó su mente como si se tratara de un rayo. Habían descubierto la sustancia que había hecho enfermar a sus amigas, sí, pero eran incapaces de comunicárselo a nadie. Estaban encerrados en la bodega de un barco, en un lugar indeterminado de las afueras de Nantes, y dudaba de que la Orden Contra el Progreso fuera a dejarlos salir con vida del lugar. Se dio cuenta con tristeza y resignación de que estaban tan lejos de salvar a sus amigas como al principio. Mientras Caroline, Marie y el resto de los pacientes permanecían ingresados en el hospital, ciegos por culpa del nocivo mineral y de las malvadas mentes de los integrantes de la secta, Huan, Jaques Blanc y él mismo estaban encerrados en una jaula, sabiendo lo que les ocurriría, pero sin modo alguno de salir de allí. Entonces se dio cuenta de algo que le puso los pelos de punta: probablemente, se llevarían ese conocimiento a la tumba.

Capítulo 15

PLAN DE FUGA.

SIN TIEMPO



No podía permitirse pensar de ese modo; si tiraba la toalla tan pronto, no habría nada que hacer. Por muy negro que lo viera todo, tenía que convencerse a sí mismo de que había opciones de salir con vida de la bodega de ese barco. Si lograba creérselo, podría reunir las fuerzas suficientes para pensar en un plan de fuga.

Parecía imposible, pero ¿no se las había apañado en circunstancias similares en otras ocasiones? Solo tenía que poner su ingenio a trabajar, y cuanto antes mejor. El tiempo, desde luego, no jugaba a su favor.

El problema era que estaban en una jaula, así que apenas podía contar con unos pocos elementos para elaborar su plan de fuga. Tanteó los barrotes de

hierro: eran sólidos, imposibles de mover. La puerta de la jaula estaba cerrada, y la llave no estaba metida en la cerradura.

Miró a su alrededor. Huan y Jaques Blanc charlaban distendidamente en un rincón de la jaula, ajenos a los pensamientos de él. No se daban cuenta de que se les estaba acabando el tiempo, no veían que a cada momento que pasaba estaban más cerca del final, de que cualquier miembro de la Orden Contra el Progreso acabara con sus vidas. Y Jules no pensaba morir sin antes haber solucionado el problema de Caroline y Marie, no quería condenarlas a una vida de sombras y penumbras.

En un rincón de la jaula había una manta, con la que Blanc debía de dormir por las noches. Junto a ella, un plato con un mendrugo de pan seco (probablemente se trataba de los restos del almuerzo del prisionero). A los pies de Jules, tirada de cualquier modo, encontró la cuerda con la que sus captores le habían atado la tela a la cabeza para que no viera adónde lo conducían. A su lado había dos baldes; el primero contenía cola de carpintero, con lo que Jules supuso que se habían hecho reparaciones en la embarcación recientemente. El otro barreño estaba repleto de una resina extraña; tras examinarla durante unos instantes, se dio cuenta de que se trataba de un balde lleno de brea que los marinos solían usar para impermeabilizar la madera de las embarcaciones. Con la curiosidad que lo caracterizaba, cogió un poco de la resina para notar su pegajoso tacto, pero no se le ocurrió nada que pudiera hacer con ella.

Suspiró llevándose las manos a la cabeza. Nunca había trabajado con tan pocos materiales; le parecía imposible unirlos y que formaran un plan factible para conducirlos hacia la libertad.

Junto a los barrotes, fuera de la jaula, había algo que relucía. Aunque no supiera de qué se trataba, Jules se tumbó en el suelo y alargó sus dedos al máximo por entre los barrotes para tratar de alcanzarlo, a sabiendas de que cualquier objeto, por insignificante que pareciera, podría acabar resultándole de lo más útil.

Estiró los dedos hasta hacerse daño, y cuando estaba a punto de darse por vencido, notó que lo tocaba con la punta de su dedo índice: ¡lo tenía! Lo arrastró con ayuda de sus dedos hacia los barrotes y, al fin, consiguió meterlo dentro de la jaula. Se trataba de un trozo de alambre.

Así pues, tenía pan, una manta, cuerdas, brea, pegamento y un alambre, nada más. Ni siquiera la persona más optimista del mundo se hubiera mostrado esperanzada ante esa complicada situación: ¿acaso iba a poder abrir la jaula con el mendrugo de pan o con la manta? Meneó la cabeza

desilusionado y optó por unirse a la conversación que Jaques Blanc y Huan mantenían en el otro extremo del cubículo.

—La verdad es que yo no conocía la existencia de la Orden Contra el Progreso hasta que comenzaron a amenazarme recientemente —estaba diciendo Blanc—. Me avergüenza que vosotros estéis más enterados de los sucesos que ocurren en la región que yo, que no solo soy periodista, sino que dirijo el periódico más vendido de Nantes. ¿Cómo es que conocéis tan bien a esta secta criminal?

—Es una historia muy larga —repuso Huan poniendo voz de interesante. Jules, que conocía a la perfección a su amigo, adivinó que se sentía profundamente agasajado porque Jaques Blanc había reconocido que sabían más del tema que él mismo—. ¿Conoce usted a Claude Mathieu, el director de La Bonne Tradition?

El hombre soltó una carcajada:

—Por supuesto, ya que íbamos juntos al colegio, aunque nunca me cayó bien. Es curioso que haya acabado de director de un instituto, con lo que él odia a los niños... —opinó—. La última vez que me lo encontré por la calle y hablé con él, fue de lo más desagradable. —Jaques Blanc carraspeó antes de comenzar a imitar a Mathieu—: «Debemos velar para que imperen las tradiciones en nuestro país; el mundo está perdiendo los valores y no podemos permitir que reine el caos en vez del orden. El progreso solo traerá desgracias, el futuro está en preservar el orden natural que nos ha sido impuesto desde tiempos inmemoriales». ¿Qué tal lo hago?

Huan aplaudió la imitación de Mathieu, mientras que Jules se había quedado de piedra. Jaques Blanc no solo había impostado la voz a la perfección logrando un tono parecido al de Mathieu, sino que había modulado su discurso con las mismas pausas del propio director de La Bonne Tradition. Además, a lo largo de su interpretación, había adoptado la misma postura corporal de Claude Mathieu e incluso había bordado su gestualidad.

Se podría decir que Jaques Blanc y Claude Mathieu tenían cierto parecido físico, pensó tras seguir observando a aquel hombre. Eran de la misma edad y más o menos igual de altos.

—Es usted un gran imitador —reconoció Jules entonces.

—Gracias —contestó el interpelado sonriendo amablemente—. De algún modo tenemos que entretenernos aquí dentro, ¿no os parece?

Huan le pidió que siguiera imitando al director del instituto y Jaques Blanc obedeció, contento de tener un público tan entusiasta. Sin embargo, Jules ya no prestaba atención a la interpretación del hombre; se había quedado

mirando fijamente el mendrugo de pan, completamente abstraído de lo que estaba pasando a su alrededor. Era una auténtica locura, seguramente la idea más arriesgada que había tenido hasta entonces, pero ¿y si funcionaba?

—He tenido una idea —dijo entonces con la voz temblorosa por la emoción.

Jaques Blanc dejó al instante su interpretación de Mathieu, y Huan se volvió esperanzado hacia su amigo. Sabía de sobra que si Jules Verne tenía una idea, debía prestarle toda su atención, puesto que, con total seguridad, valdría la pena.

—He pensado que podemos confundir a los vigilantes —les reveló Jules bajando la voz por precaución—, pero necesito su ayuda, Jaques, o no saldrá bien.

El hombre atisbó el brillo de determinación en la mirada del joven inventor y supo que estaba hablando en serio.

—¿De qué se trata?

Jules tomó aire antes de soltar la bomba:

—Vamos a disfrazarle de Claude Mathieu.

—¿Qué? ¿Por qué? —inquirió Jaques Blanc realmente sorprendido.

—Así los vigilantes pensarán que se trata de él y lograremos escapar de aquí, ya lo verá. Creo que tenemos todos los elementos necesarios para lograr un buen disfraz, teniendo en cuenta que usted ya guarda cierto parecido físico con él. Y como imitador es buenísimo.

El director de *Le Matin* no parecía nada convencido.

—Haga caso de Jules —le pidió Huan—. ¡Sus ideas nunca fallan!

Las mejillas de Jules enrojecieron ante el comentario de su amigo. No olvidaba que uno de sus últimos inventos los había mantenido a ambos pegados al suelo de la trastienda de los padres de Huan durante lo que les había parecido una eternidad.

Se les acababa el tiempo, y la única manera de convencer a Jaques Blanc era apelando a su parte más sensible:

—¿No quiere volver a ver a su esposa, señor? —preguntó Jules inocentemente—. Pues esta es su única oportunidad de salir con vida de aquí.

Capítulo 16

LA TRANSFORMACIÓN.

LA HUIDA



Después del argumento de Jules, no hizo falta mucho más para convencer a Jaques Blanc de que llevara a cabo lo que él mismo bautizó como La Interpretación Más Convincente Del Mundo. Los chicos se alegraron de haber conseguido motivar al director; así, iba a resultar mucho más fácil que se metiera en su papel y que lograra hacer una actuación creíble delante de los vigilantes.

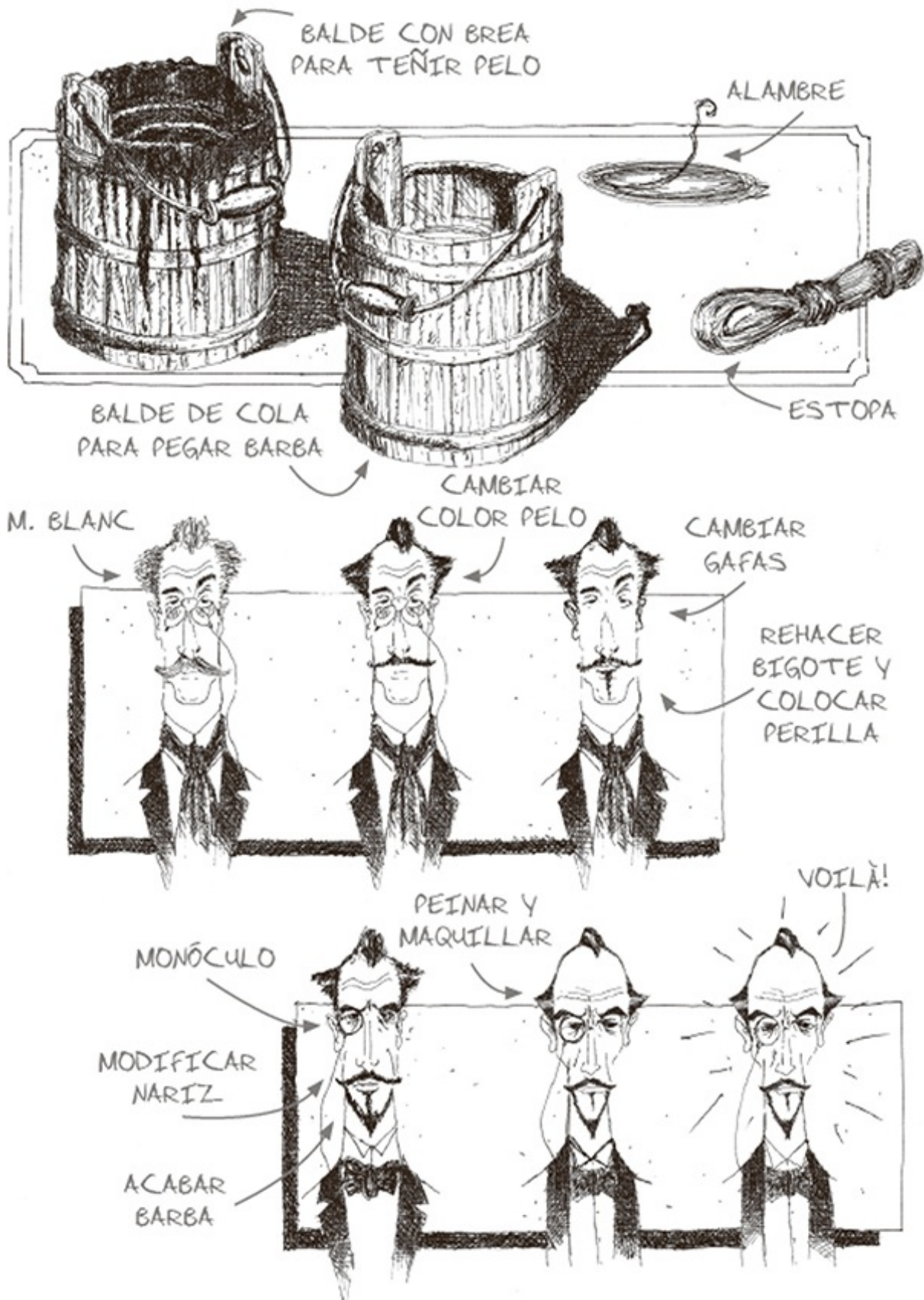
Jules se puso manos a la obra con la transformación de Jaques Blanc en Claude Mathieu. Huan, a modo de ayudante, iba haciendo todo lo que su amigo le ordenaba, e incluso añadía sus propias ideas para mejorar el resultado final. Así, durante la siguiente hora estuvieron de lo más

entretenidos llevando a cabo la metamorfosis y rezando en silencio para que el resultado fuera el adecuado.

Al final, la brea fue uno de los elementos clave para el disfraz, puesto que sirvió para distintos fines: por un lado, lo usaron como tinte para el pelo del hombre, que ya blanqueaba, mientras que el del director de La Bonne Tradition seguía siendo oscuro. Por otro, lo esparcieron por la piel de Jaques Blanc para que pareciera un par de tonos más moreno. La resina era de lo más pringosa, y Huan y Jules cruzaron los dedos para que los vigilantes no notaran nada: mientras no tocaran al falso Mathieu, todo iría bien.

Jules estuvo un buen rato moldeando el alambre que había encontrado en el suelo hasta obtener la forma de un monóculo. Le quitaron a Jaques los anteojos y lo cambiaron por el característico monóculo de Mathieu. El director de *Le Matin* se quejó un poco, puesto que sin los anteojos no veía demasiado, pero los chicos no se dejaron amedrentar. Si Jaques Blanc debía convertirse en Claude Mathieu, la transformación tenía que ser completa para no dejar lugar a dudas.

LA TRANSFORMACIÓN



El bigote no estaba mal del todo, y mejoró tras unos retoques de Huan, que se sentía inspirado y creativo. Sin embargo, el director del instituto llevaba perilla, mientras que Jaques Blanc se había afeitado la barba.

—Nos descubrirán por este detalle —se lamentó Huan—, no podemos hacer que su barba vuelva a crecer.

—No —coincidió Jules mientras reflexionaba a toda velocidad—, ¡pero podemos crear una perilla falsa con la estopa de la cuerda! La rasparemos hasta que desprenda los hilillos que nos van a servir para crear la perilla, y lo pegaremos todo con la cola que hay en ese barreño.

Jaques Blanc estaba cada vez más sorprendido ante su propia transformación. Lo que en un principio le había parecido una auténtica chiquillada, poco a poco iba adquiriendo sentido.

La nariz también era distinta, por supuesto. Mientras que la de Jaques Blanc era más chata, la de Mathieu, en cambio, era aguileña. La sorpresa del director del periódico fue cuando Jules cogió con convencimiento el mendrugo de pan.

—Para serte sincero, está completamente seco, por esto no me lo he comido —comentó el hombre al ver al chico junto al trozo de pan—, pero si tienes mucha hambre, supongo que no te parecerá tan malo.

—No es para mí, es para su nariz —sonrió Jules.

—¿Para mi nariz?

Sin decir nada más, Jules sacó la miga del mendrugo de pan y comenzó a moldearla mezclándola con un poco de brea. Cuando estuvo satisfecho con el resultado, la mojó en la cola del barreño y la pegó en la nariz de Jaques Blanc.

—Por lo que más quiera, espero que no le dé por estornudar en presencia de los vigilantes, ya que posiblemente la nariz falsa le volaría por los aires —le advirtió Jules.

—Eso los asustaría mucho; pensarían que tengo alguna especie de enfermedad contagiosa que hace que las distintas partes de mi cuerpo salgan despedidas —exclamó el otro divertido.

Jaques ya estaba maquillado, peinado y teñido, con la nariz cambiada, el monóculo puesto y la perilla en su sitio, pero Jules sabía que se estaba dejando algo, algo que llevaban los miembros de la Orden Contra el Progreso y que iba a delatarlos si el falso Mathieu no vestía...

—¡Claro, falta la capa! —exclamó entonces pensando en voz alta.

—¿Dónde podemos conseguir una capa como las de la Orden? —preguntó Huan con desolación, sin esperar respuesta alguna.

—Ya la tenemos —lo corrigió su amigo—. O por lo menos, vamos a fabricar una, que es prácticamente lo mismo. Ensuciaremos la manta que tenemos aquí con brea para que parezca más oscura, y Jaques Blanc se la colocará sobre los hombros a modo de capa.

Sus compañeros ayudaron a Jules Verne en la tarea de impregnar la manta de brea sin estar plenamente convencidos de que el resultado fuera a dar el pego. Cuando hubieron acabado, el director de *Le Matin* se puso la pringosa capa-manta y miró a sus compañeros en busca del veredicto final:

—¿Y bien?

Jules y Huan inspeccionaron al falso Mathieu en busca de resquicios que lo delataran. De cerca se notaba mucho que se trataba de un disfraz, pero a primera vista el resultado era bastante satisfactorio. En estas, Huan se dirigió hacia el candelabro que iluminaba el cubículo y apagó todas las velas, soplándolas una a una.

—¿Qué haces? —inquirió Jules cuando se quedaron a oscuras—. Ahora no veremos nada...

—En esta oscuridad, el falso Mathieu parece mucho más verdadero —opinó el otro—. Fíjate, ya no se ven las imperfecciones del maquillaje.

Jules observó a Jaques Blanc. En la oscuridad de la bodega, su figura tenía el mismo porte que la del director de La Bonne Tradition, recortada por una oscura capa que bien podría pasar por las que usaban los miembros de la Orden Contra el Progreso. Su sombra estaba perfilada por una nariz aguileña inconfundible. En la penumbra, ya no estaban ante un Jaques Blanc disfrazado; en la penumbra, aquel no era otro que Claude Mathieu.

—Fantástico —exclamó Jules—, una idea excelente, Huan.

—La verdad es que se parece tanto a Mathieu que da incluso miedo —se sorprendió el interpelado—. ¡Tengo ganas incluso de insultarlo!

—¡No te atreverás! —lo amenazó el falso Mathieu impostando a la perfección la voz que el director de La Bonne Tradition ponía cuando estaba furioso.

Los tres soltaron una carcajada, liberando de este modo parte de la tensión acumulada a lo largo del día. Ahora solo faltaba esperar y cruzar los dedos para que con la magnífica imitación que Blanc hacía de Mathieu, se metieran a sus captores en el bolsillo.

Esperaron casi una hora más porque habían decidido que darían la alarma justo tras el cambio de turno de los vigilantes; sería más fácil engañar a un vigilante nuevo que a uno que llevara horas custodiando la bodega del barco,

que no se creería que Mathieu estuviera allí si no lo había visto con sus propios ojos.

Se sentían muy nerviosos mientras aguardaban en silencio, sin prácticamente hablar, atentos a cualquier ruido que les llegara de fuera de la bodega. Cuando ya parecía que esa noche no iba a haber cambio de turno, oyeron unos pasos que se acercaban hasta la puerta, y luego una voz que conversaba con otra:

—¿Todo en orden? —preguntó el vigilante que debía hacer el turno de noche.

—Sin altercados —respondió el otro.

Los dos vigilantes conversaron un par de minutos más. Como se encontraban fuera de la bodega, custodiando la puerta, los prisioneros no podían verlos, pero estaban atentos a todas sus palabras, por muy lejanas que les llegaran.

En ese momento se estaban ya despidiendo:

—Nos vemos a primera hora de la mañana —decía uno.

—Hasta luego.

Entonces oyeron unas pisadas que se alejaban escaleras arriba y supusieron que el vigilante que comenzaba el turno de noche acababa de quedarse solo. Esperaron un par de minutos más por precaución, pero el anterior vigilante no regresó. Huan, Jules y el director del periódico respiraron hondo, a sabiendas de que la suerte estaba echada.

—Que comience la función —susurró Jaques Blanc.

Instantes después, el hombre carraspeó, adoptó el posado de Mathieu y comenzó a gritar como si se estuviera abrasando en el infierno:

—¡Que alguien me saque de aquí! ¡Pagaréis por tanta incompetencia, pandilla de inútiles!

Siguió mascullando insultos hasta que el vigilante se asomó por la puerta completamente alarmado.

—¿A qué estás esperando? ¡Ya estás abriendo esta maldita jaula y liberándome! —ordenó el falso Claude Mathieu al ver aparecer al vigilante.

El hombre se acercó hacia la jaula sin creer lo que veían sus ojos. Aunque la sala estaba en penumbra, distinguía perfectamente la figura del director de La Bonne Tradition y miembro destacado de la Orden Contra el Progreso, junto a aquellos dos mocosos que siempre se estaban metiendo en líos e interfiriendo en sus planes.

—¿Cómo ha llegado usted hasta aquí? —se extrañó el vigilante. Iluminó la jaula con el candelabro que sostenía en la mano derecha, y Jules y Huan

tragaron saliva, temerosos de que, con la suave luz de las velas, el hombre encapuchado adivinara el engaño.

Sin embargo, la tenue iluminación solo reafirmó lo que el vigilante ya sabía: Claude Mathieu estaba encerrado en esa jaula y parecía muy pero que muy enfadado.

—Tu compañero es un inepto —le espetó el falso miembro de la Orden Contra el Progreso—. He bajado hace un rato para hacer una visita a este par de desgraciados, y cuando el otro vigilante ha bajado a traer la cena, se ha pensado que yo era un preso más y me ha encerrado con ellos. ¡A mí, que tanto he hecho por la organización! ¡Esto no va a quedar así, ni hablar! ¡Exijo ahora mismo que me liberes!

—Desde luego, ha sido un terrible error —asintió el vigilante, aterrorizado al percatarse de la ira de su superior—. Enseguida lo saco de aquí.

Las manos del guardián temblaban mientras buscaban la llave y trataban de meterla en la cerradura.

—Date prisa —lo apremió Mathieu—, no soportaré pasar ni un minuto más aquí dentro.

Al fin, el vigilante abrió la puerta de la jaula y ayudó a Claude Mathieu a salir de ella.

Jules y Huan estaban preparados para lo que tenían que hacer a continuación: se abalanzaron sobre el desprevenido centinela y le quitaron de las manos el candelabro, con el que le atizaron un duro golpe en la cabeza. El hombre, cogido por sorpresa, se dio de bruces contra el suelo y perdió el conocimiento. Ambos chicos, ayudados por el falso Claude Mathieu, lo introdujeron dentro de la jaula. La llave todavía estaba en la cerradura, así que aprovecharon para encerrarlo dentro y quedarse con el manojito de llaves.

Se encaminaron hacia la cubierta del barco a paso rápido y decidido. El falso Mathieu agarraba a cada uno de los chicos del brazo y tiraba de ellos de malos modos. Aunque Huan se estaba haciendo daño, prefirió no quejarse: aquello formaba parte de la función.

No se encontraron a nadie hasta que estaban saliendo del barco, momento en el que se toparon con un par de miembros de la secta.

—¿Qué pasa aquí? Creíamos que estabas reunido —inquirió uno de ellos sin entender nada.

Aquella era una noche sin luna, y en medio de la oscuridad que reinaba en la cubierta, solo podía atisbar a un miembro de la Orden Contra el Progreso que arrastraba de malos modos a los dos jóvenes prisioneros.

—La reunión ya ha acabado —improvisó el falso Mathieu—. He recibido órdenes de más arriba, que me dispongo a cumplir ahora mismo. Traslado a estos dos prisioneros a otro lugar más remoto antes de la ejecución de mañana.

Era arriesgado, muy arriesgado, puesto que no conocían el funcionamiento de la secta y no sabían si resultaba creíble lo que Jaques Blanc acababa de inventarse. Los dos encapuchados se miraron sin entender nada, un poco desconcertados, pero no quisieron contradecir a Claude Mathieu. Se lo veía tan seguro de sí mismo y tan firme en su decisión que no se vieron capaces de objetar nada. Los vieron salir del barco y, confusos, se encogieron de hombros antes de volver a sus tareas.

Los chicos tenían ganas de correr, de escapar de allí dando brincos, de gritar que se habían salvado. No obstante, debían seguir aparentando normalidad, puesto que no podían levantar sospechas en el último minuto. Así pues, mientras el barco permaneció ante su vista, el falso Mathieu siguió agarrando a cada chico de un brazo, tirando de ellos como si caminaran en contra de su voluntad. Sin embargo, cuando doblaron un recodo y la arena desapareció bajo sus pies por fin para dar paso a los guijarros del camino, los tres comenzaron a correr hacia la ciudad, sintiéndose plenamente liberados.

Capítulo 17

EL ANTÍDOTO. INVENCIBLES



Jules y Huan abrieron la puerta de golpe y se abalanzaron hacia las camas donde reposaban Caroline y Marie. Sentían que hacía una eternidad que no las veían, y habían echado muchísimo de menos el no estar junto a ellas durante los recientes acontecimientos. Les habría gustado ir a verlas nada más salir del barco donde habían estado prisioneros, pero Jaques Blanc los había convencido de que había cosas más importantes que hacer. Tenía razón, por supuesto, así que se habían encaminado hacia el puerto, directos al *Nautilus*, para ver al capitán Nemo y contarle sus últimos descubrimientos. Al conocer la noticia, el capitán contactó con Fahim para entregarle una muestra de corbido. El médico hindú les aseguró que analizaría el mineral y que

intentaría dar con un antídoto para la ceguera a lo largo de las siguientes horas.

Luego, el capitán Nemo los acompañó a sus casas en su coche de caballos. Era muy tarde y el hombre no quería que los chicos anduvieran a esas horas por la ciudad, sabiendo que los miembros de la Orden Contra el Progreso debían de estar muy furiosos porque a esas horas ya se habría dado cuenta de la jugarreta que les habían gastado.

—Ahora descansad, que el día de hoy ha sido muy largo y os merecéis un sueño reparador —les había recomendado el capitán—. Mañana ya tendréis tiempo para reencontraros con vuestras amigas y ponerlos al día.

Aunque Jules creía que no estaba nada cansado, puesto que se sentía completamente activo debido a la adrenalina que le corría por las venas tras haberse escapado una vez más de las garras de la secta criminal, lo cierto era que, nada más meterse en la cama y apoyar la cabeza en la almohada, se sumió en un profundo sueño del que no despertó hasta ocho horas después.

Allí estaban ahora, en la Casa de la Salud, abrazándose a sus esperanzadas amigas. La habitación estaba repleta de gente, puesto que también se encontraban allí los padres de Marie y de Caroline. El padre de esta última ya había regresado del viaje de negocios y saludó a Jules y a Huan escuetamente, mientras no quitaba los ojos de encima a su hija.

Las chicas, que llevaban puestas las gafas de cristales tintados que les había regalado Jules Verne, comenzaron a hacer preguntas a sus amigos:

—¿Es cierto lo que se dice por el hospital?

—¿Sois vosotros quienes habéis descubierto lo que nos ocurre?

—¿De verdad tenemos polvo de corbidio en los ojos?

—Dicen que el doctor Fahim ha creado un antídoto, ¿es así?

—¿Cómo habéis descubierto la causa de nuestra ceguera?

Jules y Huan se sintieron un poco abrumados ante aquel bombardeo de preguntas, sin saber a cuál debían responder primero. Al final optaron por comenzar desde el principio y les relataron a Caroline y a Marie todo lo que les había ocurrido desde que el día anterior habían salido del hospital y se habían encaminado hacia la escuela: cómo habían decidido que seguirían a Claude Mathieu al finalizar las clases, cómo este se había dado cuenta de que estaban escondidos en el coche de caballos y cómo les había tapado la cabeza, para que no supieran adónde se dirigían, y los había encerrado en la bodega de un barco.

Al llegar a esta parte, los padres de Caroline y Marie, que estaban escuchando toda la historia, habían lanzado exclamaciones de horror, puesto

que no podían entender por qué el director de La Bonne Tradition había actuado de ese modo. Las chicas, que sí que sabían de lo que Mathieu era capaz, habían asentido brevemente y les habían pedido a los otros dos aventureros del siglo XXI que prosiguieran su historia. Entonces, les relataron su encuentro con Jaques Blanc, quien les había contado que los espectadores del rayo verde habían perdido la visión por culpa del polvo de corbidio que miembros de la Orden Contra el Progreso habían lanzado desde lo alto de un globo aerostático. Caroline y Marie suspiraron en esta parte de la historia; ambas recordaban perfectamente ese globo, aunque pensaron en su momento que en su interior había curiosos que querían tener una mejor visión del destello en vez de integrantes de la malvada secta.

Los chicos prosiguieron el relato contándoles cómo habían elaborado su plan de huida, que al final había resultado ser todo un éxito. Iban por la parte de la narración en la que corrían hacia el *Nautilus* para avisar a Nemo cuando alguien llamó a la puerta.

El doctor Fahim asomó la cabeza y preguntó:

—¿Puedo pasar?

—Por supuesto, doctor —contestó el padre de Caroline—. ¿Trae noticias sobre la salud de nuestras hijas?

El médico hindú se encaminó hacia el centro de la habitación y saludó a todos los allí presentes, siendo especialmente efusivo con Jules y con Huan.

—De hecho, traigo muy buenas noticias —les informó sonriendo de oreja a oreja—. Llevo toda la noche trabajando en un antídoto para devolver la vista a los pacientes afectados por el polvo de corbidio, y a primera hora de la mañana he dado con la fórmula correcta. Estoy visitando uno a uno a los enfermos, y todos ellos responden favorablemente al antídoto: en tan solo unos minutos recuperan la visión de manera total.

Todos los allí presentes aplaudieron las palabras del doctor hindú, que se aproximó a las chicas para colocarles las gotas en los ojos. Primero fue el turno de Marie: se quitó las gafas Ray-ver y el médico introdujo un par de gotas de una sustancia transparente en sus pupilas. Luego repitió la operación con la otra paciente.

—Ahora solo falta esperar a que el antídoto surja efecto —les informó antes de salir de la habitación para ir a curar a más enfermos de ceguera.

Aguardaron ansiosos e impacientes a que las chicas dieran alguna señal de que estaban recuperando la vista. ¿Y si el antídoto no funcionaba con ellas? ¿Qué ocurriría entonces?

Pero, entonces, Caroline soltó una exclamación:

—¡Comienzo a distinguir las formas de las cosas con mayor nitidez!

Marie se miró sus propias manos, y por primera vez en varios días, fue capaz de distinguir sus dedos:

—¡Yo también!

Durante los siguientes minutos, ambas fueron explicándoles sus avances, exultantes de felicidad. Poco a poco, iban distinguiendo con más nitidez las formas, y también comenzaron a apreciar los distintos colores de los objetos que las rodeaban. Al principio, tanta luz las seguía cegando, así que siguieron con las gafas tintadas puestas, pero al cabo de unos diez minutos ya no las necesitaron más.

Caroline se quitó las gafas Ray-ver y miró a su primo directamente a los ojos sonriendo abiertamente. Jules pensó que estaba más guapa que nunca.

—Gracias a los dos —exclamó de todo corazón—. Nos habéis salvado.

Los cuatro amigos se fundieron en un cálido abrazo, sintiéndose de nuevo los chicos más afortunados del planeta. Los padres de ellas, que observaban la escena un tanto apartados para dejarles intimidad, no pudieron evitar las lágrimas de alegría y de gratitud ante ese final feliz e inesperado.

Fue muy extraño para Marie y Caroline regresar al colegio. Se sentían renovadas, con muchísima energía y capaces de todo. Disfrutaban de todos sus sentidos, especialmente del de la vista, y se sentían tremendamente afortunadas por estar sanas y salvas. Los otros alumnos, que sabían perfectamente que ellas eran dos de las víctimas del rayo verde, no paraban de preguntarles cómo se sentían, si habían pasado miedo durante su ceguera o si habían recuperado plenamente la visión.

Claude Mathieu fue de los pocos profesores que no hizo comentario alguno sobre lo sucedido. Los cuatro aventureros del siglo XXI suponían el motivo: se sentía avergonzado de haber sido burlado una vez más por cuatro chicos cuarenta años más jóvenes que él y prefería hacer como si el asunto del rayo verde no hubiera existido nunca.

Aquella misma mañana, durante la hora de patio, una compañera de la clase de las chicas le entregó un periódico a Jules Verne:

—Hablan de ti y de Huan en portada —le comunicó—. He pensado que os gustaría leerlo.

—Gracias, Eloise —respondió Jules antes de volverse hacia los demás aventureros del siglo XXI para enseñarles el artículo.

Se trataba, como habían supuesto, del periódico *Le Matin*. Sabían que su director legítimo había regresado a la redacción, mientras que el siniestro Mr. Dupont había desaparecido sin dejar rastro. Los chicos se habían preguntado

cómo afrontaría Jaques Blanc la vuelta a la normalidad y si haría algo al respecto para denunciar los hechos: no les parecía la típica persona que se quedara de brazos cruzados por miedo a las represalias.

Caroline, alardeando de su excelente visión, comenzó a leer el artículo en voz alta, mientras los demás, colocándose detrás de la chica, iban leyendo por encima de su hombro:

El periódico Le Matin desenmascara a la Orden Contra el Progreso, culpable de la ceguera de un centenar de personas.

A lo largo de estas últimas semanas, yo mismo, el director de Le Matin, he sufrido distintas amenazas de muerte a manos de la Orden Contra el Progreso, una organización criminal que hace tiempo que opera en la ciudad de Nantes y que pretende regresar al tradicionalismo y al conservadurismo extremos. Esta secta es extremadamente peligrosa y ha actuado en distintas ocasiones secuestrando gente y colocando bombas para destrozarse todo vestigio de progreso en la sociedad francesa.

Hasta ahora, siempre han salido impunes de todos los cargos, puesto que la gendarmería nunca ha encontrado suficientes pruebas para apresarlos. Sin embargo, a partir de hoy mismo, el periódico Le Matin se declara en lucha contra esta organización y aconseja a todos los ciudadanos que hagan lo mismo.

Mi misión como periodista y como director de este diario es clara: contar a mis lectores la verdad. Y la verdad es que la Orden Contra el Progreso estaba detrás de la catástrofe del rayo verde: desde un globo aerostático, lanzaron polvo de corbido a los espectadores que estaban en la playa, provocando así ceguera entre los asistentes, para luego hacer creer a la población que se trataba de un castigo divino y poner de este modo a todo el mundo en contra de la construcción de la fábrica de aeronaves.

Mientras ocurría todo esto, he sido secuestrado por dicha organización criminal durante varios días, a la vez que un secuaz de la Orden Contra el Progreso ocupaba mi cargo y publicaba artículos sobre castigos divinos, desprestigiando la construcción de la fábrica de aeronaves y atemorizando a la gente sobre el progreso. Es por este motivo por el que la línea

editorial del periódico ha sido gravemente alterada durante los últimos días.

Debo, ante todo, agradecer la preciada colaboración de dos jóvenes e intrépidos aventureros, Jules Verne y Huan Shian: gracias a su valentía e ingenio pudimos escapar de nuestra prisión y alertar a los médicos sobre lo ocurrido en la catástrofe de la playa. Al saber que la sustancia extraña que había en los ojos de los enfermos era polvo de corbidio, un equipo de médicos liderado por el doctor Fahim logró crear el antídoto que ha curado a todos los afectados por esta nociva y peligrosa sustancia.

Aunque, una vez más, la gendarmería ha archivado el caso por falta de pruebas, me veo en la obligación de que mis lectores sepan lo que ha ocurrido en realidad: el secuestro del periódico, el atentado a los espectadores del rayo verde, las amenazas de muerte, el cautiverio que he sufrido... Todo ello responde a un mismo autor: la Orden Contra el Progreso. Algún día no muy lejano, los miembros de esta secta cometerán un paso en falso y lo pagarán con la cárcel.

Espero que los lectores de Le Matin sepan disculpar a este director por la falta de rigor que ha tenido el periódico durante los últimos días, y que coincidan conmigo al opinar que el progreso es del todo positivo para nuestra ciudad. Para crear un futuro más justo y con más oportunidades para todos, debemos dar prioridad a proyectos innovadores que ayuden a nuestra sociedad a evolucionar hacia nuevos horizontes.

Jaques Blanc, director de Le Matin

Los chicos quedaron profundamente impresionados tras la lectura del artículo. Era la primera vez que una persona influyente acusaba abiertamente a la Orden Contra el Progreso de sus actos criminales. Los aventureros del siglo XXI no estaban acostumbrados a que alguien secundara sus palabras.

—¿Qué ocurrirá a partir de ahora? —preguntó Marie inquieta cuando Caroline acabó de leer en voz alta.

—¿La gente comenzará a creernos? —La voz de Huan sonaba esperanzada.

No tenían respuesta para esas preguntas, pero, por primera vez, Caroline, Huan, Jules y Marie sintieron que acababan de dar un paso muy importante y

que estaban más cerca de poder acabar con la Orden. Se sentían más fuertes que nunca, casi invencibles.

El artículo de Jaques Blanc corrió como la pólvora, y al final del día, todos los alumnos conocían la verdad sobre lo ocurrido en la playa. De repente, Jules y Huan volvían a gozar de fama en el instituto: los estudiantes los paraban para que les contaran cómo había sido su colaboración con el director de *Le Matin* y de qué modo habían podido escapar de la temible Orden Contra el Progreso.

Los dos aventureros del siglo XXI estaban disfrutando de lo lindo con tantas atenciones; les encantaba que todo el mundo comentara el artículo, pero, sobre todo, que las chicas más guapas de la escuela se interesaran por ellos.

—Yo no necesito ver el rayo verde para atraer a las chicas —alardeó Huan después de que una alumna mayor que él le pidiera un autógrafo.

Marie y Caroline resoplaron y suplicaron a su amigo que no les mencionara nunca más el asunto del rayo verde:

—¡Ya hemos recibido suficiente escarmiento estos últimos días! —exclamaron.

Sin embargo, lo cierto era que les divertía ver a Huan tan animado. El muchacho normalmente odiaba el instituto, pero desde que lo trataban como a un héroe le gustaba levantarse temprano por la mañana para encarar con ganas un nuevo día de fama.

Por la tarde, Jules se encaminó en solitario hacia la parcela donde se iba a construir la fábrica de aeronaves. En esta ocasión había preferido no invitar a sus amigos; sentía que debía ir solo. Necesitaba reconciliarse con aquel proyecto y con las críticas tan duras que los ciudadanos de Nantes habían hecho durante los últimos días.

Ahora todo parecía una pesadilla: la gente había reaccionado favorablemente al escrito de Jaques Blanc y pedía de nuevo la construcción de la fábrica de aeronaves para que la ciudad progresara, pero Jules sabía que los inversores norteamericanos habían abandonado el proyecto por la inseguridad que habían vivido durante la semana anterior. Habían perdido mucho dinero con la destrucción de la nave principal y no querían volver a pasar por algo así.

La Orden Contra el Progreso sí que había ganado en esto, pensó Jules con tristeza, mientras se acercaba hacia las ruinas de la fábrica. Habían logrado que los enfermos recuperaran la visión, que era lo más importante, pero no habían podido impedir el abandono de la construcción de la fábrica. Sentía

como si con la anulación del proyecto, una parte de su gran sueño, el de ser un científico importante que trabajara en una fábrica como esa, se hubiera esfumado; se sentía más lejos que nunca de ese futuro que tanto anhelaba.

En estas, alguien se acercó a Jules. El muchacho, ensimismado con sus pensamientos, no reparó en él hasta que lo tuvo delante.

—¡Philippe! ¡Estás bien! —exclamó al darse cuenta de que se trataba del vigilante de las obras—. La última vez que te vi, parecías muy malherido. — Se estremeció al recordar a los bomberos sacando el cuerpo de Philippe de entre los escombros.

—Por suerte, solo tuve unas contusiones leves —le contó Philippe—, aunque tardé un par de horas en recuperar el conocimiento, y no recordaba absolutamente nada de lo que había pasado.

—Me alegra saber que no ha sido nada —suspiró el joven inventor—. ¿Qué haces por aquí? Supongo que ahora has perdido tu trabajo, ¿no? Las obras se han paralizado y el proyecto no tirará adelante sin la inversión de los norteamericanos. —Jules se dio cuenta de la tristeza que emanaba de su propia voz.

—¿Es que aún no te has enterado? —se sorprendió el otro—. ¡Tenemos un nuevo inversor! ¡La fábrica de aeronaves sí que se construirá, después de todo!

—¿De verdad? —Era la mejor noticia que le daban a Jules desde que Fahim había encontrado el antídoto para la ceguera de sus amigas.

—Un tal capitán Nemo ha decidido invertir en ella; las obras volverán a comenzar mañana —le explicó Philippe—. Me han dicho que es un buen tipo.

Jules sintió que le iba a explotar el pecho de felicidad:

—Es el mejor —sentenció.

EPÍLOGO



En casa de Caroline se solía desayunar en silencio. Su madre hacía café y lo servía discretamente, mientras su padre se sentaba a la mesa y su cabeza desaparecía detrás del periódico del día. Caroline, sintiéndose un poco fuera de lugar, solía picotear un poco de fruta y se servía un trozo de lo que su madre hubiera horneado aquella mañana.

Por eso fue tan extraño cuando ese día el padre apartó la vista del periódico unos instantes para mirar a Caroline.

—Hoy te dejo yo en el instituto, hija —le comunicó.

—No es necesario, gracias —contestó ella sorprendida—. Iré caminando con mis amigos, como siempre.

—Insisto. —Su voz era firme; no admitía réplicas—. Ya he avisado al cochero: dentro de diez minutos salimos de casa.

Durante el trayecto, padre e hija apenas intercambiaron un par de frases. Caroline miraba por la ventana, incómoda por estar junto a un hombre que le

parecía prácticamente un desconocido. Su padre, mientras tanto, mantenía la mirada fija al frente, ajeno a las inquietudes de su hija.

Llegaron a La Bonne Tradition y el coche de caballos se detuvo enfrente del edificio. La chica suspiró, contenta de poder cambiar de ambiente.

—Gracias, papá, hasta luego —se despidió bajando del coche sin mirar atrás.

El padre aguardó un par de minutos, hasta que vio que su hija había entrado en el instituto, y luego descendió también del vehículo. A paso decidido, realizó el mismo recorrido que Caroline había trazado hacía un momento y traspasó las puertas del edificio. Sin embargo, en vez de girar a la izquierda, donde estaban las aulas, el hombre tomó el pasillo de la derecha, que llevaba a los despachos de los profesores, y se encaminó hacia el último de todos, el de Claude Mathieu.

No hizo falta que llegara hasta su despacho, puesto que, en aquel momento, el director de La Bonne Tradition había salido del mismo y caminaba en dirección a las clases. Se encontraron en medio del pasillo.

—¿Qué haces aquí? —inquirió Mathieu un tanto sorprendido.

—¿Cómo pudiste permitir a los chicos que fueran a ver el rayo verde? ¡Que son niños, por el amor de Dios! —le recriminó el padre de Caroline perdiendo los nervios.

—Sabes perfectamente cómo son —se excusó Mathieu—, nunca atienden a lo que yo les digo.

—No me vengas con excusas. —El hombre cogió a Mathieu por el cuello y lo arrinconó brutalmente contra la pared—. ¡Estamos hablando de mi hija! ¡Ella no tiene que sufrir ningún daño!

Claude Mathieu intentaba balbucear algo, pero no se le entendía. El padre de Caroline apretó más fuerte su cuello, ahogándolo prácticamente.

—Estoy harto de ti —le espetó—, harto de tus meteduras de pata. Recuerda que en la Orden Contra el Progreso ningún miembro es imprescindible... Ve con cuidado.

Tras esta última amenaza, el padre de Caroline soltó al director y se fue del lugar dando grandes zancadas. Claude Mathieu se quedó unos instantes en el mismo sitio, tosiendo y palpándose el cuello con ambas manos. Probablemente le iba a salir un moratón. Respiró hondo tratando de recobrar la compostura, recogió un cuaderno que se le había caído al suelo y se encaminó hacia el aula donde le tocaba impartir clase aquella mañana.

Un minuto más tarde, Jules y Huan salieron de su escondite detrás de una columna profundamente impresionados. Les había extrañado ver al padre de

su amiga entrar en el instituto y habían decidido seguirlo para enterarse de lo que ocurría. La revelación los había dejado completamente conmocionados: ¡acababan de ver con sus propios ojos cómo el padre de Caroline había amenazado a Claude Mathieu! Habían descubierto, de una vez por todas, que ese hombre pertenecía a la Orden Contra el Progreso y que parecía ser extremadamente peligroso...